

VOLUMEN

67

Manuel Antonio **Matos**

**Biblioteca
Biográfica
Venezolana**

Catalina Banko



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Catalina Banko

Es Profesora de la Escuela de Economía y de los Postgrados de Teoría y Política Económica y de Historia de América de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Licenciada en Historia (Universidad Nacional de Buenos Aires) y Magister y Doctora en Historia (Universidad Santa María). Fue investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos entre 1987 y 1990. Es miembro del Comité Académico del Doctorado en Economía y del Postgrado en Historia (UCV). Ha colaborado en revistas especializadas nacionales y extranjeras y es miembro del Comité Editorial de la *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Entre sus obras publicadas se destacan: *El capital comercial en La Guaira y Caracas 1821-1848* (Academia Nacional de la Historia, 1990); *Las luchas federalistas en Venezuela* (Monte Ávila Editores/CELARG, 1996), *Régimen medinista e intervencionismo económico* (FaCES/UCV, 2001) y *Política, crédito e institutos financieros en Venezuela 1830-1940* (Academia Nacional de la Historia/FaCES/UCV, 2006). Ha participado en la coordinación de los libros: *Costos sociales de las reformas neoliberales en América Latina* (FaCES/UCV, Universidade de São Paulo y Pontificia Universidade Católica de São Paulo, 2000) y *Los desafíos de la política social en América Latina* (FaCES/UCV, Universidade de São Paulo y Pontificia Universidade Católica de São Paulo, 2002).

Biblioteca Biográfica Venezolana

Manuel Antonio **Matos**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejó

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos: Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Rostros y personajes de Venezuela, El Nacional/CANTV/
Fundación Banco Mercantil. Caracas, 2002 (portada); La caída del
Liberalismo Amarillo: tiempo y drama de Antonio Paredes, de Ramón
J. Velásquez. Caracas, Ediciones Roraima, 1977 (p. 9).

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica
Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional,
no se hacen responsables de los puntos de vista expresados
por los autores.

Depósito legal: lf78920079203360

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 978-980-395-155-9

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Manuel Antonio **Matos**

(1847-1929)

Catalina Banko

Agradecimientos

Mi sincera gratitud a quienes prestaron su inestimable colaboración a lo largo de esta experiencia:

Al querido historiador Ramón J. Velásquez por su generosidad, sus sabias orientaciones y fascinantes narraciones sobre la vida política venezolana. A Rafael Ramón Castellanos, autoridad en materia bibliográfica, por sus oportunas y atinadas respuestas a mis interrogantes. Al calificado genealogista Antonio Herrera Vaillant por sus pacientes indagaciones en la compleja trama de los lazos familiares, tarea a la que se sumó gentilmente el historiador Manuel Soto Arbeláez.

A Cecilia Pérez Matos de Urdaneta, María Pérez Matos de Muñoz y Carmen Luisa Pérez Matos de Sardi por la calidez de su trato y el vivaz entusiasmo con que me dieron a conocer singulares anécdotas y facetas de la cotidianidad de su abuelo Manuel Antonio Matos.

A Víctor Abreu, colega y amigo, quien me brindó valiosas recomendaciones y siguió con interés mis pasos por los intrincados senderos del relato biográfico.

Liberal de cuna



“Mi paso por la vida no carece de originalidad”. Así comienza la dedicatoria que, en su libro *Recuerdos*, Manuel Antonio Matos escribe a sus hijos en 1917. Ciertamente, tiene en la historiografía venezolana una presencia ineludible, transita por el ciclo de apogeo y declinación del Liberalismo amarillo, representa el novedoso perfil del banquero en una sociedad todavía agraria y tradicional, y es actor de primera línea en el mundo de las finanzas públicas. Ese exitoso hombre de negocios, expresión de una poderosa élite económica y social, es a la vez el máximo protagonista de la vasta coalición revolucionaria que aglutina a principios del siglo XX al caudillaje histórico, próximo a su extinción, junto a una diversidad de intereses económicos y posiciones políticas. Esta coalición desató la última guerra civil en Venezuela. Su vida, sin duda, no careció de originalidad.

Algunos de sus antepasados tenían larga tradición en Venezuela. Era el primogénito de Manuel Antonio Matos Tinoco y Brígida Páez. Sus abuelos, por vía materna, fueron Dominga Flores y el coronel Juan José Páez Landaeta, descendiente del linaje de los Páez de Vargas, los primeros de origen gallego y, los segundos, oriundos de Castilla.

En la línea paterna sus abuelos fueron Carmen Tinoco Urayn de Castilla y Manuel Antonio Matos Monserrate. Este último personaje, de gran importancia en los movimientos previos a la Independencia, era

hijo del teniente coronel español José de Matos y Rabel, quien entre 1765 y 1779 ejerció el cargo de Gobernador y Comandante General de la provincia de Margarita. En 1786, Matos Monserrate fue acusado de insubordinación, por lo que debió permanecer en prisión durante año y medio. Posteriormente alcanzó el grado de capitán del Ejército. Formaba parte del círculo de amistades de Juan Vicente y Simón Bolívar. En su condición de hacendado, se pronunció en reiteradas oportunidades contra las trabas comerciales impuestas por la Corona española.

En julio de 1808, al llegar a Caracas las inquietantes noticias de la invasión napoleónica a la Península, Manuel Antonio Matos Monserrate expresó a gritos en plena calle su posición a favor de la libertad de los americanos. Por ello fue arrestado, recluido en una prisión de La Guaira y enjuiciado por sedición. Dicha causa estuvo vinculada con el proceso sustanciado en noviembre de aquel año contra los promotores del movimiento conocido como la Conjura de los Mantuanos.

Queda todavía un enigma por resolver. A finales del siglo XVIII, encontramos en Chaguaramas a un Manuel Monserrate Matos, casado con Rosa Camejo. Sus dos hijos, Manuel Dámaso y José Manuel iniciaron estudios en la Universidad de Caracas y más tarde participaron en las guerras por la Independencia. El primero murió en combate en 1819 y el segundo fue abatido en Aragua en la retirada de Oriente. También aparece un miembro del Real Consulado de Caracas con el nombre de Manuel Monserrate. Estos datos generan cierta confusión y no sabemos a ciencia cierta si se trata del mismo capitán que, en 1808, desafió a las autoridades españolas. De todos modos, hemos podido comprobar, a través de la documentación del Registro Principal de Caracas, que Manuel Antonio Matos Tinoco (1810-1887) era hijo legítimo de Manuel Antonio Matos (Monserrate) y de Carmen Tinoco.

Matos Tinoco, padre de nuestro personaje, estaba residenciado en Puerto Cabello, donde se desempeñó como Jefe Civil en 1850. Durante el Gobierno de José Gregorio Monagas participó en diversas acciones militares, siendo ascendido en 1854 a Primer Comandante de Infantería y diez años más tarde a General de Brigada. Su fortuna, iniciada en los negocios mercantiles, se acrecentó con el arrendamiento, entre 1856 y 1870, de la hacienda Chuao, patrimonio de la Universidad de Caracas. Esta finca, en la que se producía un cacao de excelente cali-

dad, estuvo bajo la administración de figuras políticas de gran relieve. En los años cuarenta había sido arrendada por el general José Antonio Páez. Luego de ser ordenada la venta de dicho establecimiento agrícola en 1884, el mismo fue adquirido por Antonio Guzmán Blanco. Otros destacados propietarios de la famosa hacienda Chuao fueron Joaquín Crespo y Juan Vicente Gómez.

Entre San Esteban y Puerto Cabello

Junto a una tranquila ensenada y bajo la mirada vigilante del Castillo de San Felipe, escenario frecuente de prolongados sitios y heroicas resistencias, transcurría la vida comercial de Puerto Cabello. A mediados del siglo XIX, sus muelles permitían albergar buen número de barcos, aun cuando ese puerto no había alcanzado todavía la preeminencia que tendría décadas más tarde, por lo que su movimiento de frutos y mercancías era todavía limitado y la población de la ciudad apenas llegaba a unos 7.000 habitantes. Abundaban por entonces las quejas en torno a la insalubridad de su ambiente a consecuencia de la gran extensión de los manglares que rodeaban el puerto. Por ello, las principales familias de Puerto Cabello preferían retirarse a sus propiedades de San Esteban, aldea cercana al puerto y situada en un fértil valle atravesado por un río y rodeado por exuberante vegetación. La belleza de este pequeño pueblo, en el que muchos comerciantes, especialmente alemanes, habían construido pintorescas villas, ha sido reflejada por Ferdinand Bellermann en un conocido dibujo realizado en 1842.

Al igual que los extranjeros de fortuna, Manuel Antonio Matos Tinocho y su esposa, Brígida Páez, residenciados en la ciudad portuaria, acostumbran temperar en San Esteban, donde poseen un agradable sitio campestre, llamado Campanero. En medio de aquel apacible ambiente y benigno clima, nace el primogénito, el 8 de enero de 1847. Es bautizado con el mismo nombre del padre y del abuelo, Manuel Antonio, tradición que habrá de perdurar durante varias generaciones. Sus primeros ocho años de vida transcurren entre San Esteban y Puerto Cabello.

Su infancia coincide con los nuevos aires políticos que se agitan en Venezuela. Tras la proclamación de José Tadeo Monagas como Presidente de la República, en enero de 1847, se van gestando profundos

cambios políticos a raíz de la ruptura del Caudillo Oriental con el sector “conservador”, encabezado por el general José Antonio Páez. Desde mediados de ese año, Monagas comienza a desplegar su hábil política de alianzas con el Partido Liberal, estrategia que le permite desprenderse de los compromisos con el paecismo y construir una sólida base de sustentación para su liderazgo en el escenario político nacional.

Los conflictos alcanzan su máxima expresión con los trágicos sucesos del 24 de enero de 1848, que le permiten a Monagas obtener el control del Poder Legislativo. Lo que para el paecismo fue el “asalto” al Congreso, se constituyó para monaguistas y liberales en el triunfo de la causa republicana en su lucha contra el dominio “oligárquico”. Sin embargo, poco después se irá conformando un poder de carácter autoritario en manos de José Tadeo Monagas, quien es sucedido en 1851 por su hermano José Gregorio. Cuatro años más tarde, José Tadeo asume nuevamente la Presidencia, de la que es desplazado por la Revolución de Marzo de 1858, acaudillada por el general Julián Castro.

Durante el largo período de dominación de los Monagas, transcurre la niñez de Manuel Antonio Matos, quien aprende sus primeras letras en Puerto Cabello, para continuar luego sus estudios en Valencia, primero en el Colegio Peña y más tarde en el Colegio Carabobo, ambos bajo la dirección de Rafael Domínguez. A causa de la Revolución de Marzo, el rector Domínguez abandona sus labores y se traslada a Caracas en apoyo a Julián Castro. Debido al cierre de aquel establecimiento, el niño de apenas 11 años debe proseguir sus estudios en el instituto conducido por Francisco de Paula Herrera. Desde temprana edad escucha conversaciones de su padre en las que éste expresaba sus simpatías por el Partido Liberal. También recuerda la inquietud de su familia por la caída de José Tadeo Monagas y los antagonismos que sobrevienen tras la Revolución de Marzo, vivencias que dejan profundas huellas en Manuel Antonio Matos, quien siempre expresará con orgullo su condición de “liberal de cuna”.

La impronta de los centros del mundo

Ni el derrocamiento de José Tadeo Monagas ni la proyectada “fusión” de Julián Castro logran apaciguar las turbulencias que se agitan en la República. En febrero de 1859 estalla la Guerra Federal, por lo que una

vez más pelagra la tranquilidad de los habitantes de Puerto Cabello. Si bien era costumbre en la época que las familias de buena posición económica enviaran a los hijos varones a completar su formación en el extranjero, seguramente los padres de Manuel Antonio estaban además preocupados por las amenazas de la guerra. A esta comprensible alarma, se agregan los desvelos de Brígida Páez por la educación de su hijo: “¡No, Manuel, no voy a dejar al niño metido en el campo para que se embrutezca!”, le manifiesta de manera enfática a su esposo. Lo cierto es que, en 1859, siendo un niño todavía, inicia un largo viaje, primero a Nueva York y, años más tarde, a Europa. En Puerto Cabello quedan sus cuatro hermanas: Enriqueta, Carmen, Matilde y Brígida.

El sitio escogido para la formación del primogénito es Nueva York, ciudad en la que Antonio Guzmán Blanco, poco tiempo antes, entre 1857 y 1858, había estado cumpliendo funciones al frente del Consulado venezolano. En 1859, Manuel Antonio arriba a la próspera urbe, donde residía Royal Phelps, anteriormente destacado comerciante en Puerto Cabello, quien por su amistad con la familia, acepta la responsabilidad de velar por la educación del joven. Sus estudios los realiza en el Saint John's College, ubicado en Fordham, localidad próxima a Nueva York. Este reconocido establecimiento había sido fundado en 1841 por el reverendo John Hughes, primer Arzobispo de Nueva York. Si bien Fordham era un pequeño poblado, en gran parte todavía rural, estaba comunicado por entonces con la gran ciudad por medio de un ferrocarril.

La primera visión de Nueva York debió ser impactante para el recién llegado, aun cuando no se había iniciado todavía el furor arquitectónico que habría de difundirse más adelante. A mediados de siglo, la ciudad tenía una población que superaba los 500.000 habitantes. El intenso movimiento comercial del puerto bullía en torno a los muelles donde atracaban barcos de las más diversas procedencias. Durante tres años permanece Matos en Estados Unidos, experiencia que marcará al joven que había pasado su infancia en Puerto Cabello y Valencia, donde la vida cotidiana se caracterizaba por ese lento ritmo de las pequeñas ciudades de provincia.

Mientras continúa su formación en el Saint John's College, y en Nueva York la prosperidad económica se afianza día a día, la situación política en Estados Unidos comienza a enturbiarse. En 1861 estalla el

enfrentamiento entre los estados del Sur y el Norte, que al año siguiente se convierte en un conflicto armado de grandes proporciones. Así es como el niño que había dejado a Venezuela envuelta en las llamas de la Guerra Federal, tres años más tarde, transformado ya en un adolescente, abandona los Estados Unidos, probablemente por la preocupación de sus padres ante la amenaza de la Guerra de Secesión. El nuevo viaje que emprende esta vez tiene por destino a Europa.

En 1862 arriba a Burdeos, donde por recomendación de su padre se relaciona con Jean Segrestáa, vinculado al comercio de Puerto Cabello, para seguir poco después a París, deslumbrante ciudad que era la viva expresión de la prosperidad y opulencia que se vivía durante el Segundo Imperio, tiempos de extraordinario y vertiginoso crecimiento económico.

El horizonte se amplía aún más con la visita a Londres, el centro financiero de la mayor potencia del mundo. En plena era victoriana, su economía estaba avanzando hacia una nueva fase de industrialización basada en el carbón, hierro y acero, mientras se iban extendiendo las inversiones en el extranjero a través de la intrincada trama de las redes financieras.

Mayor tiempo se detiene el viajero en Hamburgo, donde se establece por dos años, en un ambiente en que también el comercio adquiere un movimiento febril en el marco de una notable expansión económica. Es la época en que la fragmentada nación alemana se está encaminando hacia la unificación imperial bajo la égida del Canciller de Hierro, Otto Von Bismarck.

Después de su prolongada estancia en Hamburgo, el joven se dedica a trabajar para varias casas bancarias en Londres, París y Burdeos. El área de las finanzas se convierte en el eje de su formación que se enriquece con la experiencia recogida en sus labores cotidianas. El perfil del futuro banquero, asesor en materia financiera y Ministro de Hacienda, se va delineando a lo largo de su permanencia en Europa.

El conocimiento adquirido es vasto. Al aprendizaje de varios idiomas, inglés, alemán y francés, se agrega la experiencia directa en el complejo movimiento financiero de los centros económicos mundiales, que crecen de manera incesante al ritmo de extraordinarias inversiones en la industria, la banca y el comercio. Su trabajo le permite

establecer relaciones de negocios que en el futuro le serán muy útiles para consolidar su crédito en el extranjero. Desde aquellos años, Francia se convierte para Matos en una especie de “segundo hogar”, hacia donde retornará con mucha frecuencia, algunas veces en busca de refugio después de sus polémicas actuaciones en la vida pública.

En 1868, tras seis años de provechosa estancia en Europa, se embarca rumbo a Venezuela, coincidiendo su arribo con el regreso a la Presidencia del ya anciano José Tadeo Monagas con el triunfo de la Revolución Azul. Aquel niño, que había iniciado un largo itinerario en el extranjero en 1859, vuelve al país convertido en un joven de 21 años con amplia experiencia y conocimiento de la realidad económica de ese tiempo. En el vapor que lo trae a Venezuela también viaja Antonio Guzmán Blanco, quien al enterarse de que Manuel Antonio Matos está a bordo, lo hace llamar y le habla de su padre “con grandes elogios” y le formula “amistosos ofrecimientos”. Para aquel “liberal de cuna” el encuentro con esa importante figura política es motivo de gran satisfacción y el punto de partida de una estrecha amistad que habrá de perdurar durante décadas.

Podemos imaginar los encontrados sentimientos que agitaban al viajero al aproximarse a las costas de Venezuela. Desde La Guaira, donde lo aguarda su familia, se traslada a Puerto Cabello. A pesar de que la ciudad de su infancia no había alcanzado las transformaciones que habrían de materializarse décadas más tarde, ya existían algunas nuevas edificaciones que modificaban un tanto su fisonomía. Es posible que, inicialmente, el puerto que había visto por última vez a los 12 años se haya empequeñecido ante su mirada inquieta, acostumbrada a calibrar las grandes dimensiones de puertos como Nueva York, Burdeos o Hamburgo. ¿Cuál habrá sido su reacción al observar el nuevo faro de 30 metros de altura ubicado en Punta Brava? Había sido inaugurado en los años de su ausencia. Concluida esta primera sorpresa, debió fijar su mirada en la familiar silueta del Castillo de San Felipe. La antigua casa de la Compañía Guipuzcoana seguía ofreciendo su imagen de sólida construcción de los tiempos en que los vascos detentaban el monopolio comercial de la Provincia de Caracas. Días después de su llegada, tras el reencuentro familiar, el joven realiza la obligada visita al sitio de juegos de su infancia en las colinas de San Esteban, donde se halla la casa campestre de la familia, propiedad que conservará hasta la vejez.

Antes de poner en práctica los conocimientos adquiridos en el exterior, debió familiarizarse con el escenario político que había sufrido significativos cambios durante los últimos años. A la conclusión de la Guerra Larga y al triunfo de la causa federal en 1863, siguió el período de gobierno del general Juan Crisóstomo Falcón, junto a la creciente influencia de Antonio Guzmán Blanco, en ejercicio de la Vicepresidencia y del Ministerio de Hacienda. Con la Revolución Azul de 1868, una vez más, el precario orden alcanzado con el Pacto de Coche se encontraba amenazado por el retorno de las contiendas civiles.

Familia, negocios y política

El peso político de Antonio Guzmán Blanco se había fortalecido a lo largo de los años del Gobierno de la Federación. En ese tiempo viajó a Europa en su condición de Ministro Plenipotenciario de Venezuela ante las cortes europeas. Allí adquiere, al igual que Matos, amplios conocimientos acerca de las transformaciones económicas que se estaban operando con la conformación de grandes consorcios industriales y bancarios y el establecimiento de una extensa red mercantil y financiera.

Guzmán, deslumbrado ante los avances económicos europeos, comprende rápidamente que, para lograr la modernización económica e incorporar el progreso material, era necesario atraer a los inversores extranjeros y, para cumplir con este propósito, debía instaurarse un régimen político con capacidad para lograr la pacificación y sentar las bases de la unidad política nacional.

Sus primeras acciones, tras el triunfo en la Revolución de Abril de 1870, se orientan hacia el apaciguamiento de las pugnas políticas y el control de los caudillos regionales. Las reformas económicas iniciales se van estructurando a partir de la conformación de un aparato estatal a tono con los principios liberales, dotado de mecanismos que garantizaran el eficiente desempeño de las finanzas. El primer paso consiste en la reorganización de la Hacienda Pública a fin de asegurar ingresos superiores mediante la centralización fiscal.

Los nexos que Guzmán Blanco había logrado establecer con los miembros del “alto comercio”, desde su actuación en el Gobierno de la Federación, facilitan la conformación de una estrecha alianza con ese poderoso sector económico, cuyo apoyo habría de contribuir a la mejoría de la situación financiera de la República. Prueba de esas armoniosas relaciones es la rapidez con que se constituye la Compañía de Crédito en diciembre de 1870. Ésta es la primera entidad bancaria promovida por los miembros de las casas comerciales más poderosas. La Tesorería se compromete a disponer en favor de la compañía el 85 por ciento del producto total de los derechos de importación de la Aduana de La Guaira y todo lo recaudado por uso de almacenes y cabotaje de las demás aduanas del país. Por su parte, el instituto se encarga de proporcionar anticipos sobre las rentas públicas, al tiempo que obtiene la facultad de realizar operaciones de depósito, descuento, giro y emisión de billetes hasta por la cantidad de dinero suministrado al Tesoro.

Las reformas administrativas permiten destinar recursos para la realización de obras de fomento que contribuyen a la modernización de algunos centros urbanos. Las inversiones extranjeras reciben especial atención durante el largo período de predominio guzmancista (1870-1888), especialmente las relacionadas con ferrocarriles, explotación aurífera, asfalto, alumbrado de gas, telégrafo y cable submarino. De esta manera se van dando los primeros pasos hacia la materialización del tan ansiado progreso material y la modernización del aparato político-administrativo en las últimas décadas del siglo XIX.

En este ambiente económico y político se sitúa el ingreso de Manuel Antonio Matos a las actividades comerciales. Después de una corta estancia en la ciudad de su infancia, se traslada a La Guaira para desempeñarse como dependiente en la sucursal de la firma francesa *Charrier, Frères y Cía.*, que tenía una larga y destacada trayectoria en el comercio de Puerto Cabello.

Gracias a la experiencia adquirida en el exterior y a la ayuda pecuniaria de su padre, establece en 1870 una casa de comercio en La Guaira en sociedad con M. A. Chirinos, bajo la denominación de Chirinos, Matos y Cía. Esta empresa es el punto de partida de su carrera como hombre de negocios, hecho que coincide con grandes cambios en la

escena política y en la vida económica nacional. Las circunstancias son propicias para la expansión de las actividades mercantiles y la celebración de contratos con el Gobierno, más aún cuando la Presidencia de la República está en manos de un fiel amigo.

Al año siguiente de haberse instalado en La Guaira interviene por primera vez en las contiendas políticas locales. Para impedir la reelección del Jefe Civil de La Guaira, debido a sus prácticas autoritarias, se convierte en el principal candidato para ocupar dicho cargo. De acuerdo con su propia versión, la negativa de Guzmán es terminante: "La candidatura de Matos no me conviene. Matos es una autoridad que me saldrá mañana con la ley, esto o aquello. No, yo necesito en La Guaira quien haga ciegamente lo que yo mande". En este episodio quedan retratadas las personalidades de ambas figuras. Por un lado, el "Ilustre Americano" requiere de la presencia de un funcionario incondicional en La Guaira, dada la importancia estratégica de ese puerto, a la vez que no acepta con agrado contradicciones a su mandato. Por otro, Matos, a pesar de su juventud, se caracteriza ya por su fuerte temperamento y la intransigencia en sus posiciones políticas y criterios económicos. Se desempeña luego como Presidente del Consejo Administrador de La Guaira, cargo que abandona a los pocos meses por desacuerdos con el Jefe Civil en cuanto a los manejos de las rentas municipales.

En 1874, la relativa estabilidad política es interrumpida por el levantamiento de los generales José Ignacio Pulido en la región oriental y León Colina en Coro, quienes se alzan por su descontento ante la reforma constitucional aprobada en aquel año, estableciendo el voto público y firmado, y la reducción del período presidencial a dos años. Una vez derrotado Pulido, es necesario aún enfrentar el poderoso ejército de Colina, lo que exige un gran despliegue de fuerzas militares bajo la conducción del propio Guzmán Blanco, quien propone a Matos que se incorpore a la campaña. Éste rechaza la oferta por temor a los perjuicios que ello pudiera acarrearle a su crédito en el extranjero, aunque finalmente triunfa la insistencia de Guzmán. Así es como asume la función de auxiliar de la Comisaría del Ejército que marcha hacia Barquisimeto y Coro. Se trata de su primera acción de armas, a diferencia de Guzmán, quien ya se destacaba por su veteranía en el manejo militar desde los años de la Guerra Federal. Tras la derrota de

León Colina en febrero de 1875, Matos regresa a Caracas donde recibe el nombramiento de General de Brigada, recompensa que considera un premio demasiado valioso para sus escasos e “incipientes servicios”.

Después de esta breve experiencia militar, se consagra a la atención de su casa de comercio que iba prosperando rápidamente. El año 1875 marca otro hito en su vida: el 3 de octubre contrae matrimonio con María Ibarra Urbaneja, hermana de Ana Teresa, la esposa de Guzmán Blanco. La ceremonia es celebrada en la Catedral de Caracas y uno de los testigos de la boda es nada menos que el Presidente de la República, ahora convertido en su concuñado. Este enlace significa no sólo la unión con una familia de reconocido linaje, como eran los Ibarra Urbaneja, sino también el estrechamiento de los nexos con el “Ilustre Americano”.

Ese mismo año, Matos y Chirinos deciden ubicar la sede de su firma mercantil en Caracas, la cual queda a cargo del primero, mientras su socio permanece al frente de la sucursal situada en La Guaira. Inmediatamente, Matos viaja a Europa por tres meses a fin de concretar negociaciones relacionadas con la extensión de las actividades de la compañía. En marzo de 1876 se traslada con su esposa a Caracas, para ponerse al frente del negocio ubicado en la Plaza de San Jacinto. Se trata de un almacén de víveres en el que se distribuyen mercancías procedentes de Europa y los Estados Unidos, tales como quincalla, lencería, artículos de perfumería y ferretería.

Su residencia en la capital de la República le permite establecer vínculos con el sector bancario que, desde la fundación de la Compañía de Crédito en 1870, había adquirido mayor solidez. En 1876, como consecuencia de ciertas diferencias en cuanto al manejo de la cuenta corriente del Gobierno, el mencionado instituto es puesto en liquidación, siendo sucedido por el Banco de Caracas que continúa desempeñando funciones a semejanza del modelo de la primera compañía.

En febrero de aquel año, Francisco Linares Alcántara es electo Presidente de la República por el Congreso Nacional. El panorama político comienza a cambiar. En los meses siguientes va tomando cuerpo la reacción contra el guzmancismo que, a través de la prensa, lanza virulentos ataques contra el régimen del Septenio por presuntos manejos ilícitos en varios contratos celebrados durante ese período. Enfrenta-

do a crecientes presiones de la oposición, Guzmán Blanco decide abandonar el país. A fin de desempeñar el cargo de Ministro Plenipotenciario de Venezuela ante varias naciones europeas, se embarca en La Guaira el 18 de mayo de aquel año. Durante su ausencia, la apertura política y el retorno a la Constitución de 1864 se convierten en las principales consignas agitadas por la corriente antiguzmancista.

A las pugnas políticas se suman los desajustes económicos. Debido a las cuantiosas exigencias del Gobierno, las arcas del Banco de Caracas quedan casi vacías, por lo que se acuerda disponer su liquidación y, en agosto de 1877, se establece el segundo Banco de Caracas. Aunque Matos sigue apoyando al movimiento guzmancista, las diferencias políticas con Linares Alcántara no parecen representar un obstáculo para su ingreso en el rentable negocio bancario. Así es como la casa de comercio, en la que aquél está asociado con Chirinos, se convierte en accionista del segundo Banco de Caracas. Diversas firmas de gran significación económica suscriben acciones de la nueva entidad bancaria, que se caracteriza por agrupar no solamente a miembros del sector mercantil de La Guaira y Caracas sino también a comerciantes de Puerto Cabello. Ello significa una notable ampliación del número de accionistas con respecto a los que habían actuado durante el Septenio. El propio Linares Alcántara suscribe 64 acciones, siendo ésta la primera oportunidad en que un Presidente de la República participa de manera directa en este tipo de empresas, lo que constituye un signo de la conformación de estrechos nexos entre el sector bancario y algunos representantes del poder público.

Durante la gestión de Linares Alcántara se multiplican los problemas políticos y económicos. El Presidente acusa a Guzmán Blanco de haber dejado una deuda interna de gran magnitud, en circunstancias en que la renta aduanera había disminuido notablemente y el Gobierno contaba con un crédito muy limitado.

En medio de este convulsionado clima político, Matos mantiene su adhesión al guzmancismo y llega incluso a colaborar con la compra de pólvora y armas en apoyo a un intento de rebelión encabezado por Joaquín Crespo. Tras ser incautados los pertrechos en Ocumare del Tuy, el Ministro del Interior ordena su apresamiento por estar involucrado en el alzamiento. Sin embargo, el Presidente se niega a suscribir

esa medida en consideración a la amistad que siempre los había unido, acotando que se “conformaba con haber apresado el parque”.

La inesperada muerte de Linares Alcántara, el 30 de noviembre de 1878, siembra el desconcierto en el campo de la reacción. La ocasión es aprovechada por los seguidores de Guzmán Blanco, que se disponen a los preparativos de la Revolución Reivindicadora, cuando aquél todavía se hallaba en Europa. En los últimos días de ese año estallan sangrientos enfrentamientos en Puerto Cabello, donde se encontraba Matos en ocasión de estar celebrando con sus padres el bautizo de su primogénito Manuel Antonio.

Preocupado por la marcha de los acontecimientos, decide regresar a Caracas para atender personalmente sus negocios que ya habían adquirido gran importancia. A causa de su reconocida filiación guzmanista, el Gobierno ordena su apresamiento, permaneciendo detenido en la casa de Modesto Urbaneja, uno de los principales promotores de la reacción. Es liberado a los pocos días gracias a la intervención de varios comerciantes y cónsules extranjeros.

De la mano del “Ilustre Americano”

Antonio Guzmán Blanco desembarca en Puerto Cabello el 21 de febrero de 1879 y, pocos días después, hace su entrada triunfal en Caracas al frente de la Revolución Reivindicadora, e inicia su segundo mandato presidencial, conocido como el Quinquenio (1879-1884). Pocos días después, el 28 de febrero, ya se está constituyendo el tercer Banco de Caracas con el respaldo de las más sólidas casas de comercio, Chirinos, Matos y Cía. participa en dicha entidad de crédito con 10 acciones, mientras que Antonio Guzmán Blanco suscribe 40, convirtiéndose así en el mayor accionista del instituto.

El 18 de marzo se resuelve autorizar a las firmas Santana, Boulton, Eraso, Elizondo y Röhl, que habían estado asociadas a las instituciones bancarias del período guzmancista, para acuñar en el exterior la suma de un millón de venezolanos. Tras la promulgación, el 31 de marzo, de la Ley de Monedas que establece el “bolívar plata” como unidad monetaria, se modifica la resolución del 18 de marzo, otorgando a Manuel Antonio Matos el contrato de acuñación que poco antes había sido adjudicado a los mencionados comerciantes. En el mes de abril, aquél recibe la formal autorización para acuñar la suma de 5 millones de bolívares en moneda nacional de oro y plata, operación que es realizada en la Casa de Moneda de Bruselas y concluida en noviembre de 1880. Este contrato constituye un paso fundamental en su carrera no sólo

por lo lucrativo de la operación, sino también porque le permite consolidar aún más su crédito en el país y en el exterior.

En menos de una década ha logrado diversificar sus actividades económicas. La firma Chirinos, Matos y Cía., inicialmente ubicada en la Plaza de San Jacinto, se establece en los años ochenta entre las esquinas de Sociedad y San Francisco. Aparte de los negocios de venta al por mayor, realiza operaciones de importación y exportación y suscribe diversos contratos con el Gobierno. En 1883 se encarga de la adquisición en París de doce grandes vitrales para la Santa Capilla, construida en el sitio de la antigua ermita de San Mauricio.

Para las apoteósicas celebraciones del Centenario del Natalicio del Libertador en 1883, los comerciantes de Caracas, entre quienes se encuentra Manuel Antonio Matos, costean la realización en Nueva York de la estatua pedestre del Padre de la Patria, la cual es colocada en la escalinata de la fachada sur de la Universidad de Caracas. Asimismo, Matos forma parte de la Comisión encargada de designar a los jurados de la Gran Exposición organizada en el marco de los actos en honor del Libertador.

Su poder económico se fortalece con la fundación en aquel mismo año del Banco Comercial, en respuesta a las gestiones que estaba realizando Simón O'Leary para la instalación de un banco de emisión a cargo del colombiano Justo Arosemena. De simple accionista de entidades bancarias se convierte ahora en promotor de este tipo de empresas, revelando su agudeza para captar las circunstancias propicias para los negocios más lucrativos.

Resulta sorprendente la rapidez con que se concreta esa iniciativa, ya que en el transcurso de tan sólo un día logra reunir el capital requerido. Naturalmente contó para ello con el apoyo de Guzmán Blanco. Ambos se convierten en los primeros accionistas del instituto que se encargaría de la atención exclusiva del sector privado. Ese es el origen del Banco Comercial, fundado en marzo de 1883, con un capital de Bs. 3.200.000, dividido en 32 acciones con un valor de 100 mil bolívares cada una. Se trata de la segunda oportunidad en que Guzmán Blanco, en su condición de Presidente de la República, se incorpora al negocio bancario mediante la suscripción de cuatro acciones, mientras que Manuel Antonio Matos posee tres y la firma Chirinos, Matos y Cía., otras dos acciones.

Como ya era práctica del Banco de Maracaibo, fundado en 1882, el Banco Comercial se constituye en Caracas también con la finalidad de llevar a cabo operaciones únicamente con el sector privado. En sus estatutos se prohíbe la realización de transacciones con el poder público, condición que sería luego desvirtuada por las necesidades pecuniarias del Gobierno. Según la versión de su fundador, no había sido creado para sustituir al Banco de Caracas, sino para efectuar negocios mercantiles. Sin embargo, los apremios económicos impulsan a Guzmán a solicitar que el Banco Comercial se encargue de la cuenta de la Tesorería, a cuyo efecto deben ser modificados sus estatutos.

Mediante un convenio firmado en febrero de 1884, cuando ya el Banco de Caracas se encontraba en liquidación, la nueva compañía se compromete a abrir una cuenta corriente por Bs. 1.000.000, a cambio de la entrega del producto íntegro de las aduanas marítimas y terrestres. A través de los mecanismos indicados, la administración guzmancista logra disponer del auxilio del Banco Comercial, cuya estructura responde a un modelo similar al de los sucesivos institutos que habían operado desde 1870, con relación al sistema de recaudación de la renta aduanera y del pago de las diversas partidas del presupuesto nacional. Esta iniciativa constituye otro paso fundamental en la carrera de Matos.

En 1884, tras la disolución de la sociedad con Chirinos, decide organizar su propia casa de comercio que habrá de girar bajo la razón social de M. A. Matos y Cía., ubicada de Sociedad a San Francisco, donde realiza operaciones de venta al por mayor, importaciones y exportaciones. Poco después se dirige con su familia a Europa, donde permanece hasta diciembre de 1886.

Durante el Bienio presidencial de Joaquín Crespo (1884-1886), Guzmán Blanco viaja nuevamente a Europa, ostentando el cargo de Ministro Plenipotenciario de Venezuela. En ese período son frecuentes los encuentros y también constante la correspondencia entre los concurridos, quienes comentan con gran interés las noticias procedentes de Venezuela. En marzo de 1886, Matos, desde su residencia ubicada en 27 Rue Bassano de París, escribe a Guzmán, quien está de paso por Niza, para cuestionar la conducta de los directores del Banco Comercial que "siguen haciendo disparates" al entregar al presidente Crespo exageradas sumas de dinero. Muchas son las cartas referidas a las des-

medidas exigencias del poder público que ponen en riesgo la estabilidad del instituto.

En aquel tiempo son múltiples las obligaciones de Guzmán Blanco, tanto en Francia como en Inglaterra. Ello no le impide cultivar relaciones sociales de elevado rango y organizar costosas recepciones. Siendo ya Presidente electo de Venezuela y, en plenos preparativos para su retorno al país, en mayo de 1886, anuncia con gran júbilo el matrimonio de su hija Carlota con el duque de Morny, emparentado con el emperador Napoleón III. La boda se celebra con gran pompa, siendo los dos testigos por la novia: Manuel Antonio Matos y Francisco Barrios Parejo.

En julio de 1886, una terrible pérdida aflige a la familia Matos en París: la muerte de su pequeña hija María Teresa. En la emotiva carta que dirige a su concuñado, para anunciarle la triste noticia, se revela la entrañable amistad que unía a ambos personajes. En la temporada de vacaciones, los hijos de Guzmán Blanco visitan a sus tíos en Biarritz, lo que sirve de distracción a María Ibarra muy afectada por la reciente tragedia. La señora llevará consigo de por vida un medallón con el retrato de su pequeña hija.

Guzmán regresa al país en agosto de 1886 y al mes siguiente asume la primera magistratura. Por entonces, prosigue la fluida correspondencia entre los concuñados. Además de las noticias familiares, especialmente referidas a la situación económica de Carlota y su esposo, Matos resalta las virtudes del “Ilustre Americano” para asegurar a la nación la regularidad administrativa y el restablecimiento del equilibrio que impedían el surgimiento del “caudillaje”. Las cartas concluyen siempre con el saludo de su “afectísimo amigo y hermano”.

Su retorno a Venezuela en diciembre de 1886 está rodeado de trágicas circunstancias. El vapor *La France* en que viaja con su familia, tras un fuerte temporal, sufre un pavoroso incendio que se prolonga por cuatro días. Finalmente, logran arribar sanos y salvos a La Guaira el día 31 de diciembre, siendo recibidos con una jubilosa recepción organizada por familiares y amigos. Poco después, un doloroso acontecimiento sacude al recién llegado: la muerte de su padre el 15 de febrero de 1887.

Desde inicios de aquel año, luego de una larga ausencia, retoma la administración de sus prósperos negocios. Su fortuna ha ido crecien-

do a pasos agigantados y una muestra de ello es su lujosa residencia situada en la calle Norte 2 No. 19, entre Santa Capilla y Mijares. Enfrente se encuentra la sede del Club Unión o Concordia, casa que es también propiedad de Matos. En aquel tiempo la parroquia de Altagracia era un sitio privilegiado de aquella Caracas con pretensiones de transformarse en una pequeña París. Otra prueba de su excelente posición económica es la construcción de una amplia y confortable casa en Antímano, localidad que, por su fama de aires y aguas puras, se había convertido desde los años ochenta en lugar de preferencia para las familias adineradas y cercanas al "Ilustre Americano".

Manuel Antonio Matos, el acaudalado hombre de negocios, casado con una dama de abolengo y emparentado con Guzmán Blanco, comienza a inquietarse ahora por la posibilidad de llegar a la máxima magistratura. La oportunidad está muy cerca con la próxima postulación de candidatos para la Presidencia.

En agosto de 1887, el "Ilustre Americano" emprende un nuevo viaje a Europa, en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela, para llevar a cabo diversas negociaciones financieras y realizar gestiones relativas al conflicto con Inglaterra por el territorio de la Guayana Esequiba. Su intención es continuar ejerciendo el control político desde el exterior mientras Hermógenes López queda encargado de la Presidencia.

En ausencia de Guzmán, se inician enconadas pugnas en torno a las candidaturas presidenciales que conducirán al fraccionamiento del Partido Liberal. El otrora poderoso jefe del Liberalismo amarillo está perdiendo el control de las fuerzas políticas que antes acataban sumisamente su mandato.

Entre las candidaturas figura la de Matos, a la que Guzmán se opone de manera terminante, argumentando sus nexos de parentesco: "¿Cómo he de permitir que Matos y yo vengamos a representar el triste papel de ambos Monagas? ¡Eso no puede ser!". Sobran motivos para desconfiar de la sinceridad de esta afirmación, pero de todos modos el planteamiento no carece de fundamento.

La opinión del candidato es algo distinta. Años más tarde, adjudicará la negativa al autoritarismo de Guzmán, ya que éste le había sido siempre "hostil" en "política y negocios". Si bien es cierto que ambos

habían sostenido excelentes relaciones en ocasión del contrato de acuñación en 1879 y luego con la fundación del Banco Comercial en 1883, también lo es que Guzmán no confiaba en su subordinación incondicional para el desempeño de determinados cargos públicos, como cuando le negó su respaldo para ocupar la Jefatura Civil de La Guaira y, más aún, tratándose en este caso del ejercicio de la primera magistratura. El “amigo y concuñado” no cumplía con el requisito de ser un funcionario doblegado a su autoridad.

Domingo Antonio Olavarría, reconocido empresario y publicista, expresa una opinión muy favorable a la candidatura de Matos, a quien considera el “único liberal” con capacidad para implantar un “gobierno impersonal” y abogar por la reintegración del Partido Liberal, por ser “*independiente* sin tolerar reacciones” y, al mismo tiempo, “*leal* sin estar completamente sometido”. Este comentario resalta las cualidades del banquero para conducir de manera equilibrada y equidistante las fuerzas en pugna.

Numerosas reuniones de los círculos liberales se celebran en Caracas, mientras la tensión va en aumento debido a las diferencias con respecto a la figura que habrá de ocupar la Presidencia de la República. El debate se centra en torno a las candidaturas de Raimundo Fonseca, Ovidio María Abreu, Francisco González Guinán, Manuel Antonio Matos y Juan Pablo Rojas Paúl, siendo este último el único que gozaba del apoyo del “Autócrata Civilizador”.

Como expresión de la descomposición del Partido Liberal, las diferencias entre los distintos grupos se dirimen mediante pactos y compromisos en el seno de la Convención Electoral. Este cuerpo, haciéndose eco de la voluntad del “Ilustre Americano”, proclama en febrero de 1888 la candidatura de Rojas Paúl, quien es designado poco después Presidente de la República por el Consejo Federal. A pesar de haber llegado a la primera magistratura gracias al aval de Guzmán Blanco, el nuevo Presidente se ubica rápidamente junto al movimiento opositor y comienza a desplazar a las piezas clave del guzmancismo.

El hombre fuerte de **las finanzas**

El 17 de julio de 1888 Guzmán suscribe en París un contrato con el Banco Franco-Egipcio para establecer en Caracas una agencia denominada Banco de Venezuela, que podría abrir crédito al Gobierno con una tasa de interés inferior a la vigente en el mercado venezolano. Ese acuerdo es firmado a espaldas del Banco Comercial, al que solamente se otorga la suscripción del 25 por ciento de las acciones.

Las condiciones del contrato se traducen en una amenaza para la supervivencia del Banco Comercial, enfrentado a la posibilidad de que un grupo de inversionistas extranjeros se apodere de las negociaciones vinculadas con el sector público. En una comunicación dirigida a Juan Pablo Rojas Paúl por los directivos del instituto, entre quienes se encuentra Matos, se argumenta que, hasta el momento, el Banco Comercial había cumplido cabalmente con sus obligaciones al suministrar cantidades superiores al millón de bolívares, que era el monto máximo establecido en el contrato. Es más, se afirma en el citado documento, que en situaciones críticas se llegó a entregar hasta Bs. 3.200.000, es decir, el doble de la cantidad que con tanta “liberalidad ofrecen los agraciados”, en abierta alusión a las promesas de los promotores del banco extranjero auspiciado por Guzmán.

Por su parte, el “Ilustre Americano” fustiga desde París a los banqueros que en Venezuela se oponen al proyecto, comentando con ironía

que su indignación está justificada, ya que ellos disfrutaban de la facilidad de obtener elevados beneficios “sin riesgo ni desembolso alguno, hasta 80% sobre el capital nominalmente suscrito”. En los implacables juicios lanzados contra los banqueros, afirma que es un verdadero “disparate” preferir a los venezolanos en ese tipo de negocios: “Al contrario, Venezuela lo que necesita es población y capitales extranjeros, si es que queremos fecundar esos mismos elementos de población y riqueza venezolanos”. Resulta curiosa la posición de Guzmán, si se considera que él también había formado parte del grupo de accionistas del Banco Comercial.

Tal vez por la angustia que le creaba su progresivo desplazamiento del escenario político y la posible pérdida de sus provechosos negocios en el exterior, llega al extremo de amenazar a “Matos, Boulton y compañeros”, si se oponían a su proyecto, con publicar los datos de las ganancias exageradas del instituto. ¿Cómo pudo olvidar Guzmán con tanta rapidez que el sector mercantil se había constituido en uno de los puntales de su proyecto desde 1870? ¿No habrá meditado sobre las consecuencias de esta actitud hostil hacia sus antiguos y más firmes aliados? Precisamente, su insistencia en imponer un proyecto, que lesionaba los intereses de los capitalistas residentes en Venezuela, acelera el derrumbe de su predominio.

Gracias a la sagacidad de Rojas Paúl, a partir de mayo de 1889, el poder de Guzmán se va resquebrajando al tiempo que sus aún fieles seguidores son desplazados de los cargos públicos. El proceso de reacción se profundiza con la demolición de las estatuas del “Autócrata Civilizador” en octubre de aquel año. Poco después, éste renuncia a su cargo de Ministro Plenipotenciario y Agente Fiscal en Europa, quedando así truncados sus ambiciosos proyectos financieros.

En el transcurso de las polémicas desatadas por el proyecto del Banco Franco-Egipcio, Matos se está desempeñando como Presidente del Senado. A esa altura ha construido una base política y económica bastante sólida que le permite actuar con mayor independencia. A su gran fortuna, se unen su prestigio y solvencia en los medios financieros tanto en el país como en el exterior.

La década de los noventa se inaugura en un ambiente caracterizado por la ausencia del “Autócrata Civilizador”. Al concluir el período pre-

sidencial de Juan Pablo Rojas Paúl (1888-1890), ya está prácticamente desmontado el aparato político del guzmancismo. En marzo de 1890, el Consejo Federal elige a Raimundo Andueza Palacio (1890-1892) como Presidente de la República, con el apoyo de un amplio espectro de fuerzas políticas.

En ese contexto, se produce un hecho de gran significación: la fundación en 1890 del Banco de Venezuela, por iniciativa de Manuel Antonio Matos. Esta propuesta surge, tras la extinción del proyecto del Banco Franco-Egipcio, con el objetivo de impedir que se instalara en el “país una sociedad análoga que se proyectaba con capital extranjero. Esta fue la razón patriótica que tuvo el comercio de Caracas” para crear dicho instituto, de acuerdo con la versión de Matos. El Banco Comercial es absorbido así por el Banco de Venezuela, el cual se constituye en 1890 con un capital de Bs. 8.000.000, dividido en 160 acciones de Bs. 50.000 cada una. El contrato de cuenta corriente con el Gobierno es firmado el 12 de mayo de ese año. Manuel Antonio Matos suscribe cuatro acciones, y su casa de comercio otras cuatro. Están presentes en la composición del capital los más respetables hombres de negocios de la época: Santana, Eraso y Boulton, entre otros. También participan como accionistas figuras políticas como Raimundo Andueza Palacio y Juan Pablo Rojas Paúl.

El ocaso del dominio guzmancista coincide con la creación de otro instituto bancario de gran importancia. El ambiente político parece ser más propicio para la extensión de ciertas actividades económicas, esta vez sin la presión ejercida por Guzmán Blanco. El 8 de agosto de 1890 es fundado el Banco Caracas, gracias a la iniciativa de un destacado grupo de capitalistas, entre quienes se encuentra otra vez Manuel Antonio Matos, convertido en el operador más relevante en materia financiera. Asimismo, sobresale la presencia de comerciantes no sólo de Caracas y La Guaira, sino también de Puerto Cabello y Valencia. Con un capital de 6 millones de bolívares, sus negocios están destinados exclusivamente al sector privado, ya que el Gobierno contaba con el Banco de Venezuela como auxiliar de la Tesorería Nacional.

La relevancia de los Bancos de Venezuela y Caracas es indudable, al punto de que ambos logran sobrevivir todos los embates políticos de aquellos años y alcanzan a tener la existencia más prolongada de cuan-

tos institutos fueron creados en ese tiempo. A esa altura, Matos se había transformado en un acaudalado empresario que formaba parte del “alto comercio”, tenía participación protagónica en los dos institutos bancarios más importantes del país, y era además accionista de reconocidas sociedades anónimas: la Compañía del Gas y de la Luz Eléctrica, Cervecería Nacional y Compañía de Tranvías.

¡Dígallo usted, **General!**

A fines de 1890, Matos se ausenta del país, como siempre con destino a París. En enero del año siguiente, recibe en esa ciudad la visita de Guzmán quien le comunica que en Caracas han sido apresados los encargados de manejar sus negocios. A pesar de las diferencias que se habían suscitado en ocasión de la pugna por las candidaturas entre 1887 y 1888, Matos se esfuerza por resolver dicho problema, aunque le es bastante difícil lograr el concurso de nuevos administradores, ya que todos temen que ello pudiera perjudicar sus propios intereses mercantiles. Finalmente, su socio José Gabriel Núñez, se hace cargo de la administración de dichos bienes, aunque con muchas reservas por temor a retaliaciones de parte del Gobierno.

La administración de las propiedades de Guzmán se convierte en motivo de roces y discusiones por la pretensión del otrora poderoso Caudillo de que se procediera “según su capricho”, mostrando así una actitud intransigente, propia de quien está “acostumbrado a dar órdenes y ser obedecido”, según afirmaciones del banquero.

José Gabriel Núñez, en carta dirigida a Matos, quien a su vez remite una copia a su concuñado, señala su preocupación por las dificultades que debía sobrellevar para cumplir con la atención de los negocios que se le habían encomendado. Entre sus comentarios acota que Guzmán no comprendía la verdadera situación que se estaba viviendo en

Venezuela y que todavía tenía los ojos tan “cerrados como cuando impuso la elección de Rojas Paúl”. Al conocer el contenido de esa carta, el “Autócrata Civilizador” responde a Matos, el 28 de mayo de 1891, manifestando que se trataba de una calumnia porque jamás impuso la candidatura de Rojas Paúl, sino que la sostuvo sólo después que la Convención decidió postularlo para la Presidencia de la República.

Si bien ambos residen en París, curiosamente el vehículo usado para esta discusión es la correspondencia. Quizá, la vía epistolar resultaba más adecuada para transmitir los arrebatos temperamentales tanto de Guzmán como de Matos, resentido este último todavía por su frustrada candidatura presidencial. Siguiendo la polémica, el día 29 de mayo, el banquero increpa a Guzmán, mostrando su sorpresa de que negara haber impuesto a Rojas Paúl, “cuando el País entero lo sabe” y conoce los pormenores de aquel episodio. Como respuesta a lo que Guzmán calificaba como una calumnia, Matos lanza una andanada de reproches y acusaciones:

... debo decirle que calumnia sí la había en sus cartas, en que objetaba usted mi candidatura, porque yo le entregaría el Poder a los Olavarría y a los Godos. Nunca ha creído usted tal cosa de mí, sabe usted muy bien que ni soy godo, ni me dejó dominar. Dígalo usted General, es precisamente por esto último que usted me rechazaba; yo no se lo he llevado a mal, encuentro que estaba usted en su perfecto derecho. Al creer yo que eran aquellos sus temores, tendría que decirle que estaba usted verdaderamente ciego y que, quienes veían claro, eran sus mejores amigos, liberales todos, quienes al proponer y sostener mi candidatura, pensaban sostener con ella las glorias del Partido Liberal.

En el conflicto se refleja la soberbia de ambos personajes, unidos por el parentesco y la amistad, pero enfrentados por las ambiciones políticas e incluso por asuntos de negocios, aun cuando la casa de comercio perteneciente a Matos continuaría administrando por un tiempo más los intereses de Guzmán. El incidente termina convirtiéndose en un asunto que involucra incluso a las familias. Sus esposas, las hermanas Ana Teresa y María Ibarra, muy unidas hasta el momento, se distancian también y cada una de ellas toma partido por su respectivo cónyuge.

Los desentendimientos entre los conuñados no concluyen con aquella polémica epistolar, sino que continúan tras el regreso de Matos a

Venezuela en febrero de 1892. A inicios de ese año, están emergiendo en el país alarmantes signos de crisis económica, a lo que se suman las perturbaciones políticas derivadas de las intenciones continuistas de Andueza Palacio. Éste aspira a permanecer en el cargo hasta 1894, basándose en una reforma aprobada por las legislaturas de los estados que extendía el período presidencial a cuatro años, pero que no contaba todavía con el aval del Congreso Nacional.

El retorno de Matos despierta suspicacias entre los políticos, quienes sospechan que el motivo de su viaje no es la simple atención de sus negocios. Se cree que está portando instrucciones de Guzmán para urdir nuevas estrategias políticas, hecho que será pronto desmentido por el banquero, como veremos más adelante.

A los pocos días de su llegada, se dirige a conversar con Andueza para exponerle su inquietud ante la situación reinante y persuadirlo de que abandone sus intenciones continuistas, para evitar así poner en manos de Crespo la “bandera de la legalidad”. El Presidente, al parecer tratando de ignorar los peligros que lo amenazan, le manifiesta: “Don Manuel, no se preocupe, ya en este país ni los gallos pelean; hay que traerlos de Puerto Rico”. Andueza estaba totalmente equivocado, o bien pretendía soslayar el peligro que se cernía sobre su Gobierno. Crespo sí tenía ganas de pelear y tan sólo estaba aguardando el desenlace del conflicto con el Congreso.

Por su parte, Guzmán, todavía con pretensiones de conducir la política venezolana desde el exterior, tiene planes muy concretos. Sus dos figuras clave son Francisco González Guinán y Aníbal Domínici, a quienes designa como jefes del Partido Liberal, el primero en Valencia y Occidente, y el segundo para el Centro y Oriente.

Con el propósito de definir el campo de sus alianzas, en carta del 6 de febrero, Guzmán advierte a Aníbal Domínici lo siguiente: “...como Matos es o pasa como de mi familia, es bueno que usted sepa que, no obstante mis cordiales relaciones con él, en política sus ideas y propósitos son enteramente distintos y hasta opuestos de los míos”. Al conocer el contenido de esta correspondencia, el disgusto del banquero es mayúsculo, al punto de publicar un remitido en el que aclara estar al margen de las instrucciones enviadas desde París a Domínici. Subraya que su único anhelo era “contribuir a la unión de la gran familia libe-

ral, teniendo por base la paz y la prosperidad de la Patria". El 7 de marzo está anunciando a Guzmán que no continuará al frente de la administración de sus negocios. Esta vez, la ruptura de los conuñados es un hecho.

En cuanto a las diferencias señaladas por su pariente, Matos intenta precisar los puntos divergentes. En una carta de mayo de 1892 se identifica como "liberal de cuna", ideas a las que siempre había guardado fidelidad. En cambio, Guzmán había ejercido un gobierno de carácter "autoritario", no sólo durante el Septenio en que las difíciles circunstancias lo ameritaban, sino también en etapas posteriores cuando ya no se justificaba esa conducta. En una posición un tanto contradictoria, después de haber exaltado años atrás el papel casi redentor de Guzmán por haber unificado el país combatiendo el "caudillaje", juzga ahora con severidad los excesos de autoritarismo del ex Presidente.

En materia económica, las divergencias entre ambos personajes son igualmente profundas. Para Guzmán, el progreso debía ser "violento sin pararse en lo que cueste". En contraste, Matos expresa su convicción de que el ritmo de la evolución tenía que ser acorde con los recursos del país, por lo que era conveniente promover obras de menor costo, suprimiendo acciones de gracia y utilidades a favor de los que intervenían en la concesión de los contratos. Para reafirmar este criterio, recuerda la catástrofe fiscal de Argentina en 1890, que arrastró incluso a la casa Baring Brothers de Inglaterra, crisis que fue el resultado de un acelerado "desenvolvimiento del progreso material" acompañado de un elevado endeudamiento.

A las disensiones por asuntos políticos y económicos, se añaden las intemperancias características de ambos personajes. Intransigencia, vanidad y soberbia se unen para apartar a los conuñados. Aquel "afectísimo amigo y hermano", con que concluían las cartas de otros tiempos, se va transformado en el simple y frío saludo de su "atento servidor y amigo". Sin embargo, la relación no queda totalmente rota, ya que pocos meses después se reencontrarán en París.

Desventuras de un Ministro de Hacienda

Desde los primeros días de marzo de 1892 las tensiones políticas se van exacerbando cada vez más. El desequilibrio fiscal no es menos preocupante. Un nutrido grupo de comerciantes, entre los que se encuentra M. A. Matos, suscribe un documento dirigido al Presidente, planteando su inquietud por la situación económica y política reinante. En la respuesta de Andueza se hace alusión a la necesidad de buscar una fórmula de avenimiento para garantizar la paz y la alternabilidad republicana, al tiempo que expresa también su opinión favorable a la reforma constitucional en la que, desde luego, estaba contemplada su permanencia en el Gobierno hasta 1894.

En medio de un explosivo ambiente político, el Presidente y sus seguidores optan por pasar a la ofensiva. A sabiendas de que no contaba con el apoyo de la mayoría del Congreso para aprobar la reforma constitucional, Andueza decide desconocer la autoridad del cuerpo legislativo nacional y, el 14 de marzo de 1892, lanza un manifiesto en el que proclama la vigencia de la reforma que prolongaba el período presidencial hasta el año 1894. Este hecho provoca la inmediata reacción del sector denominado “legalista”, opuesto a la maniobra continuista del Presidente. El movimiento revolucionario se organiza con rapidez, encabezado por el ex Presidente de la República: general Joaquín Crespo.

Entretanto, el Banco de Venezuela sufre una fuerte crisis debido a la escasez de metálico para atender el retiro de depósitos y el cambio de billetes, por lo que algunos directivos piensan incluso en la alternativa de cerrar el instituto. La oportuna intervención de Manuel A. Matos, gracias a su gran influencia en los medios mercantiles, impide la disolución del banco recientemente creado. A fin de llegar a un arreglo general de cuentas y celebrar un nuevo contrato con el Gobierno, el 24 de marzo, el financista presenta al Banco de Venezuela un proyecto que obtiene el voto de confianza de los principales accionistas, entre quienes sobresalen capitalistas muy reconocidos, como Santana, H. L. Boulton, Lesseur, Römer, C. Hellmund, Francisco G. Travieso, J. A. Olavarría y R. Röhl, entre otros.

El 28 de marzo, el Banco de Venezuela firma el acuerdo que establece las bases para proseguir sus relaciones con el Gobierno. Una de las condiciones impuestas por Andueza Palacio es clara y precisa: Matos debe ocupar la cartera de Hacienda a fin de garantizar el cumplimiento de lo pactado. A causa de su desacuerdo con los propósitos continuistas del Presidente, el banquero acepta el cargo sólo por el lapso de tres meses, hasta tanto quedaran solucionados los principales problemas financieros, sin que ello implicara ningún tipo de acuerdo político con el gobernante. El nombramiento del nuevo Ministro, al día siguiente de la firma del convenio, genera amplias expectativas en los medios políticos y comerciales. En periódicos como *La Opinión Nacional* y *La Rehabilitación* se exaltan sus virtudes y cualidades idóneas para restablecer el crédito de la nación, aptitudes que se pueden apreciar a través del “éxito de sus empresas” y el “crédito de su firma”.

Para Manuel Antonio Matos se ha abierto una nueva faceta en su carrera. Ahora es el “ministro-banquero” que deberá afrontar una verdadera prueba de fuego en circunstancias políticas y económicas muy adversas. De acuerdo con lo estipulado en el convenio, el Banco de Venezuela se compromete a aumentar los suministros de dinero, aunque disminuyendo el crédito en cuenta corriente a la suma de Bs. 2.000.000. Para disponer de mayores sumas de dinero efectivo, el instituto queda obligado a reducir sus operaciones comerciales al 40 por ciento de su capital nominal. La participación de Matos en el gabinete y su papel de accionista del Banco de Venezuela implican el aparente fortalecimien-

to de las relaciones entre los principales capitalistas y las autoridades nacionales, en momentos en que se están intensificando los enfrentamientos con el ejército de Joaquín Crespo. Se evidencia que Andueza estaba totalmente errado cuando afirmó, un mes antes, que en Venezuela ni siquiera era posible encontrar “gallos de pelea”.

La situación se agrava cada vez más, en la medida en que el ejército revolucionario fortalece sus posiciones en medio del creciente descontento ante la política continuista de Andueza Palacio. Tras un infructuoso intento por lograr la pacificación mediante la convocatoria del Congreso o bien de una Convención delegatoria de los estados, ante la cual debía renunciar el Presidente, Matos presenta su dimisión a la cartera de Hacienda a inicios de mayo de 1892, mucho antes de haberse cumplido el lapso de tres meses previamente acordado. El Presidente se muestra preocupado por dicha decisión, que podría ser juzgada “como el primer síntoma de disolución” ante la presencia de “un enemigo tenaz” que estaba amenazando la estabilidad institucional.

La renuncia, bajo el pretexto de un inminente viaje por razones personales, estaba fundada en sus discrepancias con las intenciones políticas de Andueza, a lo que se unía la inquietud ante los crecientes gastos militares y los consiguientes trastornos fiscales. Su intempestiva partida hacia Europa era una señal del próximo derrumbe del Gobierno acosado por el embate de los revolucionarios. Como agravante, su casa de habitación es objeto de dos ataques nocturnos con petardos de dinamita que precipitan su viaje.

En junio de 1892 la situación se torna insostenible para Andueza, quien renuncia al cargo y sale al exilio, quedando Guillermo Tell Villegas como encargado de la Presidencia. Las promisorias condiciones auguradas a comienzos de la década se habían desvanecido frente a los estragos de la guerra civil y al caos de las finanzas públicas.

Después que Joaquín Crespo hace su entrada triunfal a Caracas, el 6 de octubre de 1892, al frente de la Revolución Legalista, las relaciones con el Banco de Venezuela pasan a ser conflictivas inmediatamente. El Gobierno de Crespo (1892-1898) no reconoce la deuda de las administraciones anteriores y decreta, además, el embargo de los bienes pertenecientes a los liberales que habían participado en la gestión de Andueza, que son declarados “reos de traición”.

Entre los afectados por el embargo se encuentra Matos, a quien se le impone el pago de un “empréstito de guerra” por Bs. 1.600.000. Ante la negativa de satisfacer dicha suma, su casa de comercio es cerrada y sellada por orden del Ministro de Hacienda, Juan Pietri. Éste comenta a uno de sus amigos, según la versión del banquero: “...ahora lo tengo agarrado por el pescuezo y si no me da los reales lo haré quebrar”.

Un grupo de amigos de Matos resuelve entrevistarse con el Ministro para explicarle las razones por las que aquél había aceptado la cartera de Hacienda en tiempos de Andueza e interceder a fin de que le fueran restituidos sus bienes. El Ministro los recibe con altivez y, al conocer sus intenciones, les manifiesta con acritud: “Es inútil toda explicación, ese señor pesa demasiado política y socialmente, debo rebajarlo”. Se llega incluso a ordenar la ocupación militar de la casa del banquero en Caracas, medida que es desautorizada por el general Crespo al enterarse de este incidente.

A pesar de los arreglos celebrados con el Banco de Venezuela, en enero de 1893 ya se había agotado el monto del crédito otorgado, lo que motiva la negativa a conceder sumas adicionales. Ante los rumores y la creciente desconfianza por la marcha de los negocios, el público exige el cambio de sus billetes. Para evitar males mayores, se impulsa la búsqueda de un nuevo acuerdo entre el Gobierno y el Banco de Venezuela. A fin de restablecer la confianza, se decreta la amnistía para los funcionarios afectados por el embargo, a quienes les son devueltos sus bienes. Uno de los favorecidos por esta decisión es Manuel Antonio Matos.

De revolucionario a “evolucionista”

Con el agravamiento de las tensiones políticas comienza a organizarse un movimiento revolucionario en el exterior. A inicios de 1893, varios políticos liberales visitan a Guzmán en París e intentan convencerlo para que encabece la reacción contra Crespo. Después de escucharlos con cortesía, aquél se dirige a la biblioteca de donde extrae un libro y luego pregunta a los presentes con amargura: “Díganme ustedes, quiénes no están firmados en ese libro declarándome traidor a la Patria y con quiénes, por lo tanto, podría contar racionalmente para encabezar la revolución que me proponen y en caso de buen éxito gobernar luego la República”. No le faltaba razón al “Ilustre Americano”. El problema no consistía sólo en deponer a Crespo, dado que más difícil aún era lograr mantenerse en el poder en medio de tantos trastornos y fraccionamientos políticos.

La negativa de Guzmán es terminante, por lo cual aquellos miembros del Partido Liberal optan por proponer a Matos la conducción de la empresa revolucionaria, a lo que éste responde que antes de tomar cualquier determinación debía ir primero a Venezuela para liquidar sus negocios de comercio y estudiar la situación de cerca. Al comunicarle a Guzmán, con quien ya se había reconciliado, sus intenciones y también sus dudas con respecto a la elección de un jefe militar para secundarlo en la campaña, aquél le da un sabio consejo, que tendrá

gran importancia casi una década después. Le recomienda que no considere el nombre de Luciano Mendoza por ser “un simple guerrillero incapaz de mandar un ejército”. En cambio, resalta las cualidades militares de José Ignacio Pulido y Domingo Monagas, especialmente de este último, quien se destacaba por ser más “intrépido y fogoso”.

Una vez que la medida de embargo de sus bienes es levantada, Matos resuelve regresar con su familia a Venezuela a ocuparse de sus negocios. En noviembre de 1893 pone en liquidación su casa de comercio mientras continúa en contacto con los comités revolucionarios que estaban actuando en Curazao y Nueva York.

Su retorno a Venezuela coincide con el gran revuelo desatado por el contrato firmado con Alfredo Hastings para establecer el Banco Anglo-Venezolano, proyecto que contó con su total oposición, tal como venía ocurriendo desde la experiencia del Banco Franco-Egipcio en 1888. Paralelamente, surge gran preocupación en torno a los peligros del exceso de emisión por lo que se inician discusiones para reformar la legislación vigente en la materia. Mientras estos temas absorben la atención del banquero, los propósitos revolucionarios gestados en París parecen haber quedado en el olvido.

Aunque Matos sigue ejerciendo la jefatura nominal del movimiento, en la práctica no ha definido aún su papel en el mismo. Según el plan inicial, una vez que estuvieran concluidos los preparativos, aquél debía abandonar el país. Con el paso de los meses, ante la ausencia de señales claras, crece la impaciencia de los opositores que exigen mayor celeridad en las acciones. El banquero, en un nuevo intento de aplazar el estallido de la insurrección, informa que a su criterio sería oportuno esperar a que se “acentuara más la mala marcha” de los asuntos públicos y se generalizara el descontento de la población. Su dubitativa posición provoca fuertes críticas de parte de los revolucionarios hasta que finalmente Matos responde que, si no se tomaban en cuenta sus observaciones, “los dejaba en libertad de proceder” según su conveniencia.

Sobre su separación de la jefatura, las versiones son muy contradictorias. El banquero asevera que desde octubre de 1894 había anunciado su decisión de no continuar con la revolución, recibiendo poco después la primera invitación de José Antonio Velutini para integrar-

se al gabinete. Según Manuel Modesto Gallegos, estrecho colaborador de Crespo, esa afirmación no es cierta, ya que el primer contacto entre ambos personajes se dio recién en marzo de 1895. Si nos atenemos a lo sostenido por Guillermo Villegas Pulido, los revolucionarios creían hasta el mes de marzo que todo estaba dispuesto para iniciar las acciones armadas, cuando fueron sorprendidos por la invocación de Matos a la política conciliatoria. Lo cierto es que de su reunión con Joaquín Crespo, en el mes de marzo, queda planteado el camino de la "evolución política" y el consiguiente abandono del proyecto revolucionario.

Pactos secretos

Manuel Modesto Gallegos da a conocer los entretelones de las negociaciones que culminaron con el nombramiento de Matos como Ministro de Hacienda. Al tener conocimiento Crespo de los preparativos revolucionarios en los que aquél estaba involucrado, trama una hábil estrategia que consistía en atraer al banquero a la esfera del Gobierno y neutralizar así la acción de los elementos subversivos. A instancias de José Antonio Velutini, al tanto de tales maquinaciones, el presidente Crespo se reúne con Matos, a fin de poner en práctica sus planes.

No hay testigos de la entrevista y nadie conoce con certeza los términos precisos en que se desenvolvió la negociación, a excepción del relato de Matos, parte interesada en el asunto. Resulta llamativo que el banquero haya sido invitado a la reunión para proponerle su designación para el despacho de Hacienda, y saliera de allí con atribuciones para nombrar él mismo otros cuatro ministros, todos ellos pertenecientes al sector de los revolucionarios que ahora estaban por la "evolución" política.

Después de aceptar la tentadora oferta, el banquero elabora la lista de miembros del gabinete sin incluir los nombres de los titulares de Interior y de Guerra y Marina. Los mismos son dictados por Crespo: Juan Francisco Castillo y Ramón Guerra. Los demás ministros son: Manuel Antonio Matos en Hacienda, Lucio Pulido en Relaciones Exteriores, Alejandro Urbaneja en Instrucción Pública, José María Manrique en Obras Públicas y Jacinto Lara en Fomento. Si bien los despachos de Interior y de Guerra, fundamentales para garantizar la seguridad interna, continúan sometidos a la voluntad del Presidente,

a Matos se le había otorgado el control de cinco ministerios, varios de ellos decisivos en materia económica.

A fin de establecer los deberes que asumirían los integrantes del llamado Gabinete Matos, los cinco ministros firman un pacto secreto, el 30 de marzo de 1895, en el que definen los lineamientos de la futura gestión. En dicho documento se formula el propósito de conservar la paz y el orden, fomentar la prosperidad y conducir el crédito público de acuerdo a “sanos principios económicos” con el fin de cumplir estrictamente los compromisos internos y externos. Los funcionarios se comprometen a trabajar en conjunto por la conservación de la “perfecta unidad y armonía”. En el caso de sobrevenir una crisis, debido a la imposibilidad de mantener los acuerdos previos, todos los ministros presentarían su renuncia, o bien, debía dimitir a su cargo aquel de los firmantes cuya opinión fuera contraria al criterio sostenido por la mayoría.

El objetivo de que un sector abandonara sus planes sediciosos para abrazar la causa de la “evolución” se había logrado sin mayores tropiezos. Desde la perspectiva de uno de los grupos de la oposición, la conquista de cinco cargos ministeriales implicaba un virtual triunfo político sin la necesidad de acudir al expediente de la violencia, es decir, se trataba de una vía pacífica y realista de alcanzar el poder. El movimiento revolucionario queda así fraccionado. En el exterior cunde el desconcierto, y los planes de derribar a Crespo se debilitan en la medida en que no hay ninguna figura con capacidad para proseguir con la jefatura de la revolución.

Para evaluar los términos reales de la negociación con Matos es menester contemplar el factor económico, dado que el Gobierno requería de un eficaz colaborador en materia financiera y con gran influencia en las decisiones del Banco de Venezuela a fin de reordenar las caóticas finanzas públicas. Este último aspecto podría explicar en parte el hecho de que se estuviera entregando prácticamente el control del gabinete a un hombre que había estado envuelto en conspiraciones hasta poco tiempo antes.

Más allá de las maniobras políticas que pudieron haber motivado la integración de una alianza de esa naturaleza, Matos demostraba en aquella oportunidad su gran influencia en los medios políticos y eco-

nómicos, ya que además de sus funciones en la cartera de Hacienda, llega a ejercer la virtual dirección del gabinete. El general Crespo reconocerá más tarde haberle confiado el manejo de la Hacienda pública por sus conocimientos en la materia, sus "valiosas relaciones comerciales dentro y fuera del país, que podían dar mayor vida a las transacciones, y en situación adecuada para plantear sin esfuerzos un sistema de economías que se hacía indispensable".

El Gabinete Matos en medio del vendaval

La actuación de este gabinete, en parte crespista y con mayoría de la oposición, es bastante accidentado. Si bien inicialmente se habían alimentado ciertas expectativas en torno a los resultados de su gestión, con el paso del tiempo comienzan a crecer las críticas. En la prensa abundan los artículos contrarios al Ministro de Hacienda. Se le reprocha haber recortado el presupuesto sin tomar en cuenta los efectos destructivos para el fomento y la instrucción pública. Mientras la reducción de sueldos, una de las medidas más combatidas, empeora las condiciones de vida de una parte de la población, los estados se empobrecen por la disminución del monto asignado por concepto de Situado Constitucional.

A estas acusaciones se agregan denuncias en periódicos como *El Combate* y *La América* acerca del alza violenta sufrida por algunos títulos de la deuda pública: "El Sr. Matos como buen comerciante, aprovecha las oscilaciones de la política para hacer sus evoluciones, y juega a la Bolsa con los valores públicos como jugaría con una factura insignificante".

Los conflictos llegan a tal extremo, que el propio Ministro de Hacienda se ve obligado a sacar a empujones de su despacho al Jefe de los Edecanes, quien habría expresado de manera airada su descontento por la reducción de su salario.

Otro frente de oposición se levanta contra el financista. Se trata de sus antiguos aliados en el exilio, quienes interpretan la política "evolucionista" como una claudicación frente al enemigo. Por su parte, los núcleos crespistas se oponen a Matos por su participación en el gabinete de Andueza Palacio y denuncian su excesivo acercamiento a los viejos "fantasmas del guzmancismo".

Ramón J. Velásquez describe minuciosamente el clima político de aquel momento. Desde el seno del gabinete, Juan Francisco Castillo, con aspiraciones presidenciales para las elecciones de 1897, promueve intrigas que van socavando las bases de sustentación del Ministro de Hacienda, cada vez más solitario y aislado. Mientras las calles se convierten en escenario de protestas y escaramuzas, se desata una implacable campaña de prensa.

A pesar de la intensa pugnacidad que se va exacerbando día a día, el banquero y sus aliados permanecen en el gabinete, en tanto Crespo aguarda expectante el resultado de los enfrentamientos que cotidianamente se suceden en la Casa Amarilla.

Los antagonismos se agravan cuando Feliciano Acevedo queda como encargado de la Presidencia, por ausencia temporal de Crespo. Una de las discusiones surge por un problema de competencias entre los ministerios de Hacienda y Guerra. La tensión aumenta con el debate en torno al pago de compromisos de la Tesorería. Matos subraya la urgencia de solventar las múltiples deudas pendientes, ya que con ese propósito se habían dedicado grandes esfuerzos desde marzo de 1895 para reducir el uso del crédito en la cuenta corriente del Banco de Venezuela y acumular un elevado depósito para atender necesidades extraordinarias del presupuesto. Frente a la propuesta de Feliciano Acevedo de amortizar las deudas de Tesorería con títulos del uno por ciento, el titular de Hacienda se opone terminantemente por considerar que esos recursos debían ser usados para honrar las deudas con las compañías de ferrocarriles, que montaban a Bs. 20.000.000, compromiso ineludible si se pretendía fortalecer el “crédito de la Nación”.

Los ánimos se exasperan en medio de los debates hasta que, el primero de octubre, Acevedo resuelve solicitar la renuncia a los integrantes del Gabinete Matos. Gran algarabía se produce en los medios opositores al titular de Hacienda. Los ministros que habían firmado el pacto renuncian, a excepción de Jacinto Lara, a cargo de la cartera de Fomento. La situación se complica a causa de la publicación por parte de Matos del folleto *Crisis Ministerial*, en el que se reproduce el texto del pacto firmado el día 30 de marzo.

El Presidente reacciona con indignación ante la falta de tacto demostrada por el ex Ministro y denuncia dicho acuerdo “como una con-

fabulación atentatoria contra la autoridad presidencial que mostraba el premeditado propósito de monopolizar el poder, decidir por sí y ante sí todas las cuestiones" relativas a las resoluciones del gabinete.

Tal como era de esperarse, las divergencias habían desembocado en una crisis irreversible, indicio de las dificultades para concertar acuerdos en medio de las rivalidades, los enfrentamientos personales y las pugnas políticas que conmocionaban a la nación en los últimos años del siglo XIX. La supervivencia de aquella especie de "coalición" no era viable bajo la conducción de una figura que, como Matos, se caracterizaba por la intransigencia de sus criterios tanto en política como en economía. Por otro lado, buena parte del crespismo no estaba de acuerdo con establecer alianzas con grupos provenientes de la oposición. Tras retirarse de la cartera de Hacienda, el banquero emprende un nuevo viaje a Europa, donde permanece hasta septiembre de 1897.

Tensiones e **incertidumbres**

Incertidumbre política y depresión económica son los signos de la última década del siglo XIX. Este es el escenario del polémico empréstito de la compañía alemana *Disconto Gesellschaft*, aprobado en el año 1896 por un monto de Bs. 50.000.000. Esta suma estaba destinada al pago de la garantía del 7 por ciento de algunas empresas de ferrocarriles y al rescate de la obligación que tenía la nación de abonar dicha garantía en el futuro, además de la adquisición de algunas vías férreas, si el Ejecutivo lo considerara conveniente, y para cooperar con la conclusión del Ferrocarril Central de Venezuela hasta Santa Lucía.

En lo que se evidencia como una tendencia expansionista de los capitales alemanes, el *Disconto Gesellschaft* de Berlín pretende participar en la creación de un instituto de crédito que sería fusionado con el Banco de Venezuela. El proyecto motiva, entre fines de 1896 y principios del año siguiente, prolongadas discusiones protagonizadas por los principales capitalistas del país. Manuel Antonio Matos se convierte en uno de los más tenaces opositores a este tipo de ensayos, señalando en febrero de 1897, desde París, que tal iniciativa hería “los intereses y la dignidad nacionales”.

Es interesante analizar las tendencias “nacionalistas” que afloran en torno a la polémica por la introducción de capitales extranjeros en el negocio bancario. La opinión casi unánime de los financistas loca-

les se inclina por el rechazo a tales proyectos. Matos es uno de los abanderados de esta campaña, puntualizando que su ataque no está dirigido contra los extranjeros residentes en el país con “intereses y familias” ligados a esta sociedad. Más bien pretende alertar con respecto a la debilidad de los empresarios venezolanos para “luchar con un elemento extraño, robusto, emprendedor y que dispondría de recursos fáciles y poderosos, que le permitiría avasallarnos, y adueñarse en seguida de nuestro comercio y de nuestras industrias”.

La aprobación del contrato, en opinión de Matos, habría de significar la entrega al extranjero de “la dirección y el manejo de la vida financiera de la República”. También se refiere a las apetencias de ciertas naciones europeas en el continente americano. Como consecuencia de su tardía unificación territorial, Alemania carecía de un mundo colonial tan extenso como las otras potencias, por lo que aspiraba apoderarse “financieramente de los mercados y de los países que puedan servirle a fecundar su Tesoro”. El destacado hombre de negocios se pregunta acerca de la importancia que tendría “un crédito de más o menos dos millones de bolívares para nuestra exuberante hacienda pública”. Al respecto enfatiza que en muchas ocasiones el Banco de Venezuela había entregado al Gobierno sumas superiores, pero dudaba que una firma extranjera estuviera dispuesta a adoptar una medida semejante. En su alegato, el banquero señala que el dominio financiero de las compañías extranjeras haría peligrar el comercio nacional, porque aquéllas dificultarían las operaciones de giros y créditos hasta absorber dicha actividad.

Durante el año 1897 se desenvuelven fuertes discrepancias políticas en el marco de las elecciones presidenciales. Con el apoyo de Crespo se constituye el Gran Consejo Liberal Eleccionario que propugna la candidatura de Ignacio Andrade, postulación que provoca enconadas discusiones en la prensa. Uno de los contendores es el jefe del Partido Liberal Nacionalista, José Manuel Hernández, *el Mocho*, cuya popularidad crece aceleradamente. Bien conocida es la historia referente al proceso electoral en que Crespo ordena ocupar los sitios en que funcionan las mesas de votación el día primero de septiembre. Así es como mediante el fraude, Andrade conquista la primera magistratura para un período de cuatro años.

Antes de haberse concretado esta elección, Matos había manifestado en París su inclinación por la candidatura de Andrade, a la que se oponían Guzmán Blanco y otros liberales. En agosto de 1897, decide regresar a Venezuela. A su llegada, en el mes de septiembre, debe ocuparse de solucionar urgentes problemas surgidos con el Banco de Venezuela. A pesar de su conflictiva experiencia ministerial que desembocó en la crisis de octubre de 1895, el financista se acerca nuevamente a Joaquín Crespo. En su condición de figura protagónica del Banco de Venezuela, trabaja a diario junto a los ministros a fin de reducir las erogaciones de la Tesorería en momentos en que los ingresos públicos eran bastante escasos. Con tal fin, se determinan las necesidades del presupuesto y se colocan algunos excedentes en obras públicas y otros gastos indispensables, con lo que, según el banquero, podría renacer la confianza gracias a la satisfactoria marcha de las finanzas públicas.

El 10 de marzo de 1898, Matos es designado para ocupar la cartera de Hacienda del gobierno de Andrade. Se trata de su tercera experiencia en ese despacho en el lapso de apenas seis años, clara demostración de su gran peso económico. Sin embargo, las adversas circunstancias políticas conspiran contra los intentos de organizar las finanzas públicas. Como respuesta al fraude electoral del primero de septiembre del año anterior, el Mocho Hernández proclama en Queipa el inicio de la revolución contra el “despotismo” imperante en Venezuela. Para combatir el alzamiento, el general Joaquín Crespo asume la conducción de las operaciones militares. El 16 de abril es abatido en La Mata Carmelera. La desaparición del Caudillo genera gran confusión en los círculos gubernamentales hasta que, por consejo de Matos, el mando supremo del Ejército es confiado al general Ramón Guerra.

A medida que los enfrentamientos se multiplican en el territorio de la República, las rentas públicas resultan sensiblemente afectadas, por lo que el titular de Hacienda se ve obligado a acudir al expediente de efectuar una emisión de bonos por 9 millones de bolívares, cuya amortización estaría garantizada por los ingresos de las Salinas de la Nación.

En breve, su tercera gestión en Hacienda queda en entredicho, en medio de los comentarios mordaces de la prensa. Se dice en el periódico *La República* que el Ministro pretende favorecer los intereses del Banco de Venezuela a través de manejos y arreglos que perjudican a la

nación, lo que sería el resultado de designar “ministros banqueros” que no diferencian los límites entre el interés privado y el público. Se afirma que dicho banco subsiste por ser una “oficina pública dependiente del gobierno”, a la vez que Matos estaría utilizando su cargo para arrimar “la brasa a su sardina”, es decir, defender los intereses del Banco de Venezuela, que son también los suyos.

No pasa mucho tiempo hasta el estallido de conflictos entre los integrantes del gabinete. En noviembre de 1898, el Ministro de Crédito Público se niega a poner a disposición del Banco de Venezuela el monto de 20.000 bolívares diarios para el pago de los intereses de la deuda pública interna. El titular de Hacienda plantea que tal medida es de la exclusiva competencia de su cartera, y no del Ministerio de Crédito Público. La situación se complica con la orden de suspender la entrega de las recaudaciones de la Aduana de La Guaira al Banco de Venezuela. El hecho motiva una agria discusión con el Presidente y la posterior dimisión de Matos, para quien el pago puntual de los compromisos monetarios había tenido siempre carácter prioritario. Curiosamente, esta vez no se embarca rumbo a Europa, sino que permanece en el país.

Una vez más, a principios de 1899, se da a conocer un proyecto bancario extranjero que provoca airadas reacciones. Su promotor es el norteamericano Geo W. Upton, quien pretende fundar en Caracas un Banco de Circulación e Hipotecario, bajo la denominación de Banco Nacional Bolívar, con un capital de 15.000.000 de bolívares. El proyecto no llega a concretarse por el posterior derrocamiento del presidente Ignacio Andrade. Manuel Antonio Matos, opuesto al contrato, se refiere con inquietud a las nuevas “disposiciones a favor de la extranjerización de nuestros institutos de crédito y de nuestros valores públicos, por más que la ciencia del mundo civilizado tenga reprobado ese procedimiento por anti-económico y anti-patriótico”.

No es esta la primera, ni será su última invocación al patriotismo para expresar su rechazo al ingreso de compañías de crédito extranjeras en Venezuela. Podríamos especular que dichas amenazas, que desde los tiempos de Guzmán Blanco eran relativamente frecuentes, se habían convertido en un elemento de presión para obligar al Banco de Venezuela a ceder ante las exigencias del poder público.

Crisis de fin **de siglo**

Muchas son las preocupaciones que absorben la atención de Manuel Antonio Matos durante el año 1899. La economía está atravesando una fuerte crisis a causa de la persistente baja de los precios del café y la consiguiente contracción del comercio. Mientras disminuyen las rentas, aumentan las erogaciones debido a los incesantes conflictos armados, de lo que se derivan constantes fricciones con el Banco de Venezuela en torno a la entrega de auxilios monetarios adicionales a los estipulados en los contratos. En el plano político, la muerte de Joaquín Crespo ha creado un vacío en la estructura de poder que se traduce en la orfandad política de Andrade, al desaparecer el “hombre fuerte” que garantizaba cierta estabilidad y el control del aparato militar. Se acentúa así la debilidad del Gobierno, al tiempo que las pugnas y rivalidades van despedazando al ya bastante desgastado Partido Liberal. Como agravante, desde mayo de ese año se había iniciado el impecioso avance del ejército comandado por el general tachirenses Cipriano Castro, aunque este alzamiento no parecía representar todavía una verdadera amenaza para el Gobierno Central.

Sorpresivamente llega desde París una noticia dolorosa: el 28 de julio había muerto Antonio Guzmán Blanco, el estimado amigo y con cuñado de Matos. Muchas fueron las veladas compartidas en acogedores encuentros familiares en sus residencias de París y Caracas. Nutrida

fue la correspondencia entre ambos personajes. El 21 de diciembre de 1898, el polémico financista escribía una de las últimas cartas a su concuñado informándole de los trastornos fiscales y de su renuncia al Ministerio de Hacienda.

A partir de septiembre recrudecen las perturbaciones políticas. Tras el triunfo de Tocuyito, los andinos continúan su marcha hasta Valencia, donde se acantonan a la espera del mejor momento para emprender la conquista de Caracas. Sin embargo, el ejército carece de la fuerza suficiente para el asalto final. Sus tropas no podían enfrentarse con éxito al Gobierno que contaba con 4.000 hombres estacionados en La Victoria, bajo las órdenes del general Luciano Mendoza.

El Presidente de la República, por su parte, está cada vez más aislado y a su alrededor pululan las redes conspirativas. Manuel Antonio Matos experimenta hondo desasosiego frente al sombrío cuadro político y económico del país.

En los primeros días de octubre de 1899, mientras toma su acostumbrado anisete en el escritorio de Altagracia, el poderoso hombre de negocios está concentrado en sus cavilaciones. Debe evaluar con calma la correlación de fuerzas y calibrar las oportunidades y amenazas que se presentan en el escenario político. Por un lado, es necesario considerar que, con la desaparición de Crespo, ya Cipriano Castro no tendría rivales de envergadura en su camino. El Mocho Hernández está en prisión, aunque siempre se podía temer que sus seguidores organizaran nuevos alzamientos, variable que debía ser tomada en cuenta. Por otro lado, junto al tambaleante Presidente de la República, agoniza el Partido Liberal ante el vacío doctrinario y la ausencia de auténticos liderazgos. Claro está, todavía existen en el país muchos otros caudillos con dominio de escenarios locales y regionales, pero ninguno aisladamente está en capacidad de ocupar Caracas. Ante estas inquietantes perspectivas es posible que Matos haya concebido la idea de colaborar con el Gobierno en las negociaciones con Cipriano Castro, iniciadas desde fines de septiembre, lo que le permitiría dialogar con el General tachirense y manejar así elementos de juicio más certeros. Al ser convocado a la Casa Amarilla para dar a conocer su opinión sobre la situación reinante, ofrece sus buenos oficios para buscar una salida al conflicto. En esa ocasión se proyecta la entrevista con Cipriano Castro en Valencia.

¡Que se rinda a discreción!

Apartado de los cargos públicos desde noviembre del año anterior, Matos se siente satisfecho por su rol de mediador en un enfrentamiento armado que mantiene en vilo a la República. Acompañado de su cuñado Martín H. Pérez y de su hijo Manuel Antonio, se dirige a La Guaira, donde se embarca en la cañonera *Miranda* con destino a Puerto Cabello. Allí es recibido por el general Antonio Paredes, quien refiere que, al tener conocimiento de la misión del banquero, le manifestó su rechazo a toda mediación porque ello “envalentonaría a Castro a la vez que deprimiría el espíritu de las tropas del Gobierno”. A su criterio, debía proponerse que el andino se “rindiera a discreción” y, en caso de que se negara, “debería atacársele en el acto, porque el gobierno tenía medios de sobra para acabar con aquel puñado de bandoleros”. Matos continúa su viaje hacia El Palito, donde están situadas las primeras avanzadas del ejército revolucionario.

Al llegar a Valencia acude a su viejo amigo Francisco González Guinán para participarle el motivo de su visita a la ciudad. Ambos se encuentran en el hotel Catalá donde, en presencia de Martín H. Pérez, sostienen una conversación previa a la entrevista con Cipriano Castro, que se desenvolvió en los siguientes términos, de acuerdo a la narración de González Guinán:

Le referí al General Matos los sucesos de Tocuyito, la entrada del General Castro a Valencia, el estado de su tropa y los escasos elementos con que contaba; y como el General Matos me significase su propósito de contribuir al triunfo de la revolución, le respondí: Asómese a los balcones, vea esa tropa que ocupa la plaza, su actitud y conducta y dígame si es digna de ir a la capital; a lo que me replicó: Andrade es ya un imposible; tenemos a Castro que viene triunfando desde el Táchira, y en Caracas al General José Manuel Hernández que, aunque preso, aspiran los conservadores mochistas a entregarle el país; creo, pues, de necesidad, en esta disyuntiva, de apoyar al primero, que al fin se titula Jefe de la Restauración Liberal.

Matos analizaba el proceso con pragmatismo. Debía promover un arreglo entre el Presidente y el General tachirense a fin de evitar que continuara la guerra. Como Andrade estaba irremisiblemente perdido desde el punto de vista político, y se temía un eventual triunfo del

mochismo, era menester inclinarse por la alternativa que garantizara mayor estabilidad en el futuro. Cipriano Castro constituía, no sólo para el banquero sino para muchos otros políticos e intelectuales, la salida más apropiada para superar la crisis que afectaba a la nación.

Los resultados de la entrevista celebrada en Valencia el 6 de octubre son poco halagadores. El jefe andino no parece dispuesto a llegar a ningún acuerdo y, refiriéndose al Presidente Andrade, repite con insistencia: “¡Que se rinda a discreción!”, aun cuando no se encontraba en condiciones de formular tales exigencias en circunstancias en que sus fuerzas estaban bastante debilitadas en contraste con las tropas mejor equipadas del Gobierno.

En el encuentro de Valencia, se logra únicamente la promesa de una próxima reunión en Maracay entre el jefe revolucionario y el presidente Andrade. Más tarde, Matos comenta a su cuñado Martín H. Pérez: “Castro es un ensimismado, loco de atar, pero como no le veo a esto otra solución práctica inmediata, insistiré mañana a ver que puedo lograr; y si no, surgirá el mochismo”. Al día siguiente, en su casa de Caracas, da a conocer la misma impresión a su esposa: “María, estamos en manos de un loco”.

La entrevista de Maracay, concertada entre el Presidente y el jefe de los insurrectos, fracasa. El día indicado para la reunión, el 11 de octubre, Castro envía un telegrama a Matos, expresando su indignación ante la ausencia de Andrade, por lo que considera rotas las negociaciones. Preocupado por el curso de los acontecimientos, una semana después del primer encuentro, el banquero decide marchar por segunda vez al campamento de Valencia con un proyecto de tratado, que fue redactado por José Ladislao Andara y aprobado por el Presidente y su gabinete. Después de convencer a Castro de que aceptara una nueva entrevista, sale tarde en la noche del 13 de octubre para La Guaira y luego hacia El Palito, aprovechando la oscuridad para no ser visto desde Puerto Cabello. Se estaba ocultando de Antonio Paredes, de quien conocía su terminante oposición a todo arreglo con el enemigo.

En la segunda reunión celebrada en Valencia, el General andino examina minuciosamente el tratado que habrá de facilitar su triunfo. En el documento se propone la convocatoria de un Congreso de Plenipotenciarios de los veinte estados y del Distrito Federal, cuyos representantes

serían nombrados en partes iguales por el Presidente de la República y el Jefe de la Revolución. El Congreso debería instalarse el 28 de octubre, siendo sus atribuciones: admitir la renuncia del Presidente Andrade, designar la persona que habría de ejercer el cargo de Jefe del Poder Ejecutivo Nacional, y “formular la nueva Constitución de la República”.

Como un castillo de naipes

El tratado significaba la entrega del poder a los revolucionarios, en una situación en que el Gobierno de Andrade se estaba desmoronando. Ya no había ningún “hombre fuerte” con capacidad de respaldar su autoridad. Luciano Mendoza se había distanciado también del Presidente y se afirmaba que estaba pactando con el enemigo. Hasta los más cercanos colaboradores de Andrade se encontraban a la expectativa del triunfo de Cipriano Castro, tal era el caso de Manuel Antonio Matos.

Completamente aislado, el 19 de octubre, Andrade resuelve marcharse en secreto a La Guaira y se embarca al día siguiente rumbo a Barbados. No había llegado a cumplir ni siquiera la mitad de su mandato de cuatro años. Ante la ausencia del Primer Magistrado, el general Víctor Rodríguez se hace cargo de la Presidencia provisional y de inmediato se disponen los arreglos para entregar el gobierno a Cipriano Castro. Una comisión especial se traslada a Valencia para acompañar al Jefe de la Revolución Liberal Restauradora en su entrada triunfal a Caracas el día 22. Una multitud lo espera en la estación de Caño Amarillo. En el mismo vagón en que viaja Castro se encuentran Luciano Mendoza y Manuel Antonio Matos, quien se había dirigido hasta Los Teques para abordar el tren. En la noche se celebra una recepción en la Casa Amarilla a la que asisten el banquero y muchos de los colaboradores del ex Presidente que hasta hacía unos días lo habían secundado en su gestión.

Tras la llegada de Castro a Caracas, el Mocho Hernández es liberado con grandes demostraciones de júbilo de parte de sus seguidores. No solamente sale de la prisión, sino que además se le ofrece la cartera de Fomento. Tres días después, el jefe del Partido Liberal Nacionalista abandona Caracas para encabezar otro alzamiento. La consigna de “Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos”, proclamada por la Revolución Liberal Restauradora, es para los dirigentes del

mochismo una farsa que encubre la supervivencia de los mismos hombres que reeditan iguales procedimientos fundados en las ideas del pasado. Para Matos, en cambio, el triunfo del General andino representa la alternativa de un cambio del rumbo político y económico de la nación. Con ese motivo, celebra en su casa un gran banquete para agasajarlo. En aquel momento no podía anticipar las difíciles circunstancias que le tocaría vivir bajo el mandato del “hombre de Capacho” en los primeros días del nuevo siglo.

Con el ascenso de Cipriano Castro al poder surgen algunas interrogantes. ¿Cómo explicar la caída de Ignacio Andrade? ¿Cómo fue posible que un jefe revolucionario, que ni siquiera estaba en condiciones de dar el asalto final sobre Caracas, pudiera ser aclamado tan rápidamente como el General victorioso?

Al respecto resulta de gran interés analizar la interpretación del propio Andrade. Desde Puerto Rico, a inicios de 1900, intenta explicar las causas de su vertiginosa caída y de la crisis del Liberalismo amarillo. A su juicio, el problema fundamental residía en la descomposición de los partidos políticos: “Como las aguas sin corriente, los partidos políticos que no tienen actividad doctrinaria, no realizan la natural renovación de su organismo en el curso del tiempo y de los sucesos, se estancan y se pudren”. Dichos partidos fueron agotando su existencia en tanto sólo servían para la satisfacción de ambiciones personales y como resguardo de los abusos y la corrupción: “Y no es, repito, que los Partidos no existan, no: ellos son eternos con sus principios y sus credos! Es que los hombres sí, no son los mismos”.

Continúa expresando el ex Presidente que las luchas cívicas, las batallas de la prensa y de la tribuna habían sido sustituidas por la revuelta armada y el desprecio por la legalidad. Estaban a la orden del día las conspiraciones, “los halagos, la infidencia, la corrupción de militares, la traición y la final y espantosa relajación de los caracteres y de las costumbres públicas”. Algunos de los conceptos expresados por Andrade, con referencia a la descomposición de los partidos políticos, la corrupción y la ausencia de principios doctrinarios, parecen aludir proféticamente a un tiempo histórico posterior, a la crisis política que habría de sobrevenir en Venezuela cien años más tarde, la crisis de otro fin de siglo. Las analogías de ambos procesos son abrumadoras.

Tiempos **borrascosos**

Al día siguiente de la llegada de Cipriano Castro a Caracas, el banquero es convocado a la Casa Amarilla. De acuerdo con su versión, se le propone la cartera de Relaciones Exteriores, oferta que rechaza por tener “aversión a la política, la que sólo fastidios y numerosos perjuicios” le habría causado.

El nuevo Gobierno inicia su gestión con acuciantes apremios económicos derivados de la persistente crisis de las exportaciones agrícolas y del crónico desorden fiscal. A fin de obtener con urgencia auxilios monetarios del Banco de Venezuela, se organiza una reunión en la Casa Amarilla con la participación del Presidente, los ministros, los directivos del instituto y, desde luego, Manuel Antonio Matos. Las conversaciones transcurren con normalidad y asegura el banquero que en esa oportunidad se le ofreció el Ministerio de Hacienda. Si bien no aceptó el cargo, manifestó que estaría a disposición de las autoridades para cualquier circunstancia en que pudiera brindar sus buenos oficios. Su colaboración consistió en interceder ante la directiva del Banco de Venezuela para la aprobación de un adelanto de un millón de bolívares, fondos que rápidamente se agotaron tanto por deficiencias en la administración de la Hacienda como también por la drástica reducción de los ingresos públicos. Cipriano Castro había comenzado su gestión con las consabidas consultas al influyente fi-

nancista, cuya mano “milagrosa” podía lograr que se abrieran las cajas fuertes de los bancos, como en efecto ocurrió con el anticipo del millón de bolívares.

A finales de año, Matos recibe otra convocatoria para concurrir a la casa de Gobierno. Esta vez se trata de una reunión de gabinete en la cual los ánimos se muestran muy acalorados, en particular cuando el banquero recomienda poner en práctica medidas de austeridad en las erogaciones, tomando en cuenta el exiguo monto de las rentas. Estas apreciaciones provocan la airada reacción del Ministro de Relaciones Exteriores, Raimundo Andueza Palacio, quien manifiesta que de ser preciso se “usarían mandarrias para abrir las cajas fuertes” y extraer de ellas el dinero necesario.

Profundamente afectado por tal incidente, Matos se traslada a Macuto, desde donde escribe al Presidente, el día 4 de enero, para advertirle que cualquier medida violenta que se adopte no habrá de contribuir a resolver los problemas económicos, sino que más bien los agravarán. Le recuerda que, dada la mala situación económica del país, los recursos que pueda lograr por la fuerza serán insignificantes, y ello producirá efectos muy negativos tanto en el interior como en el exterior, con el consiguiente alejamiento de la confianza y la pérdida del crédito, indispensable para el aumento de las rentas públicas.

Cipriano Castro no escucha las recomendaciones del avisado financiero, sino que se inclina por la adopción de medidas drásticas. En opinión de Ramón J. Velásquez, el Presidente no quería consejos “sino dinero, para atender a las apremiantes necesidades del gobierno”.

Al día siguiente, Castro envía una carta a Matos, a través de su hijo Manuel Antonio, indicando que, dado el carácter extremo de las medidas que se veía obligado a aplicar, requería del “concurso espontáneo y decidido del amigo personal y compañero de Causa”. Ese mismo día, el banquero recibe una esquela de Jorge Uslar, hijo, quien le da a conocer los siguientes sucesos: “Muy tormentosa la tarde de ayer. El personal del Banco Caracas preso, como sabes, y el presidente y Secretario del Venezuela. Este último está de Junta de Médicos. A Echeverría lo rodaron hoy, y acaban de decirme que Don W. Guzmán ha suscrito cuarenta mil bolívares”. La información es muy clara y precisa: quien no acepte entregar dinero al Gobierno va preso.

A pesar de estas alarmantes noticias, Matos responde el 6 de enero la carta de Cipriano Castro del día anterior. En la misma esboza un diagnóstico de la economía venezolana, asolada por la depreciación del café en los mercados de consumo, seis años de desorden fiscal, dos años de guerras, la ruina de las haciendas, la falta de confianza de parte de los comerciantes, el desmoronamiento del “crédito de la Nación en el extranjero”, y las penurias que atraviesan el comercio y la economía en general. Sugiere que, una vez agotados los fondos proporcionados por el Banco de Venezuela, se organizara la suscripción de unos 500.000 o 600.000 bolívares entre “los amigos y aún los adversarios” interesados en el restablecimiento del orden. Ese dinero, junto al producto de las aduanas, podría satisfacer las demandas más urgentes, hasta tanto pudieran ser reorganizadas las aduanas y se lograra instaurar una “severa administración” de los recursos.

Intenta convencer al jefe de la Revolución Liberal Restauradora de que las medidas extremas adoptadas sembrarán el terror entre los capitalistas y repercutirán “de manera alarmante en el extranjero”. Para evitar tales consecuencias, propone a Castro que reemplace a los miembros del gabinete, “responsables de esta catástrofe”, por hombres de “competencia notoria, probidad reconocida y de buen concepto público”. Continúa ofreciendo sus “desinteresados” servicios: “Si en este sentido, cree usted que puedo serle útil con mis indicaciones, con mi consulta o de la manera que le parezca, me tiene sin reserva a su disposición”. Agrega que se sentía honrado por su comentario, transmitido verbalmente a través de su hijo Manuel Antonio, de que más necesitaba de su nombre que de su contribución monetaria. ¿Le habría solicitado el Presidente que lo acompañara en el Ministerio de Hacienda? No podemos dar respuesta a esta interrogante porque no hay referencias precisas a ese particular. Del contenido de la carta del 6 de enero se evidencia que el banquero parecía no comprender la realidad y aún pretendía seguir dando consejos a Cipriano Castro, como en el tiempo en que sus opiniones eran apreciadas con respeto por los mandatarios.

Matos decide regresar a Caracas respondiendo a la convocatoria del Presidente, a pesar de las advertencias de sus amigos. En la estación del ferrocarril es detenido y conducido a La Rotunda junto a otros de

los banqueros. Al recordar su papel de mediador en Valencia, se lamenta de “haber sido quien trajo a Castro al Poder, cuando como se habrá visto comprobado, estaba en Valencia irremisiblemente perdido”.

A los tres días de detención, todos los presos son conducidos a pie por las calles de Caracas de “a uno en fondo entre dos líneas de soldados” desde La Rotunda hasta la Estación del Ferrocarril Inglés para trasladarlos al Castillo de San Carlos. Manuel J. Acedo, apoderado de Matos, se dirige a la estación para comunicarle de parte de su esposa que lo autorizara para solucionar el conflicto, a lo que replicó el prisionero, tal como consta en su libro *Recuerdos*: “Dígale a mi mujer que me deje ir hasta el fin de esta brutal infamia con la cabeza alta, cual me corresponde y es mi deber hacerlo”. María Ibarra se niega a presenciar el desfile de los banqueros encadenados, como lo hicieron otras mujeres, porque sabía que a su esposo no le gustaría verla en la calle observando ese “grotesco espectáculo”.

Ramón J. Velásquez describe la dramática escena: “La gente va siguiendo el extraño cortejo. Frente al Teatro Municipal se detienen, hay confusión, gritos, amenazas. La esposa de uno de los prisioneros, bañada en lágrimas, se lanza en brazos del marido. La fila sigue su marcha. En Caño Amarillo, la multitud aplaude a los prisioneros”. Mientras tanto, un anciano grita en francés: “Valor, señores, Valor, señores, es el padre de uno de los prisioneros. La locomotora está prendida, los vagones listos”. Viene luego un cambio de orden y la comitiva es conducida de regreso a La Rotunda. El objetivo de atemorizar a los banqueros ya se había cumplido. Éstos son liberados al día siguiente, después de acceder a las reclamaciones del mandatario.

Matos, quien no había aceptado ninguna negociación, permanece en La Rotunda. Al segundo día, es liberado y conducido a una entrevista con Cipriano Castro, en presencia de Jorge Uslar, hijo. En esa reunión, reitera en tono airado sus críticas a las violentas acciones emprendidas por el Gobierno. A los pocos días, el banquero es nuevamente recluido en La Rotunda, siendo encerrado esta vez en el temible calabozo conocido como “El Tigrito”. Al día siguiente, Bernardo Lassèrre, Presidente del Banco de Venezuela, logra su liberación, aunque sin informarle los medios que había utilizado para ello. Matos asegura que se enteró más tarde de que Lassèrre había reunido a la Junta Directiva, cuyos miem-

bro resolvieron por unanimidad entregar la cantidad de dinero por la que fueron conminados. De acuerdo con su versión, al conocer estos hechos dio la orden de que se reembolsara el dinero.

El agravio de aquellos días no podía olvidarse fácilmente. Menos aún borraría de su memoria los esfuerzos realizados para facilitar el triunfo de los revolucionarios e incluso haber acompañado a Castro desde Los Teques en su marcha triunfal hacia Caracas. Tampoco podía olvidar sus gestiones para ayudar al Gobierno a satisfacer sus desmedidas exigencias monetarias. Tal vez desde los días de su prisión en La Rotunda haya comenzado a elucubrar algún plan para derrocar al gobernante, al que había tildado de “loco de atar”. Era el momento de pensar en respuestas radicales a las medidas violentas adoptadas por las autoridades. Posiblemente ahora comprendía las palabras de reproche de Guillermo Villegas Pulido del año 1895, en ocasión de haber abandonado Matos los planes revolucionarios contra Crespo: “Bien sabe usted que males extremos nunca han tenido sino remedios también extremos”.

Enero de 1900 es un mes fatídico para el banquero. Había sido reducido a prisión y humillado en las calles de Caracas, actos imperdonables para un hombre acostumbrado a la consideración de los gobernantes y al respeto que imponía su posición social. Sin embargo, pocas semanas después del episodio de La Rotunda, protagoniza un hecho discordante con su altiva personalidad.

A finales de aquel mes, los bancos Caracas y Venezuela ofrecen un brindis al Presidente en el que participa Matos. Sorprende su presencia en la celebración, sin duda, pero lo más impactante es su discurso en el que llega a afirmar que “los hombres de paz, los hombres de trabajo, pueden y deben contar con la protección franca y sincera de Cipriano Castro”.

Entre los concurrentes al brindis se encuentran varios banqueros que habían desfilado con cadenas por las calles de Caracas: Juan B. Egaña, A. Valarino, Carlos V. Echeverría y Alejandro Sosa. En cambio, Eduardo Montauban, otro de los presos en aquellas circunstancias, se excusó de asistir a la reunión e incluso renunció al elevado cargo que tenía en la Junta Directiva del Banco de Venezuela.

El discurso de Matos no pasa inadvertido en la pequeña capital de la República. En el periódico *El Imparcial* se publica un artículo titulado

“Desvergüenza”, en el que se comenta con encendido enojo aquel hecho y se alude al “servilismo” y a la “extinta dignidad” del personaje. No era para menos. ¿Cómo interpretar ese comportamiento en el caso de un hombre que se había caracterizado por la altivez y soberbia a lo largo de toda su vida pública?

Difícil es hallar explicaciones para su extraña conducta. ¿Había sido doblegado por el régimen? ¿Decidió asumir una posición oportunista para no poner en riesgo su gran fortuna? ¿Estaba pronunciando un discurso, aparentemente apologético, pero que en realidad estaba cargado de ironía? Aún otra alternativa: ¿Se trataba de un acto de simulación, deliberado y planificado, porque ya a esa altura se había empezado a tejer la trama del alzamiento contra Castro? No sería desdeñable esta última posibilidad si tomamos en cuenta los hechos posteriores. Al poco tiempo, abandona el país con el objetivo de cooperar en un movimiento armado contra Castro, que no logra concretarse debido a los cambios políticos que se disponen en algunos de los estados del país, según la versión del banquero.

Los hilos de la **conspiración**

Matos opta por regresar a Venezuela después del temblor que conmueve a Caracas el 29 de octubre de 1900. Durante su estadía en el exterior tuvo oportunidad de establecer algunos contactos con enemigos del régimen y esbozar la línea general de las futuras acciones. Por tanto, su inesperado retorno debía formar parte de sus planes para derrocar a Cipriano Castro. Para ello era indispensable concertar alianzas y organizar minuciosamente el proyecto revolucionario.

Mientras Manuel Antonio Matos comienza a trazar su futura estrategia, también los caudillos del interior están avizorando las consecuencias de las medidas centralizadoras que se pretende poner en práctica. En el transcurso del año 1900, se ordena la recolección del armamento y municiones de guerra que se hallan diseminados por el territorio de la República, disposición que genera inquietud y resistencia de parte de algunos jefes militares locales y regionales. El mensaje de Castro ante la Asamblea Nacional Constituyente, en febrero de 1901, es elocuente en cuanto a la intención de crear escuelas de guerra y marina, a fin de brindar una formación adecuada al Ejército y a la Armada. Se trata de un proyecto que apunta a la creación de un Ejército Nacional, bajo cuya exclusiva responsabilidad quedaría el ejercicio de la violencia legítima, clara amenaza a la supervivencia de las huestes al servicio de los caudillos.

La Constitución de 1901 establece además que las elecciones pasan a ser de carácter indirecto y el período presidencial se extiende de cuatro a seis años. Ante el objetivo de centralizar la vida política y militar del país, se desata la reacción de los caudillos que habrán de incorporarse a la Revolución Libertadora encabezada por Matos. Curiosamente, el banquero había exaltado el papel de Guzmán Blanco para dominar el “caudillaje”, cuya influencia consideraba nefasta para la Nación. De manera paradójica, estará al frente de una revolución integrada en su mayor parte por caudillos que representan los tradicionales mecanismos de poder de la Venezuela decimonónica.

Además de la adhesión del mochismo, logra el apoyo de comerciantes y banqueros descontentos con las medidas económicas del régimen. Asimismo, algunas compañías extranjeras comienzan a apreciar los planes revolucionarios con simpatía, ya que Castro no era precisamente hombre que inspirara confianza a los inversionistas.

Es posible que los primeros pasos de la confabulación se remonten a inicios de 1900, es decir, algo después del episodio del apresamiento de los banqueros. Pocos sospecharían que Matos estuviera involucrado en tales planes después de aquel brindis ofrecido por los banqueros a Castro a finales de enero de ese año, en el que pronunció aquel discurso de reconocimiento a las virtudes del régimen. Posteriormente, permanece varios meses en el exterior, lo que le permite a su regreso pasar más o menos desapercibido. Su comportamiento en Caracas sigue teniendo apariencias de normalidad: entrevistas, visitas, banquetes, partidas de billar, reuniones en el Club Unión, en fin, una variada gama de encuentros sociales y de negocios propios de un hombre de fortuna, muy bien relacionado con venezolanos de todas las tendencias políticas, y también con extranjeros poderosos.

Mucha gente entraba y salía de su casa, pero ese detalle no pareció alarmar a las autoridades. En ese tiempo, el Gobierno se veía obligado a prestar más atención al ruido de las armas y a las proclamas de guerra que a eventuales tramas conspirativas tejidas en las residencias de los adinerados. En Guárico, Oriente y Carabobo se suceden varios alzamientos, aunque de poca magnitud, a los que se agrega la invasión de Carlos Rangel Garbiras desde territorio colombiano. Las tropas enviadas por Cipriano Castro obtienen en todos estos enfren-

tamientos un triunfo resonante, lo que alimenta la omnipotencia del gobernante.

Mientras tanto, Matos, en cada uno de sus sigilosos pasos de Caracas, desde finales de 1900 hasta julio del año siguiente, va anudando con paciencia pactos y compromisos para garantizar las contribuciones de dinero, soldados y armas, además de los contactos indispensables para contar con un efectivo sistema de comunicaciones, transporte y una base de operaciones en algunas islas del Caribe. Sorprende la destreza con que el banquero, escasamente experimentado en materia de conspiraciones, se desenvuelve en la clandestinidad de los preparativos que, a partir de julio de 1901, prosiguen en el exterior. Si bien hubo algunas detenciones previas al estallido de la insurrección, como el caso de Claudio Bruzual Serra, los principales eslabones de la red son descubiertos recién en el mes de noviembre. El movimiento tiene a esa altura ramificaciones insospechadas que se extienden más allá del territorio nacional, desde algunas islas del Caribe hasta Colombia, Nueva York, Francia e Inglaterra. Cuando el Gobierno es sorprendido por la urdimbre de la conspiración, Matos había concluido con el equipamiento de un barco de guerra que ya estaba navegando rumbo al Caribe.

No. 11 Broadway

Los inicios de la conspiración tienen su centro en Caracas en conexión con los tradicionales caudillos del liberalismo amarillo e incluso con representantes del mochismo. Comerciantes y banqueros, atemorizados por las arbitrariedades de Cipriano Castro, se unen con entusiasmo a los preparativos. Los planes revolucionarios se consolidan gracias al decidido apoyo de algunas compañías extranjeras, entre ellas, la *New York & Bermudez Company*. A esta firma norteamericana le había sido traspasada en 1885 la famosa concesión Hamilton para la explotación de asfalto en el lago de Guanoco y, a partir de 1894, aquella empresa pasó a ser controlada por la *General Asphalt Company*, conocida como el Trust del Asfalto. Posteriormente, la *New York & Bermudez* se vio envuelta en un prolongado litigio por la delimitación del área de explotación, hasta que en diciembre de 1900 los tribunales venezolanos dictan un fallo contrario a los intereses de la em-

presa. Después de varios intentos inútiles por resolver en términos legales la controversia, los directivos de la compañía se convencen de la imposibilidad de hallar una solución satisfactoria a sus reclamaciones mientras durara el Gobierno de Castro. La oportunidad de lograr ciertos cambios favorables para la empresa surge con el proyecto revolucionario que estaba orquestando un reconocido hombre de negocios, el general Manuel Antonio Matos.

Los primeros contactos se establecen en Caracas aproximadamente en mayo de 1901 con Harry W. Bean, director gerente de la *New York & Bermudez Company*. Con frecuencia, aquél recibe visitas del banquero para dialogar sobre la conveniencia de prestar apoyo económico a cambio de un trato preferencial a la empresa después del triunfo de la revolución. Una vez que se han precisado algunos acuerdos preliminares, se da inicio a la segunda fase del plan que consiste en viajar a los Estados Unidos para ultimar detalles de la negociación con los altos funcionarios de la empresa. El 14 de julio de 1901, Matos se embarca en el vapor *Maracaibo* con destino a Nueva York. El 22 arriba a esta ciudad y al día siguiente se dirige a la oficina situada en el No. 11 de Broadway, donde se reúne con Avery D. Andrews, Vicepresidente de la *New York & Bermudez Company*. Como resultado de las negociaciones, la empresa se compromete a prestar ayuda financiera por la suma de 100.000 dólares, a lo que más tarde se agregarán otros giros por un monto de 45.000 dólares.

Después de sus exitosos arreglos en Nueva York, se embarca rumbo a Europa. En el lujoso hotel *Continental* de París, convertido en su centro de operaciones, se dedica con afán durante varios meses a gestionar la compra de un barco destinado al transporte de armas y municiones hacia Venezuela. El negocio se concreta con la adquisición del *Ban Righ*, navío construido en Escocia por la *Aberdeen Steamship Company*.

No fue a través de Matos que se divulgó la información sobre los acuerdos con la *New York & Bermudez Company*. Era un secreto pretendidamente bien guardado por los comprometidos en la confabulación, pero, tal vez fueron demasiados los funcionarios subalternos de la compañía que conocieron los motivos de las visitas del banquero o sospecharon del destino de unas abultadas partidas relacionadas con Venezuela. La complicidad de la firma en el alzamiento hubiera permanecido en la

penumbra de no ser por la aparición, años más tarde, de algunos escandalosos testimonios que revelaban la verdad de los hechos.

Las primeras y sorprendentes noticias aparecen en 1904 en el periódico *El Monitor* de Caracas. A través de una serie de artículos se denuncian los compromisos contraídos por la *New York & Bermudez* para financiar la Revolución Libertadora, derrotada definitivamente en julio del año anterior con la ocupación de Ciudad Bolívar, último baluarte de los revolucionarios. ¿Cómo se había llegado a difundir tan valiosa información? La respuesta se encuentra en una acuciosa investigación de Nikita Harwich Vallenilla, quien mediante un trabajo casi detectivesco logró reconstruir la historia del Trust del Asfalto desde su origen, siguiendo la complicada trama de los intereses del consorcio.

Las denuncias formaban parte de la estrategia de un pequeño grupo de ex directivos y empleados del Trust, quienes entre 1901 y 1902 debieron abandonar sus puestos de trabajo a causa de las dificultades financieras y el proceso de reorganización de la compañía. Dicho grupo pretendía apoderarse del negocio de la comercialización del asfalto en Venezuela pero, para ello, era necesario orquestar una campaña previa de descrédito de la *New York & Bermudez Company*, la cual precisamente en enero de 1904 había obtenido una sentencia favorable de parte de los tribunales venezolanos. Por tanto, era menester demostrar su complicidad en la revolución, lograr que se elevara una nueva acción judicial para despojarla de sus derechos sobre la concesión, y tener así el camino allanado para emprender negocios en la zona del asfalto. Uno de aquellos antiguos empleados del Trust era Orray E. Thurber, quien se dedicó por entonces a recabar pruebas para inculpar a la *New York & Bermudez*, información que constituyó la base de los artículos de prensa publicados en *El Monitor* en 1904.

A raíz de las revelaciones en torno a la participación de la *New York & Bermudez* en la Revolución Libertadora, en julio de ese mismo año, el Estado venezolano introduce una demanda en contra de la empresa. Las declaraciones de los testigos, que fueron presentadas en los Estados Unidos en 1905, por solicitud del tribunal venezolano que tenía a su cargo dicho proceso, revelan los entretelones de los arreglos celebrados con la compañía norteamericana, ratificando y ampliando lo ya denunciado en el periódico caraqueño en 1904. Toda esta infor-

mación forma parte del conocido libro de Thurber, publicado en 1907, bajo el título: *The Venezuelan question. Castro and the Asphalt Trust*. Frente a estas pruebas, ni Matos ni la compañía presentaron refutación alguna de las declaraciones de los testigos.

Aquellos testimonios dan a conocer los pasos del conocido hombre de negocios por las oficinas de la firma norteamericana en Caracas y Nueva York, probando que la misma suministró dinero para la revolución y además prestó apoyo directo a las fuerzas del ejército rebelde en la zona del lago de Guanoco. Uno de los testigos, el secretario de Harry Bean, señala la fecha exacta y el nombre del barco en que el banquero viajó a Nueva York. No queda duda alguna en torno a la veracidad de este testimonio porque hemos podido constatar que, efectivamente, Matos figura en la lista de pasajeros del vapor *Maracaibo*, que partió el día 14 de julio de 1901 con destino a Nueva York, tal como lo registra el periódico *El Pregonero* del día 16 de julio de ese mismo año.

Ante las demoledoras revelaciones, al principal inculpado por recibir financiamiento extranjero para el movimiento armado contra Castro no le queda otra alternativa que el silencio. El banquero se convierte una vez más en el blanco de duros ataques, en esta ocasión por haber aceptado dinero de una compañía extranjera para derrocar al Gobierno venezolano. Concordando con el historiador Manuel Alfredo Rodríguez, se hace difícil creer que “el Matos de 1901 sea la misma persona que en 1888 se opuso” al contrato del Banco Franco-Egipcio y que en 1897 rechazó de manera terminante la absorción del Banco de Venezuela por la compañía alemana *Disconto Gesellschaft*. El banquero, que había agitado la bandera nacionalista en varias oportunidades, y lo seguiría haciendo posteriormente, había sucumbido a la tentación de buscar ayuda económica en un monopolio norteamericano con tal de derribar a su más enconado enemigo.

Sin embargo, para Matos no se trataba de una acción antipatriótica, ya que, animado por la obsesión de derrocar a Castro, todo medio que pudiera contribuir a tal objetivo era juzgado como legítimo. Si efectuamos una ojeada del pasado, resulta indiscutible que en diversos momentos se solicitó apoyo extranjero en la lucha contra la dominación colonial, aunque en aquel tiempo se buscó la colaboración de gobiernos y no de compañías privadas como en 1901.

No conocemos ninguna explicación o justificación del protagonista de estos acontecimientos sobre las denuncias que conmovieron a la opinión pública venezolana y dieron motivo a tantos comentarios de la prensa nacional y del exterior. Sólo manifestará, reiteradamente, que la atención de los gastos de la revolución se realizó con su “peculio personal”. El dinero aportado por la compañía norteamericana fue utilizado para la compra de un barco, sus reparaciones y, tal vez, de una parte de los armamentos y municiones traídos desde Europa. La revolución, desde su inicio formal en Martinica, en enero de 1902, hasta la capitulación de junio de 1903, requirió de ingentes sumas de dinero, muy superiores a lo aportado por la *New York & Bermudez*, que habrían sido suministradas principalmente por Matos, quien solicitó un préstamo a Jean Segrestáa de Burdeos e hipotecó la mayor parte de sus bienes en Venezuela, a lo que se agregan contribuciones forzosas y aportes realizados por los propios caudillos participantes en el movimiento armado.

Peripecias del “barco pirata”

Volviendo al centro de operaciones en el hotel *Continental* de París, a mediados de 1901 se da comienzo a las gestiones para adquirir un barco y establecer contactos con traficantes de armas en Europa, al tiempo que se mantiene en constante comunicación con los revolucionarios de Venezuela. Con respecto a la compra del barco, llamado *Ban Righ*, la operación es realizada a nombre del colombiano Rodolfo de Paula, con un costo algo superior a los 100.000 dólares suministrados por la *New York & Bermudez Company*.

Cuando se están llevando a cabo las reparaciones en los astilleros del Victoria Dock en Londres para transformar al *Ban Righ* en un buque de guerra, surgen sospechas de parte de los funcionarios de la aduana, lo que obliga a paralizar los trabajos. Finalmente, el problema es solucionado gracias a la intervención de Rodolfo de Paula, quien convence a las autoridades del puerto de que el barco había sido adquirido por orden del Gobierno de Colombia. Por entonces, este país y Venezuela habían roto sus relaciones diplomáticas a consecuencia de los persistentes conflictos entre ambas naciones.

El *Ban Righ* zarpa del puerto de Londres el 21 de noviembre de 1901, al mando del capitán C. L. Willis, quien al principio desconocía las

verdaderas intenciones de la expedición. Después de detenerse en Amberes para recoger un cargamento de armas y municiones, el barco continúa viaje hacia el Caribe. El 9 de diciembre, Matos, junto a su secretario privado José María Ortega Martínez, se embarca en el vapor francés *La Fayette*. El día 22 de diciembre arriban ambas naves a Fort de France en la isla de Martinica.

A mediados de noviembre de 1901 fueron descubiertos por el Gobierno los principales hilos de la conspiración promovida por el “comité matista”, en la que estarían comprometidos encumbrados comerciantes de Caracas. Días después de la partida del *Ban Righ* del puerto de Londres, el Cónsul de Venezuela en París remitió urgentes comunicaciones a Caracas haciendo referencia a un vapor sospechoso que llevaba elementos de guerra, pero se ignoraba si estaban destinados a Venezuela o Colombia. Grande es la conmoción en Caracas al conocerse los nombres de algunos de los implicados, entre los que sobresalen nada menos que el propio Ministro de Guerra y el Presidente del estado Aragua, general Luciano Mendoza. Este último protagoniza el primer alzamiento el día 19 de diciembre de 1901 en las cercanías de La Victoria, hecho que no estaba previsto en los planes revolucionarios, ya que Matos arriba a Martinica pocos días más tarde.

Gran entusiasmo reina en Fort de France. No solamente ha llegado con éxito el *Ban Righ*, sino que también se concreta el ansiado encuentro con parte de la plana mayor revolucionaria. A la isla llegan figuras de la talla de Domingo Monagas, Nicolás Rolando, Pedro Ezequiel Rojas y Horacio Ducharne, acompañados de numerosos oficiales. Domingo Monagas es nombrado Comandante en Jefe del vapor y de inmediato se hace cargo de organizar a la tripulación. La revolución ya cuenta con un barco de guerra y un grupo de diestros y valerosos militares que darán inicio a las operaciones bélicas.

El día primero de enero de 1902, en una ceremonia desbordante de alegría, es izada la bandera venezolana en el *Ban Righ* y el barco es rebautizado con el emblemático nombre de *Libertador*, ocasión en que se ordena subir champagne a bordo, que es bebido por los “soldados más toscos, a pico de botella, como si se tratara del más criollo guarapo fuerte”, según el relato del capitán Willis. La ceremonia es coronada por una salva de veinte cañonazos, tras lo cual se procede a la lectu-

ra de la proclama de la insurrección. Todas estas actividades se realizan con la complacencia de las autoridades de la isla, además de disponer del apoyo logístico de la Compañía Transatlántica Francesa. Mientras se concluyen los trabajos de reparación del buque, su propiedad es traspasada a Manuel Antonio Matos. Ya no existen motivos para ocultar la identidad del verdadero dueño del navío.

A Fort de France arriba Jean Segrestáa, hijo, procedente de Burdeos. Según informaciones consulares, este comerciante había prestado a Matos una elevada suma de dinero con base en la hipoteca de sus bienes, que estaban embargados desde noviembre de 1901 por el Gobierno venezolano. Cuando el comerciante francés intenta desembarcar en La Guaira para reclamar sus derechos sobre aquellas propiedades, se le prohíbe su ingreso al país por ser considerado un “agente revolucionario”.

El plan, meticulosamente orquestado, contemplaba diversas fases: en primer lugar, un nutrido grupo de jefes y oficiales ya se había incorporado en Martinica a la tripulación del *Ban Righ*. Un segundo paso consiste en recoger en Curazao a otro contingente de revolucionarios, entre quienes destacan Gregorio Segundo Riera y Juan Pablo Peñaloza, para luego emprender las operaciones de desembarco de armas y municiones en puntos determinados de la costa venezolana. Entretanto, Matos se dedica a enviar cartas a jefes militares situados en distintas partes del país para invitarlos a participar en el movimiento armado. La etapa marítima de la guerra debía concluir con el desembarco del Jefe Supremo de la Revolución Libertadora en Venezuela, hecho que ocurrirá en el mes de mayo.

Si bien la travesía del *Ban Righ* se desenvolvió sin mayores dificultades hasta su arribo a Martinica, poco después surgen desperfectos mecánicos que obligan a cambiar el rumbo hacia Puerto Colombia, donde bajo el amparo de las autoridades de ese país, se efectúan trabajos de reparación de las calderas. Buena parte de las peripecias del *Ban Righ* son relatadas por el capitán Willis en un folleto publicado en 1902: *The cruise of the Ban Righ: or how I became a pirate*. En Barranquilla, el capitán inglés opta por huir de esta singular y peligrosa aventura.

A esa altura de los acontecimientos, el *Ban Righ* había sido declarado “pirata” por el Gobierno. El “barco pirata”, también llamado “fan-

tasma” por el Ministro inglés en Caracas, aparecía en el Caribe con diversas banderas, unas veces venezolana y otras británica o colombiana, según lo exigieran las circunstancias. Para capturarlo, se autorizó a “embarcaciones corsarias públicas o privadas” de Venezuela o de cualquier otra nación, ofreciéndose el navío, su carga y 2.000 libras como recompensa, de acuerdo con información del Foreign Office.

Mientras tanto el *Ban Righ* va bordeando las costas de Venezuela para distribuir tropas y parque. En su trayecto se da un enfrentamiento con el vapor *Crespo*, cuya tripulación debe rendirse ante la superioridad de fuego del “barco pirata”. Encarnizados combates se libran en varios puntos de la isla de Margarita y frente a las costas orientales. En el mes de marzo el *Ban Righ* se encuentra anclado en Trinidad, esta vez con el nombre de *Bolívar* y bandera colombiana, donde se efectúan los preparativos finales para el desembarco en territorio venezolano.

La última guerra civil

El 29 de abril, en la proclama de Puerto España, Manuel Antonio Matos declara que la Revolución Libertadora no es la obra de un partido, “ni mucho menos de una aspiración personal, es la resultante de la desesperación de todo un pueblo contra el tirano que, de violencia en violencia, y de desacierto en desacierto, lo ha conducido al estado de desprestigio, de ruina y de vergüenza en que se halla hoy postrada Venezuela”. Seguidamente, anuncia los nombres de los jefes de los “ejércitos libertadores” que se han unido a la causa del movimiento revolucionario, dejando a un lado rivalidades y diferencias políticas.

El Director Supremo de la Revolución Libertadora aspira a la constitución de un gobierno amplio, respetuoso y garante de las libertades públicas y sustentado en el equilibrio de dos partidos fuertes y respetables con “programas y propósitos nacionales, que involucren la felicidad de la patria”; partidos “que se vigilen, se corrijan y se alternen en el ejercicio del Poder”, en el marco de la vigencia plena de los derechos ciudadanos.

La pluralidad de fuerzas políticas y poderes regionales que confluye en la Revolución Libertadora es un rasgo que caracteriza este movimiento, apoyado además por importantes factores económicos dentro y fuera del país. Se trata de una amplia coalición que reúne a las

figuras más representativas del caudillismo venezolano frente a la amenaza del centralismo castrista.

Los recursos de que disponen los insurgentes son cuantiosos, desde el financiamiento aportado por la *New York & Bermúdez Company* hasta el apoyo del Ferrocarril Alemán que se niega a trasladar tropas del gobierno y protege en cambio a las fuerzas revolucionarias; también la *Orinoco Steamship* colabora con la Libertadora para el transporte fluvial; la compañía del Cable Francés se encarga de entorpecer las comunicaciones oficiales y, como si todo esto fuera poco, el movimiento armado goza de las simpatías de las autoridades de Trinidad y Martinica. Por otra parte, el poder de fuego de los revolucionarios es muy superior al del Ejército castrista, gracias al moderno armamento adquirido en Europa.

Domingo Monagas, Nicolás Rolando, Luciano Mendoza, Gregorio Segundo Riera, Juan Pablo y José Manuel Peñaloza, Amábile Solagnie, Francisco Batalla, Rafael Montilla, Pedro, Alejandro y Horacio Ducharne y Zoilo Vidal, son los exponentes más destacados de aquella constelación de caudillos que aglutina el Ejército Libertador. Con relación al espectro de la alianza revolucionaria, Ramón J. Velásquez resalta la participación de “viejos y jóvenes, andinos y orientales, centrales y falconianos, liberales amarillos y nacionalistas”. Hasta el ex rector de la Universidad de Caracas, Santos Domínici, se integra como médico cirujano a las filas revolucionarias, y muchos son los estudiantes que, animados por su rechazo al autoritarismo de Cipriano Castro, deciden incorporarse a la lucha.

La coalición estaba asentada ciertamente en la capacidad de Manuel Antonio Matos para obtener recursos bélicos, pero también se fundaba en su prestigio como representante del viejo Liberalismo amarillo y figura reputada por sus habilidades en el terreno de las finanzas y consistentes vinculaciones en Venezuela y en el exterior.

La guerra se extiende con rapidez y en pocos meses los insurgentes llegan a controlar gran parte del territorio venezolano. Entretanto, comienza a adquirir un papel destacado el general Juan Vicente Gómez, quien obtiene varios triunfos significativos sobre la Libertadora, aunque es herido cuando estaba intentando la toma de Carúpano en abril de 1902, por lo que se ve obligado a retirarse a Caracas.

El 15 de mayo se produce el esperado desembarco de Matos en Güiría y, pocos días después, desde Carúpano, convoca a la insurrección general contra el despotismo de Castro. A finales del mes de julio, la Libertadora da muestras de un poder extraordinario frente a un gobierno que no cuenta con recursos suficientes para oponerse al movimiento revolucionario que se fortalece día a día. Desde Oriente y Occidente convergen las tropas hacia Villa de Cura, donde habrá de reunirse un ejército de 14.000 hombres.

El Jefe Supremo del Ejército Libertador, quien también exhibe el título de Jefe del Gobierno Provisional de la República, dicta el 21 de mayo de 1902, desde Carúpano, un decreto suprimiendo el treinta por ciento adicional que gravaba las mercaderías importadas procedentes de las Antillas. Tal medida se adopta por considerar que el enfrentamiento bélico dificultaba el tráfico con Europa y el de cabotaje con los principales centros del comercio en Venezuela.

En la primera fase de la revolución, la familia de Matos permanece en Caracas, a excepción del hijo mayor, Manuel Antonio, que participa en la guerra como Jefe de Edecanes. Por entonces, María Ibarra debe afrontar constantes y apremiantes solicitudes de dinero para solventar necesidades urgentes de la guerra. Con ese fin, en varias oportunidades recurre a la ayuda de Manuel J. Acedo, administrador de los bienes de su esposo. Para evitar que ciertos secretos pudieran caer en manos del enemigo, decide quemar papeles relativos a la revolución que se encontraban en la casa de Caracas. Finalmente, el Gobierno ordena, aunque “con cortesía”, la expulsión de la señora y sus hijas, Mary, Anastasia y Brígida, quienes hacia marzo de 1902 se encuentran en Curazao. Desde la isla, María Ibarra continúa enviando remesas de dinero a Venezuela para la compra de armas y se comunica mediante mensajes cifrados con algunos de los jefes revolucionarios.

Es evidente que Matos, convertido en general de brigada en tiempos de Guzmán Blanco, en una guerra en la que prácticamente no combatió, carecía de experiencia y dotes militares. Sin embargo, en la etapa organizativa de la insurrección demostró poseer talento para el diseño de un plan de acción que fue puesto en práctica paso a paso con la racionalidad característica del “hombre fuerte” de las finanzas. Pero no estaba preparado para la guerra en su escenario real, en la que se

requiere liderazgo, conocimiento del terreno y dominio de las tácticas bélicas. Por esta razón, prefiere ostentar el título de Jefe Supremo de la Revolución, mientras Domingo Monagas ejerce el mando militar, en su condición de Jefe del Estado Superior de la Jefatura Suprema del Ejército. Se trata de un carismático caudillo, hijo de José Gregorio Monagas, y una figura de excepcional capacidad en materia militar.

El Segundo Jefe es Luciano Mendoza y luego siguen los comandantes generales de los doce cuerpos del Ejército: generales Nicolás Rolando, José A. Hernández, Gregorio S. Riera, Amáble Solagnie, Lorenzo Guevara, Antonio Fernández, Gregorio Cedeño, José Pinto, Luis Crespo Torres, Rafael Montilla, Santiago Sánchez y Espíritu Santo Morales.

Manuel Antonio Matos había ideado la división en cuerpos del Ejército para suprimir toda referencia a determinados estados o regiones, y minimizar así la incidencia de las rivalidades internas. De esta manera, los voluntarios se integrarían a dichos cuerpos según sus preferencias y simpatías. Si bien todos los comandantes debían responder a un mando unificado, con frecuencia asomaban celos y diferencias entre los jefes militares, para quienes la convivencia dentro de la gran coalición revolucionaria era una experiencia inédita.

Las disputas entre los caudillos exigían la presencia de un “árbitro situado en la cúspide” que, en opinión de Julio Calcaño Herrera, Edecán de la Jefatura Suprema, estaba personificado en el director de la revolución, figura que reunía las cualidades necesarias para convertirse en el futuro Presidente de la República.

Sin embargo, el problema central no residía tan sólo en llegar a la casa de Gobierno, sino en tener la aptitud para conducir un país plagado de discordias y conflictos. Todo propósito de unificar de modo auténtico al país requería de la actuación de un político con liderazgo para mantener cierto equilibrio entre las fuerzas en pugna, una autoridad capaz de dominar los poderes regionales. Cabe entonces la pregunta: ¿Estaba realmente Manuel Antonio Matos en condiciones de cumplir ese papel? El curso de los acontecimientos no permitió que fuera sometido a esa prueba, el desenlace fue otro.

En todo caso, el hombre de negocios, financista y varias veces Ministro, se dispuso a desafiar con aplomo los rigores de las largas marchas y las penurias de la guerra. Padeció de disentería, enfermedad que lo

obligó a mantenerse bajo cuidado médico durante su permanencia en Urica. A pesar de todo, seguía allí, persistente y tenaz, impulsado por el objetivo de derrocar a Cipriano Castro y convertirse en el nuevo Presidente.

En medio de los sinsabores de la guerra, conservó algunas costumbres de su vida cotidiana. A lomo de mula era transportada una bañadera, además de frascos de agua de colonia y un neceser. Casi nunca dejaba de usar sombrilla y guantes, que se habían convertido en los signos distintivos del Jefe Supremo de las fuerzas revolucionarias.

A causa de sus “hábitos mantuanos” no gozaba de las simpatías de buen número de soldados y oficiales, según lo refiere Andrés Brito, capitán del Ejército Libertador. Sin embargo, este mismo oficial reconoce que el General se distinguía por sus dotes de administrador, por su elevada posición económica, “su honorabilidad, su filiación netamente liberal y sus extensas y valiosas relaciones”. Por tales atributos era aceptado como el Jefe de la Revolución con capacidad para poner en práctica una brillante administración de Gobierno, “con honradez y sin intenciones continuistas”.

Entretanto, en las altas esferas públicas la zozobra crece día a día. Ante la magnitud de los ejércitos enemigos, Castro resuelve encabezar las operaciones bélicas en julio de 1902, dejando a Juan Vicente Gómez encargado de la Presidencia. Gracias a su aureola de “hombre victorioso”, la participación directa del caudillo tachirense en la guerra comunica entusiasmo a sus tropas, desalentadas por los reveses y la escasez de recursos. El punto de concentración de las fuerzas de la Restauración es La Victoria, apenas con 6.000 soldados frente a los 14.000 del Ejército Libertador reunido en Villa de Cura, cuya superioridad en materia de armamentos era indiscutible.

Derrota en La Victoria

En Villa de Cura se decidirá la suerte de la Revolución Libertadora. Domingo Monagas, el más avezado de los caudillos, ve con claridad el horizonte y ofrece sus juiciosos consejos: “No olvides Manuel Antonio que por ningún motivo debemos pelear en La Victoria; allí nos va a esperar Castro, hay que flanquearlo en esa plaza; debemos batirlo donde nos convenga y no donde él quiere”. Como si presintiera su inmi-

nente desaparición, repite esa advertencia en varias ocasiones. Enfermo de disentería y postrado en Maturín, hace construir una litera para trasladarse hasta Zaraza porque quería evitar a toda costa que triunfara el proyecto de algunos generales de marchar hacia La Victoria “a cambiar tiros con el enemigo atrincherado en esa plaza fuerte, y así botar ese parque que tanto trabajo nos ha costado reunir y movilizar”. Domingo Monagas muere el primero de septiembre, casi dos meses antes del desenlace de la guerra. La Libertadora pierde así no sólo al Jefe del Estado Mayor, sino también a uno de sus caudillos más enérgicos y diestros en materia militar. Su muerte se convierte en un temible presagio para el Ejército más grande y mejor dotado de cuantos se habían conocido en la historia venezolana, que en breve será sometido a la prueba decisiva. Juan Pablo Peñaloza es designado para suceder al caudillo oriental en la jefatura del Ejército.

Las rivalidades entre los jefes militares no tardan en emerger. La impaciencia y las presiones para acelerar la marcha hacia el encuentro del enemigo se acrecientan. Luciano Mendoza, Segundo Jefe del Ejército, y otros generales no comparten la opinión del desaparecido caudillo oriental y consideran más conveniente el ataque en La Victoria. En cambio, Matos está persuadido de que la marcha hacia Caracas, atravesando los valles del Tuy, ofrece mayores garantías de triunfo porque dicha plaza había quedado desguarnecida.

Para dirimir tales diferencias, el Jefe Supremo convoca un Consejo de Guerra en Villa de Cura, que resuelve adoptar el proyecto del general Mendoza y confiarle a éste su ejecución. Manuel Antonio Matos, opuesto a ese plan, salva su voto y hace constar por escrito su posición. En el episodio de Villa de Cura se exterioriza la ausencia de unidad de mando. El Jefe Supremo desempeña una especie de dirección política del movimiento, pero la conducción de la guerra está bajo el control de los caudillos. Como agravante, Matos no se siente con autoridad suficiente para contradecir los criterios de los jefes militares. En aquellos momentos, debió recordar la conversación sostenida con Guzmán Blanco en París, cuando en 1893 se estaba proyectando un movimiento revolucionario contra Crespo. Luciano Mendoza, aquel “simple guerrillero”, como sentenció Antonio Guzmán Blanco, tenía ahora en sus manos el futuro de la Revolución Libertadora.

Sobrada razón tuvo el caudillo Domingo Monagas. No era conveniente enfrentar al ejército enemigo en La Victoria. Mientras las tropas de la Revolución Libertadora se aproximan al encuentro definitivo, el general Castro tiene todo dispuesto para rechazar el ataque que comienza el 13 de octubre. Inmediatamente se suma a la lucha el general Juan Vicente Gómez, encargado del Poder Ejecutivo. El Ejército Restaurador, casi desprovisto de parque, recibe el día 18 un tren cargado de municiones que logra atravesar las columnas enemigas. Este hecho comunica gran entusiasmo a los combatientes, bajo la veterana jefatura de Cipriano Castro, que mantiene una compacta línea defensiva. Mientras la Libertadora ha perdido a Domingo Monagas, el más carismático de sus generales, en las filas restauradoras hay una sola y enérgica voz de mando que transmite fuerza y arrojo.

En medio del fragor de la batalla, Matos no deja de estar acompañado de su famosa sombrilla. Julio Calcaño Herrera relata que el General se hizo presente en la línea de fuego varias veces. El primer día “subió a uno de los cerros de la Curía, y como de costumbre abrió su parasol”. Uno de sus colaboradores, ante la “lluvia de plomo” que caía sobre el grupo, le manifestó: “General, permítame que le observe que el quitasol de usted es un magnífico blanco”. En otra ocasión, Luciano Mendoza debió suplicarle: “General, cierre el quitasol, porque está sirviendo de blanco y nos van a matar a todos”.

Los combates y los constantes tiroteos se prolongan a lo largo de tres semanas. Durante el interminable asedio a La Victoria, el Ejército de la Libertadora no logra articular un ataque combinado y simultáneo en todos los frentes, en tanto que las municiones se van agotando en reiteradas refriegas. Entre el primero y dos de noviembre, sorpresivamente, varias columnas, una de ellas comandada por el propio general Gómez, realizan una exitosa operación envolvente que abre una brecha en las filas de los revolucionarios. Ante la gravedad de la situación, Matos ordena la retirada que es transmitida a los oficiales por Lino Duarte Level: “Los de Oriente para Oriente y los de Occidente para Occidente”.

En la mañana del 2 de noviembre se inicia la marcha de los diferentes cuerpos de ejército, para dirigirse cada uno de ellos hacia sus regiones de origen con el compromiso de reorganizar las tropas y con-

verger hacia el centro, cuando estuvieran dadas las condiciones para reanudar la lucha. Durante la retirada, calificada como “dolorosa e impresionante” por Calcaño Herrera, se desvanecen las esperanzas de lograr un rápido triunfo. Tres mil muertos quedan en el campo de la batalla más larga de la historia venezolana.

El general Matos, abatido por la derrota, se encamina con sesenta hombres hacia Nirgua y luego prosigue con dirección a la costa. En Boca del Tocuyo, el general Eladio Ramírez pretende acomodar al jefe de la Libertadora en uno de los botes más veloces. En medio del pesar que lo agobia y, tal vez, iluminado por un presentimiento, Matos le señala a Ramírez: “Aun cuando me ha recomendado éste como más rápido, no sé por qué quiero irme en el otro”. Después del cambio de embarcación, el General, junto a su hijo Manuel Antonio, logra llegar a Curazao sin contratiempos, mientras el otro bote estaba todavía frente a las costas de Chichiriviche sin haber podido avanzar, por lo que sus ocupantes fueron capturados y conducidos a Puerto Cabello.

Después de la retirada, los ejércitos de Occidente se encontraban bastante debilitados y con muchos esfuerzos lograron defender la plaza de Barquisimeto del ataque enemigo. Por su parte, Nicolás Rolando, nombrado en Cagua Jefe de Estado Superior de los Estados Orientales, en la mañana del 2 de noviembre, concentró sus fuerzas en la región de Barlovento. Este valeroso caudillo continuará combatiendo al régimen de Cipriano Castro hasta julio de 1903.

El papel del controversial Manuel Antonio Matos al frente del movimiento revolucionario ha dado lugar a encontradas opiniones. Una crítica demoledora acerca de su actuación es presentada por Jacinto López. Este acérrimo enemigo del General tachirense también lo es del jefe de la Libertadora, a quien califica de “personaje extravagante, vanidoso, petulante, jactancioso y engreído”. Argumenta que siempre se abrió camino gracias a la influencia que le brindaba su dinero. Agrega que, de no haber disfrutado de su gran fortuna, no habría sido jamás el jefe de la revolución por estar dotado de un “cerebro de ganso”. De manera terminante expresa: “Cuando Castro es la tiranía y Matos la libertad es porque Venezuela ha caído muy abajo en el abismo de la decadencia”. Sin duda, se trata de una versión extremadamente apasionada.

Distinta es la opinión de Julio Calcaño Herrera, quien da a conocer con mucho tino y criterios de mayor objetividad sus impresiones sobre el papel político y militar del Jefe Supremo de la Revolución Libertadora:

Por otra parte, Matos, hombre social, culto, de relevantes méritos personales y reconocido financista, estaba mejor preparado para dirigir la República ya encarrilada en el camino de la paz desarrollando un movimiento de verdadero progreso, más que todo por sus variadas residencias en las grandes ciudades europeas y su espíritu asimilador. Pero como Jefe de una Revolución armada carecía de los arrebatos heroicos y geniales, tan necesarios en los conductores de multitudes que luchan por grandes ideales. Le faltaban esos golpes maestros que transforman una derrota en un triunfo y que hacen que un hombre sólo con su cabeza y su constancia, sea la máxima representación de todo un ejército. Matos era un buen modelo de hombre civil.

El segundo final

Un mes después de la retirada de La Victoria se produce un hecho que contribuye a debilitar todavía más a la Libertadora. A raíz de las exigencias de pago de deudas pendientes y reclamaciones por perjuicios sufridos por extranjeros residentes en Venezuela, fuerzas navales de Gran Bretaña y Alemania inician el 9 de diciembre de 1902 el bloqueo de las costas venezolanas, operaciones a las que se une Italia el día 12 de ese mes. Las hostilidades se prolongarán hasta febrero del año siguiente.

A fin de ampliar su base de apoyo interno, Cipriano Castro decreta una amnistía general y ordena la liberación del Mocho Hernández, quien decide apoyar al Presidente en su resistencia frente al ataque extranjero, lo que ocasiona la división del Partido Liberal Nacionalista, ya que buena parte de sus miembros opta por proseguir la revolución. El Presidente maneja con habilidad el conflicto y exalta el sentimiento nacionalista de la población. En muchos puntos del país se producen manifestaciones en rechazo a la agresión foránea. Proliferan declaraciones en defensa de la independencia y soberanía de Venezuela. La popularidad de que había gozado el movimiento armado a lo largo del año 1902 se va debilitando con rapidez y, más aún, cuando comienzan a difundirse rumores acerca de la presunta conniven-

cia de los revolucionarios con las potencias bloqueadoras, hecho que naturalmente predispone a la opinión pública contra la causa de la Libertadora, aun cuando no se han hallado pruebas documentales acerca de la existencia de dichos contactos, en opinión de Karl Krispin.

El 11 de diciembre dirige Matos una comunicación a los generales Hernández Ron, José Manuel Peñaloza y Nicolás Rolando, indicando que Cipriano Castro “al declararse en guerra contra Alemania e Inglaterra, en vez de atender a la deuda legal que le reclaman, agrava las desgracias de Venezuela”. Por tanto, “hacernos cómplices de él, sería condenar a Venezuela a la esclavitud y la vergüenza”, siendo deber de la revolución continuar la lucha contra un hombre que “todo lo ha envenenado y corrompido” para poner a salvo la dignidad, el honor y el bienestar de la nación.

En una circular del 23 de diciembre de 1902, expresa que el bloqueo presenta dos fases: “una, la del cobro de sumas de dinero pendientes por falta de pago oportuno; y la otra, la de reclamaciones varias con motivo de perjuicios recibidos por extranjeros residentes en la República”. Con respecto al primer punto, sostiene que toda deuda legítima debe ser satisfecha y, con relación al segundo, opina que es primordial respetar los tratados suscritos con las naciones extranjeras.

En el mismo documento señala que las potencias bloqueadoras han manifestado a los Estados Unidos que las acciones navales no tienen el propósito de invadir ni usurpar parte alguna del territorio nacional. En consecuencia, no habría razón “para que nuestro patriotismo se alarme de otra manera que para deplorar el conflicto actual y sus efectos inmediatos”. Pero que, de no ser cierta tal aseveración, el “Gran Ejército Libertador llevará la vanguardia en defensa de la Soberanía Nacional, cual cumple a nuestro deber supremo para con la Patria”.

En un ambiente dominado por las pasiones, esta posición no contribuye precisamente a salvar la imagen de la revolución, enfrentada al surgimiento de un fuerte sentimiento nacionalista. El General estaba en una encrucijada, corría el riesgo cierto de aparecer suscribiendo una posición antinacional pero, al mismo tiempo, sabía que deponer las armas significaría alentar el triunfo absoluto del gobernante. De hecho, la mayor parte de los generales de la Libertadora opta por el

camino de proseguir la lucha contra Cipriano Castro, pese a que el bloqueo se había convertido en un factor que estaba horadando la popularidad del movimiento. Asimismo, la opinión de Antonio Paredes es contraria al Presidente, de quien afirma que estaba utilizando el conflicto con otros estados para lograr que los partidarios de la Libertadora abandonaran sus filas, aunque también juzga con severidad el papel desempeñado por Matos en dicho movimiento.

A pesar de las dificultades que lo asedian, el General exiliado en Curazao se empeña en reorganizar las fuerzas de la Libertadora, de acuerdo a lo convenido con los comandantes militares en la mañana de la retirada de La Victoria. Quedaban todavía focos revolucionarios en Coro, Barquisimeto, Guárico y Carabobo, aunque se trataba en la mayor parte de los casos de pequeños contingentes. Distinta era la situación en la región oriental donde la guerra continuaba encendida al mando de Nicolás Rolando.

Al desembarcar Matos en las cercanías de Tucacas, el 30 de abril de 1903, surgen algunas expectativas con respecto al futuro de la revolución. De hecho, unas semanas atrás se había logrado traer armas y municiones desde Curazao Chico, pero el optimismo se desvanece al comprobarse que el General venía solo y sin pertrechos. A poco de arribar éste a Tucacas, aparecen en la costa dos barcos y tres goletas del Gobierno que transportan tropas, bajo el mando de Juan Vicente Gómez. Ante esta amenaza, Matos logra introducirse en un vagón del tren y, solamente acompañado de una mula, se dirige hacia Aroa. Relata Calcaño Herrera que la partida del tren que conducía al General fue “saludada” con el “primer cañonazo de los vapores”. En Aroa, se reúne con Peñaloza, sigue luego a Barquisimeto, donde se encuentra con Solagnie y Montilla. Allí se decide que, de no ser posible la resistencia al ataque del ejército enemigo que avanzaba triunfante desde Tucacas, se replegarían todos hacia Coro, con el objeto de sumarse a las fuerzas de Riera. En efecto, tras duros combates, Peñaloza, Solagnie y Montilla se ven obligados a desalojar Barquisimeto, plaza que es ocupada por el general Gómez, quien con celeridad inicia la marcha hacia Coro para coronar su victoriosa campaña.

El Jefe de la Libertadora que se traslada de Tucacas a Aroa, y luego a Barquisimeto y Coro no parece ser el mismo General del *Ban Righ*, el

que hacía la guerra con quitasol y guantes y se exhibía con altivez al frente de un gran ejército. Matos había cambiado, es indudable. Esta vez arriba a Tucacas en la más angustiosa soledad, se desplaza al frente de reducidos grupos de soldados e intenta reorganizar el ejército de Occidente. Ahora se está pareciendo más a un guerrillero que a la figura soberbia del Jefe Supremo que marchaba en octubre de 1902 al encuentro de Cipriano Castro en La Victoria.

El segundo intento contrasta con la opulencia de armamentos que había ostentado el alzamiento durante el año anterior. En esta oportunidad, los recursos son escasos y las esperanzas de reorganizar la revolución se esfuman rápidamente. El 3 de junio, los generales Matos y Riera se enfrentan en Matapalo con Juan Vicente Gómez. Cuando la batalla ya estaba perdida, Matos escribe un mensaje al jefe de las filas enemigas proponiendo un armisticio. Riera, contrario a la capitulación, al conocer las intenciones del Jefe Supremo impide que dicha nota llegue a su destinatario. Tras la derrota, Riera extrae de su bolsillo el mensaje que había interceptado y se lo muestra a Matos, diciéndole: “General, lo guardo para la historia”.

Después de la batalla de Matapalo, se reúnen los generales de Occidente en Mirimire, donde se resuelve concluir con la lucha. Tras licenciar las tropas, el 10 de junio, Peñaloza, Riera, Solagnie y Matos se embarcan rumbo a Curazao.

Seguramente, en medio del pesar que lo agobia, el General reflexiona en torno a la inevitable decisión y, una vez en la isla, el día 11 de junio, da a conocer una proclama, con cuyo contenido no están de acuerdo algunos de los jefes militares refugiados en Curazao, en la que reconoce la derrota y el fin de las hostilidades: “El patriotismo que guió ayer nuestros pasos nos impone hoy el deber de cesar una guerra que sería larga y llena de angustias para la familia”. “La pacificación a pasos violentos”, como rezaba un titular de *El Constitucional*, había logrado su objetivo final. Para Matos había concluido la empresa más temeraria de su existencia.

Habían transcurrido casi dos años desde que abandonó un 14 de julio suelo venezolano para viajar a Nueva York y negociar el financiamiento de la *New York & Bermudez Company*. Luego siguió la compra del *Ban Righ* en Europa, la travesía hacia el Caribe, las operaciones en

las costas venezolanas, el desembarco en Güiria, el avance arrollador hasta Villa de Cura y, después... se inició el desastre. Había hecho grandes esfuerzos para reorganizar las fuerzas dispersas en Occidente, obtener armas y municiones, pero todo concluyó en el fracaso.

Aun cuando todavía existía voluntad para proseguir la lucha de parte de algunos de los jefes militares, el encendido espíritu revolucionario de otros tiempos se estaba extinguiendo. Entretanto, Nicolás Rolando no se rinde y continúa resistiendo en la región oriental hasta que Juan Vicente Gómez, después de un asedio de varios días, logra tomar la plaza de Ciudad Bolívar el 21 de julio de 1903. Concluye así la última guerra civil en Venezuela y con ella sucumbe el caudillaje histórico.

La larga **espera**

Después del triunfo de Juan Vicente Gómez en Ciudad Bolívar, se inicia la etapa de pacificación bajo el dominio de Cipriano Castro. Muchos de los integrantes y simpatizantes del movimiento armado son reducidos a prisión, mientras que otros más afortunados logran huir al exterior, donde esperan pacientemente la caída del régimen o planifican nuevos alzamientos.

El general Matos permanece largo tiempo con su familia en Curaçao. El reencuentro con su esposa e hijos le permite recuperarse en parte de la dolorosa experiencia de la derrota. Quizá, en los predios de Miraflores se tejían conjeturas acerca de los motivos de su prolongada estancia en la isla caribeña. Su posterior viaje a Bogotá y sospechosas conexiones colombianas pudieron despertar suspicacias entre sus enemigos. ¿Temía aún Cipriano Castro al “esfinge de Curazao”?, ingenioso apodo con que Henri Romain se refirió en 1904 a Matos en el periódico bogotano *El Santo y Señá*.

En correspondencia dirigida a Pedro Ezequiel Rojas, el General deja asomar aún en abril de 1904 ciertas ilusiones de un eventual derrocamiento del Presidente. ¿Estaría nuevamente envuelto en alguna conspiración el infatigable y enigmático exiliado? Hacia el mes de octubre se difunden algunos rumores sobre una presunta confabulación contra el mandatario venezolano, hecho que desde luego provoca sobre-

saltos en los círculos del poder. Sin embargo, las circunstancias no se muestran favorables para aventuras revolucionarias, ya que, precisamente, durante aquel año se publican los impactantes artículos de *El Monitor*, denunciando la vinculación de la *New York & Bermudez Company* con la Revolución Libertadora.

Además de los problemas políticos, preocupa también a Matos la situación de sus bienes, embargados desde noviembre de 1901: 33 propiedades en Caracas, algunas de ellas desocupadas y otras arrendadas, y las haciendas Guanasna, Caricuao y El Rosal. A mediados de 1904, llega a su fin el juicio entablado por la Procuraduría General de la Nación contra el jefe de la Libertadora, quien debía pagar al Tesoro 24.178.638 de bolívares para resarcir al Gobierno por sus gastos para restablecer el orden público trastocado por el movimiento revolucionario. Al parecer, no es el juicio por los bienes embargados el único motivo de su estadía en las cercanías de Venezuela, ya que dichos asuntos podían ser atendidos por su apoderado y sus administradores, sin que fuera necesaria su intervención personal. De modo que podemos suponer que habría otras razones que lo obligan a permanecer en Curazao.

A riesgo de que la opinión pública tachara su actitud de indiferencia cobarde, no podía desprenderse de la responsabilidad de haber sido el director de una revolución en la que participaron miles de combatientes, muchos de ellos reclusos en las cárceles. Por ello debía, en atención a su propia reputación moral y política, emprender alguna acción a favor de los que estaban padeciendo las consecuencias de la derrota.

En julio de 1904 dirige un manifiesto al Congreso Nacional solicitando la excarcelación de los presos políticos y la restitución de las libertades individuales, derechos ciudadanos y libre goce de sus legítimas propiedades a aquéllos que participaron en la pasada guerra y a los que fueron objeto de sospechas de estar simpatizando con la revolución. Sustentaba la petición en las propias palabras del Presidente que había proclamado la “fraternidad de todos los venezolanos” después de tantas confrontaciones, odios y derramamientos de sangre. No dejó de recordar que también el Gobierno en ejercicio tenía su origen en “un puñado de hombres que se rebelaron contra la Autoridad”. Afirma en el escrito, además, no haber tenido ningún tipo de nexo o compromiso

con los bloqueadores extranjeros, subrayando que siempre asumió la defensa firme y enérgica de la “independencia y supremacía” nacionales.

El Congreso, después de examinar el extenso documento, decide pasarlo a los tribunales para que se determinaran previamente las responsabilidades civiles y políticas del peticionario con relación a los sucesos de la Libertadora. Laureano Vallenilla Lanz, quien tenía dos hermanos prisioneros en el Castillo de San Carlos, comenta con sarcasmo en *El Pregonero* la solicitud de Matos, a quien califica de “pobre millonario”, asomando la sospecha de que su interés por obtener la libertad de los encarcelados fuera sólo un pretexto para recuperar sus bienes y retornar al “goce de sus rentas”.

Los ataques contra Matos no cesan. En el transcurso de 1905 se difunde el contenido de las declaraciones de los testigos interrogados en los Estados Unidos en el caso de la demanda del Estado venezolano por el financiamiento de la *New York & Bermudez Company*. Bastante alarmantes son las acusaciones formuladas en el periódico *The New York Herald*, del 5 de febrero de aquel mismo año, en torno a la presunta complicidad de la Revolución Libertadora con las naciones extranjeras en 1902 y la intención de entregar a Alemania la isla de Margarita, y a Inglaterra otros territorios insulares, algunos ubicados en las bocas del Orinoco. Desde Bogotá, donde se encuentra desde mediados de 1904, el General desterrado niega de modo terminante la existencia de tales acuerdos y enfatiza que jamás se hubiera prestado a compromisos que pudieran implicar la “desmembración del suelo patrio”. Esta enfática respuesta contrasta con su silencio sobre las denuncias del financiamiento de la *New York & Bermudez Company*. Así como no desmintió públicamente las irrefutables pruebas sobre la concertación de acuerdos con la compañía norteamericana, sí negó de manera rotunda en diversas oportunidades haber tenido vinculaciones con el bloqueo naval.

A mediados de 1905, para la tranquilidad del gobernante venezolano, su más enconado enemigo abandona el exilio en Bogotá, desde donde se marcha resignado a Europa. En París establece residencia primero en 51, Avenue d'Antin y luego en 14, Quay de Passy.

Por el momento, no hay posibilidad alguna de cambios políticos en Venezuela. Las medidas represivas se han intensificado y cada vez son más los presos y exiliados del régimen. Entretanto, el General espera

algún acontecimiento imprevisto que modifique el panorama político. Su tiempo transcurre entre París y algunos viajes a Evian, Biarritz y Niza.

Está finalizando el año 1908, cuando se produce la inesperada separación de Cipriano Castro de la primera magistratura. El 24 de noviembre, éste se embarca rumbo a Europa para someterse a una intervención quirúrgica. La providencial circunstancia es aprovechada por los enemigos que, dentro del Gobierno, pretendían imponer un cambio de timón. A las ambiciones del vicepresidente Juan Vicente Gómez se une la presión internacional encabezada por el Secretario de Estado norteamericano. Así es como el 19 de diciembre se lleva a cabo el golpe de Estado. Bajo el pretexto de que Cipriano Castro había promovido un complot para atentar contra la vida del general Gómez, aquél es suspendido en el ejercicio de sus funciones presidenciales.

Manuel Antonio Matos se entera de la sorprendente noticia en Francia. ¡Había sucedido lo imprevisto! El júbilo en la Costa Azul es incontenible. El General, instalado en el hotel *Majestic* de Niza, recibe a finales de diciembre la visita de un reportero del periódico *Petit Niçois*, posiblemente la primera entrevista concedida a la prensa tras divulgarse los acontecimientos de Caracas. El hombre que dirigió el gran movimiento revolucionario contra Castro no puede ocultar su emoción al conversar sobre el futuro de Venezuela. Juzga como positiva la conformación del gabinete, expresión del interés por establecer la conciliación entre los diversos elementos políticos del país, lo que contribuirá a revivir el crédito en toda la nación. Elogia las dotes militares del general Juan Vicente Gómez, quien se había distinguido por su valor en la guerra en que ambos fueron adversarios.

El nuevo mandatario venezolano ordena la liberación de los presos políticos e invita a los exiliados a retornar al país. El 24 de septiembre de 1909 desembarca en La Guaira Manuel Antonio Matos, la figura más emblemática de la oposición contra Castro. En el marco del clima de armonía que se estaba promoviendo, Francisco González Guinán, a cargo de la cartera de Relaciones Exteriores, propicia la “rehabilitación política” de su antiguo amigo, vencido en la Libertadora precisamente por el general Juan Vicente Gómez. Afirma el Canciller que, al saber que Matos había arribado a La Guaira, le preguntó al Presidente cuándo quería recibirlo y éste le contestó: “Ahora mismo”. Con celeri-

dad se dirige González Guinán en un coche, acompañado de José María Ortega Martínez, a la estación del ferrocarril inglés, donde le manifiesta al recién llegado que el general Gómez tenía interés de reunirse con él de inmediato. Ambos se trasladan a Miraflores, donde en términos “sinceros y cordiales” se celebra la entrevista con Juan Vicente Gómez. Los antiguos contendores en el campo de batalla se están aproximando en el marco de la política de conciliación promovida por el Gobierno. Así es como el Jefe de la Revolución Libertadora es introducido a la “Causa de la Rehabilitación”.

Otra vez Matos es noticia en Caracas. Pocos días después de su llegada es entrevistado por un reportero del periódico *Sancho Panza*, quien lo describe con los mismos rasgos que “las revistas extranjeras lo presentaron a la curiosidad universal” después de la batalla de La Victoria: expresión de señorío “a lo Napoleón III”, con un acento “mitad imperativo, mitad altivo” y una “delgadez de hombre fuerte, con el semblante de diputado opositor”. En la entrevista expresa su júbilo ante el retorno de la libertad y las garantías ciudadanas gracias al derrocamiento del mandatario que hizo víctima a Venezuela de sus “malas pasiones y sus perversas inconsecuencias”. Se refiere al general Gómez como un gobernante con “corazón de león y alma de niño; con todas las cualidades de un hombre sencillo, capaz de hacer la felicidad” de la nación. Es evidente que el experto financista no se destacaba precisamente por el acierto de sus predicciones políticas.

El gabinete de **las ilusiones**

En el nuevo ambiente resucitan los políticos de viejo cuño liberal, los mismos que habían integrado la Libertadora, propiciando ahora la candidatura presidencial de Juan Vicente Gómez para el próximo período constitucional. Un extraordinario evento se celebra el 10 de octubre de 1909. No había transcurrido siquiera un mes desde que Matos regresó al país, y ya se encuentra pronunciando un discurso, en medio de entusiastas aplausos, en el que exalta el patriotismo que anima a los concurrentes al promover la candidatura del hombre que ha devuelto las libertades públicas a la nación venezolana. Se refiere a su antigua idea sobre la necesidad de dos partidos políticos alternándose en el poder “merced al libre goce de la acción ciudadana en los comicios populares”. Este propósito político no habrá de materializarse, al aflorar más adelante la voluntad autocrática del general Gómez.

Al finalizar el acto se constituye el Directorio del Partido Liberal de la capital. En primer lugar aparecen los nombres de las más connotadas figuras de la Libertadora: Manuel Antonio Matos, Gregorio Segundo Riera, Juan Pablo Peñaloza y Nicolás Rolando. La inclinación a favor de la candidatura de Juan Vicente Gómez es unánime. Éste agradece el “espontáneo” apoyo de quienes lo están postulando para la Presidencia, a la vez que proclama sus intenciones de forjar la armonía política de la nación. ¿Qué habrá pensado realmente el “hombre de La

Mulera” ante esa congregación de antiguos liberales, muchos de ellos sus adversarios de años no muy lejanos? Por el momento había que maniobrar con habilidad y poner en práctica un juego político de amplitud y tolerancia. Para el general Gómez, la “resurrección” de aquellos integrantes de la agonizante corriente liberal era un buen comienzo. Le servirán para consolidar la fase inicial de su régimen hasta que pueda construir una base de poder propia y, entonces, habrá tiempo para apartarlos de su entorno político.

En este juego de habilidades e ilusionismos, el golpe de Estado contra Cipriano Castro se transforma, en la fantasía de los políticos y caudillos de otrora, en la “Revolución de Diciembre”, y Juan Vicente Gómez, el jefe andino que acompañó al Presidente desterrado y contribuyó de manera decisiva a derrotar a la Libertadora, en el adalid de la “revolución”, promotor de la “concordia” y abanderado del Liberalismo.

Ambiente festivo reina en los círculos de la antigua oposición al régimen de Cipriano Castro, ahora convertido en una sombra errante que vaga por el continente europeo. Matos toma posesión nuevamente de los bienes que le habían sido confiscados durante los años anteriores. Afirma que debió efectuar elevados gastos para “reparar los grandes descalabros y destrozos” que habían sufrido algunas de sus propiedades.

A finales del año 1909, en la calle Norte 2 No. 19, entre las esquinas de Santa Capilla y Mijares, residencia de Manuel Antonio Matos, se observa un animado ambiente. Dos grandes lienzos de Arturo Michelena presiden el salón principal. Alrededor de quince años atrás, el renombrado artista, ya en la cúspide de la fama, había retratado al General, a su esposa e hijas, como era moda por entonces en ciertas esferas sociales. Otros retratos, pintados por los celebrados Martín Tovar y Tovar, Antonio Herrera Toro y Federico Brandt, realzan el sobrio y señorial estilo de la mansión. Los ventanales ostentan un elegante grabado que representa su monograma, especie de blasón familiar. Casualmente, el mismo sitio en que vivió el forjador de la moderna banca nacional forma parte hoy del gran edificio ocupado por el Banco Central de Venezuela.

Después de siete años de silencio, la residencia de Altigracia recupera su antiguo movimiento. Hay gran despliegue de luces, vajilla y cristalería como en los viejos tiempos. En los carnavales de 1910 se cele-

bra una suntuosa fiesta, en honor de Mary, una de las hijas del General. Las damas más distinguidas de la sociedad caraqueña están presentes en el evento. El proverbial señorío de la familia vuelve a ser motivo de comentarios y elogios. A fines de marzo, los dueños de casa se preparan para un nuevo festejo. Esta vez se organiza un espléndido banquete para homenajear al Presidente de la República. En el agasajo resaltan la refinada decoración y la presencia de la orquesta dirigida por Eduardo Richter.

En la acera de enfrente se encuentra el Club Venezuela, posiblemente en la misma sede donde funcionó el Club Unión. Dicho centro social ocupa la casa que había pertenecido al Marqués de Mijares, la cual fue adquirida por Matos en los años ochenta a la familia de Reynaldo Hahn, célebre compositor venezolano que nació en esa misma mansión en 1874. Al parecer, el Club Venezuela no pagaba alquiler debido al interés de Matos de promover sus actividades. Éste recomendó a sus herederos que mantuvieran esa misma consideración, por lo que el reconocido club continuó instalado allí por muchos años.

Canciller del Centenario

Para sorpresa de algunos, no se le ofrece a Matos el Ministerio de Hacienda, cargo que había desempeñado tres veces a finales del siglo anterior. Sin embargo, sí se estaba pensando en contar con los servicios de tan emblemática figura. Al modificarse el gabinete en abril de 1910, es designado para ocupar la cartera de Relaciones Exteriores. Inicia sus gestiones con los preparativos de la celebración del Centenario de la Independencia. Este acontecimiento se convierte en escenario propicio para la reunión del Congreso Boliviano, el día 5 de julio de 1911, evento al que concurren distinguidos representantes de Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú. Excelente ocasión para el lucimiento del mundano y señorial Manuel Antonio Matos.

Los actos del Centenario adquieren más brillo aún con la ceremonia solemne en la que se deposita el Acta de la Independencia, hallada a la sazón en Valencia, en un arca que reposará en el Salón Elíptico del Capitolio. Entre los presentes destaca nada menos que el nieto del general español Pablo Morillo, como símbolo de amistad de las dos naciones. Una nota pintoresca se introduce con el desfile de un cuerpo

de Húsares, integrado por un grupo de jóvenes, descendientes de los mantuanos que participaron en la lucha por la Independencia.

En la inauguración del Congreso Boliviano, el Ministro pronuncia un discurso en el que subraya el imperio de la Unión y Fraternidad entre los pueblos del continente. En las sesiones de dicho Congreso se suscriben varias convenciones que permiten estrechar vínculos en materia postal, de telégrafos, patentes y privilegios de invención, comercio, extradición, vías de comunicación, entre otros acuerdos firmados por los representantes de las cinco naciones integrantes del Congreso.

Desde el golpe de Estado de diciembre de 1908, el Gobierno gomecista había comenzado a normalizar sus relaciones internacionales y promover las inversiones extranjeras, mientras renacía la confianza de los capitalistas. Después de la accidentada diplomacia de los tiempos de Cipriano Castro, se inicia una política de acercamiento con los Estados Unidos, en la que se inscribe la visita del Secretario de Estado, Philander Knox, a Venezuela, quien se encuentra de gira por varios países latinoamericanos. Se trata de un hecho sin precedentes, ya que es la primera vez que llega al país en misión oficial un funcionario norteamericano de esa categoría.

El día 22 de marzo arriba el Secretario de Estado con su comitiva. Su visita motiva la preparación de un extenso programa con diversos actos en Caracas, Maracay, San Mateo, Valencia y Puerto Cabello. Un fastuoso banquete es celebrado en Miraflores con la presencia de la crema y nata de la sociedad. De los 86 invitados, sobresalen representantes de los círculos mercantiles y financieros, conocidos propietarios de haciendas, algunos artistas e intelectuales, ministros extranjeros y exponentes destacados del Directorio del Partido Liberal, otra vez, Juan Pablo Peñaloza, Nicolás Rolando y Gregorio Segundo Riera. Doce miembros de la familia Matos están presentes en el agasajo: el Canciller, su hijo Manuel Antonio, su cuñado Martín H. Pérez y los sobrinos José Antonio y Luis Olavarría Matos, y Enrique Pérez Matos, todos ellos acompañados de sus respectivas esposas.

Riguroso protocolo y formal etiqueta caracterizan la recepción con que se obsequia al Secretario Knox en Miraflores. Manuel Antonio Matos, en su condición de Ministro de Relaciones Exteriores, preside el acto oficial, exaltando en su discurso la obra fecunda del Panameri-

canismo, además de resaltar que la apertura del Canal de Panamá representaba un factor de unión para los pueblos de América. Por su parte, Knox subraya que los obstáculos de la distancia, la diversidad de origen y la diferencia de idiomas se desvanecen con la calurosa acogida que se le ha tributado: “El sajón del norte y el hispano del Sur se juntan como asociados en la causa común del progreso y de la paz”. La visita de Knox sella el restablecimiento de amistosas relaciones entre ambos países.

El contrato con Bolo Pachá

En coincidencia con la gestión del Canciller del Centenario, tiene lugar una seria controversia a raíz del intento de introducir capitales extranjeros en la banca venezolana. Desde el comienzo del régimen gomecista se había ido acrecentando la influencia de un nuevo personaje en los medios financieros cercanos a la Presidencia: Román Delgado Chalbaud. A fin de concretar la creación de un Banco Comercial, Agrícola e Hipotecario, en 1911 es designado Agente Fiscal de Venezuela en Europa. En París entabla contactos con la firma *Crédit Français* y con la casa *Louis Dreyfus* a través de Paul Marie Bolo (Bolo Pachá), empresario francés envuelto en multiplicidad de negocios turbios. Sus afanosas diligencias tienen resultados positivos en breve tiempo, como lo revela la celebración del contrato con Bolo Pachá para establecer el Banco Nacional de Venezuela con un capital de Bs. 30.000.000. Este instituto ejercería funciones como auxiliar de la Tesorería mediante un crédito en cuenta corriente por Bs. 15.000.000, a la baja tasa de interés de cinco por ciento anual.

Como era previsible, el contrato de Delgado Chalbaud levanta un vendaval en el círculo de los financistas locales, muchos de los cuales se oponen terminantemente a su aprobación, por estimar que constituía una especie de “servidumbre fiscal” en beneficio de capitales foráneos que representaban un peligro para el manejo de las rentas nacionales. Lo más significativo es que se trató de un ataque directo a los intereses del Banco de Venezuela que, desde 1890, se desempeñaba como agente auxiliar de la Tesorería.

Este asunto se convierte en motivo de discusiones dentro del gabinete. Como lo había hecho tantas otras veces, Matos expresa su opinión

contraria a ese tipo de contratos. Por su parte, Vicente Lecuna, miembro del Banco de Venezuela, afirma que es muy peligroso entregar a una compañía extranjera la administración de las rentas públicas. Para impedir la concreción del proyecto sostiene conversaciones privadas con el ministro Román Cárdenas, a quien manifiesta que, de firmarse el contrato con Bolo Pachá, el Presidente de Venezuela “abdicará más de la mitad de su poder, porque en caso de divergencia él no tendrá fuerza suficiente para contrarrestar la influencia de una compañía francesa respaldada por los cañones de Francia”. Ese mismo argumento es utilizado por Matos para persuadir a Juan Vicente Gómez de la inconveniencia de instalar un instituto de tal naturaleza. A fines de 1911, el espinoso problema queda resuelto con la anulación del polémico proyecto. Como había ocurrido en anteriores oportunidades, el Banco de Venezuela celebra un nuevo contrato en condiciones más favorables para el Gobierno en cuanto al monto del crédito y las tasas de interés.

Después de superado este conflicto, el general Gómez se dirige a Maracay, donde permanece durante varios meses. Ni siquiera está presente en los actos que se celebran en Caracas en honor de Knox, a quien recibe en su residencia de la ciudad aragüeña. Aún flotaban en los corrillos de la sociedad caraqueña los comentarios sobre la elegante y memorable recepción de Miraflores, cuando sorpresivamente, a fines de abril de 1912, Juan Vicente Gómez solicita la renuncia de todos los miembros del gabinete. De esta manera, comienza a desmoronarse la frágil alianza con el moribundo Liberalismo amarillo y se va perfilando el creciente autoritarismo del régimen gomecista, que se define en 1913 con la disolución del Consejo de Gobierno. Algunos de los antiguos aliados de la Libertadora, como Juan Pablo Peñaloza y José María Ortega Martínez, se lanzan a la oposición. Matos ya no volverá a ocupar ningún cargo público ni tendrá un rol protagónico en el escenario político nacional.

La nueva generación de banqueros

Retirado a su vida privada, Matos se dedica a la atención de los negocios bancarios. Con interés examina las reformas fiscales puestas en práctica, desde que en 1913 Román Cárdenas asumiera la cartera de Hacienda. El Ministro se propone reorganizar las finanzas públicas, introduciendo orden y regularidad en la percepción y administración de los ingresos. Con tal fin, se establece que la liquidación de los impuestos quedaría a cargo de los funcionarios de Hacienda, mientras que la recaudación sería responsabilidad de las agencias del Banco de Venezuela, el cual pasaría a ser “perceptor de las Rentas Públicas”. Por tanto, el instituto estaba obligado a marchar con la misma eficacia con que funcionaba el riguroso sistema de administración de los ingresos públicos. Allí es donde precisamente reside el origen de algunas pugnas que habrán de suscitarse en el seno del Banco de Venezuela en 1915.

Como la entidad presentaba pérdidas en algunas de sus cuentas, se considera la aplicación de urgentes medidas para eliminar tales irregularidades y lograr la rápida recuperación de su capital y el restablecimiento de su fondo de reservas. Por ello, el Ministro de Hacienda propone la renovación de los miembros de la directiva del instituto. Matos, de acuerdo con esta sugerencia, se encarga de elaborar un proyecto con la finalidad de establecer un sistema de rotación para la designación del Presidente del banco, quien estaría obligado además a elaborar un in-

forme periódico que sería evaluado tanto por la Junta Directiva como por la Consultiva. El objetivo consistía en reforzar los controles y disminuir el personalismo en las acciones de los funcionarios.

La posición de Matos no es nueva, ya que en 1910 había hecho una propuesta semejante en el Banco Caracas. A fin de impedir arbitrariedades, planteó en aquella ocasión la adopción del sistema de alternabilidad en los cargos, de modo tal que se actuara con mayor prudencia y se evitara así la “dictadura de un individuo”. Con el mismo propósito estaba intentando en 1915 desplazar de la dirección del Banco de Venezuela a ciertas figuras que se habían eternizado en los puestos claves, y que representaban serios obstáculos para la modernización del organismo.

Después de prolongadas discusiones, el ministro Cárdenas logra la renuncia de la antigua directiva y la elección de Vicente Lecuna como Presidente del banco. Para el Gobierno era fundamental contar con funcionarios incondicionales en la entidad, que aseguraran el cumplimiento de las metas fiscales. La centralización de las finanzas públicas debía estar acompañada por un sistema similar en la administración del agente auxiliar de la Tesorería.

Con relación a la designación de Lecuna, aparentemente Matos no tiene reservas. Su preocupación reside en la reforma de los estatutos con el objetivo de imponer la no reelección para el período inmediato; la alternancia de los cinco directores en la Presidencia y la acción efectiva de la Junta Consultiva como cuerpo de control de la Directiva. Su proyecto es debatido y aprobado, pero anulado luego por el Juzgado de Comercio a instancias de algunos miembros del banco. Este hecho no es del agrado de Matos, quien decide publicar todos los documentos relativos a las discusiones llevadas a cabo. De seguidas se hace sentir la presión oficial, ya que el Encargado de la Presidencia de la República le exige el retiro de dicho folleto de la imprenta, orden que acata con resignación. Por un momento, pareció retornar el espíritu polémico e impulsivo que lo había caracterizado en épocas pasadas, pero en esta oportunidad se dio por vencido rápidamente. Venezuela es otra y el banquero está más viejo y cansado. Ni siquiera le queda la opción de embarcarse rumbo a Europa, allí está encendida la guerra y el conflicto amenaza con prolongarse.

De hecho, el sistema de rotación que se pone en práctica en el Banco de Venezuela en los años siguientes no es el propuesto por su fundador y, desde 1919, Vicente Lecuna permanece al frente de la Directiva durante una década completa.

En esas circunstancias comienza a declinar la influencia de Matos en el Banco de Venezuela. Sus opiniones ya no tienen la gravitación de antaño, al tiempo que va quedando relegado en su tradicional papel de consejero económico. La cartera de Hacienda está a cargo de Román Cárdenas, un competente profesional en materia fiscal. Por su parte, Vicente Lecuna demuestra singular capacidad para adaptarse a las nuevas exigencias del régimen.

En aquellos años, Matos continúa siendo accionista de los Bancos Venezuela y Caracas y de otras importantes compañías anónimas, además de poseer títulos de la deuda pública venezolana y, posiblemente, también valores públicos y acciones de empresas ubicadas en el extranjero. En Caracas es propietario de la próspera compañía del Aseerradero y Venta de Maderas, ubicada de Solís a Caño Amarillo. También es dueño de buen número de casas y algunas haciendas, como La Elvira, El Rosal, Caricuao y La Majada.

En el ambiente político del gomecismo, el otrora poderoso hombre de las finanzas va siendo apartado. Sus pareceres tienen escaso eco, a pesar de sus intentos por hacerse escuchar, como cuando en 1916 redacta un documento que ostenta el pomposo título de: "Memorandum del General Manuel Antonio Matos", en el que recomienda que Venezuela se declare a favor de los aliados, mientras que el Gobierno gomecista estaba inclinado por la neutralidad. Entretanto, el banquero sigue con mucho interés los acontecimientos de la contienda mundial que ha trastocado el orden económico internacional.

En aquellos años, el negocio bancario se había modificado sustancialmente. Al concluir la Primera Guerra Mundial, el Banco de Venezuela estaba operando en un mercado financiero con mayor competencia, aunque mantenía el privilegio de contar con el "cliente" más poderoso del país. En los años de la guerra habían ingresado capitales extranjeros con la instalación de varias agencias bancarias de origen británico y norteamericano, lo que contribuyó a la ampliación de las fuentes de financiamiento. Por entonces, estaban en proceso

de declinación las antiguas casas de comercio alemanas, afectadas por las “listas negras” auspiciadas por los Estados Unidos e Inglaterra, como parte de la estrategia de boicot a los intereses germanos en el continente americano.

Por otra parte, el capital bancario se desenvuelve en un ambiente más favorable para los negocios, en el marco del orden y de la estabilidad reinante, a lo que se une la regularización del pago de la deuda pública. Todo ello contribuye a despertar confianza y crear las condiciones que convierten a Venezuela en atractivo escenario para los inversores extranjeros. El aumento de los ingresos públicos, gracias a la reorganización de la Hacienda y a la explotación petrolera, posibilita que Venezuela disfrute de una inusual solvencia económica, al punto de que el Tesoro llegó a abandonar su condición de deudor para convertirse en “depositante” del Banco de Venezuela. Había quedado atrás la época en que los gobiernos exigían adelantos de dinero e imponían empréstitos forzosos, como había ocurrido en el siglo XIX y en los borrascosos tiempos de Cipriano Castro.

El consejero no tiene **quien lo escuche**

Una gran expansión del comercio internacional se produce tras la conclusión de la contienda europea. Sin embargo, desde principios del año 1920 comienzan a aflorar algunos síntomas que auguran inminentes desequilibrios económicos. Las operaciones mercantiles crecen y los comerciantes utilizan el sistema de crédito con mayor intensidad. En este ambiente económico, la directiva del Banco de Venezuela decide aumentar el capital a Bs. 24.000.000. Esta medida es presentada a los accionistas como un signo de avance y modernización, que redundaría en la difusión del uso del papel moneda, por considerar que todavía persistía cierto rechazo a su utilización, lo que era un indicador de la permanencia de criterios tradicionales con respecto al sistema de circulación.

Manuel Antonio Matos, a pesar de su avanzada edad, no deja de participar en las asambleas del Banco de Venezuela y polemizar en torno a asuntos concernientes a la marcha de sus negocios. Fundamenta sus opiniones en la “práctica y experiencia” que había acumulado desde el año 1870, a lo que agrega su “paternal interés por ese instituto” creado por su propia iniciativa varias décadas atrás. No podía desprenderse de los cuidados de aquella criatura que había traído al mundo y, por tanto, se resistía a todo cambio que pudiera afectar la solidez de dicha entidad bancaria.

A su juicio, dicho aumento de capital constituía una medida muy peligrosa en un ambiente económico internacional de gran inestabilidad. Argumenta que, a consecuencia de la Primera Guerra Mundial, el valor del oro y de la plata se había elevado, ocasionando una fuerte depreciación monetaria en los países que habían acrecentado la emisión. En el caso de incrementarse al doble el capital del Banco de Venezuela, el mercado se vería inundado con billetes y, por tanto, cualquier trastorno podría precipitar a los particulares a cambiarlos por metálico, disparando así el valor del oro.

El experimentado banquero avizora la crisis económica que se aproxima, cuyos signos emergen a mediados del año 1920, como resultado de las perturbaciones derivadas del proceso de transición hacia la paz, especialmente por la brusca caída de la demanda mundial tras la saturación de los mercados, que aún no se habían recuperado de los efectos de la guerra. Como consecuencia de estos desajustes, el instituto sufre una fuerte crisis, al disponer de un exceso de fondos que no puede colocar en el mercado, por lo que resulta imprescindible diseñar una nueva estrategia para ajustar las condiciones de los créditos. La depresión de las actividades mercantiles, que llega a su punto más álgido en 1921, demuestra que Matos había tenido razones valederas al oponerse al aumento de capital por los peligros derivados del exceso de emisión en un entorno económico inestable.

Además de estar informado de todo lo concerniente a la marcha de los institutos bancarios del país, se dedica pacientemente a escribir sus memorias, tarea que había iniciado en 1917. Al redactar y seleccionar documentos relacionados con su trayectoria como hombre público, comienza a añorar los viejos tiempos en que era una figura destacada, el “hombre fuerte” de las finanzas y el máximo protagonista de la Libertadora. Una pregunta lo obsesiona todavía: el porqué del fracaso de la revolución. Le angustia no poder volver sobre sus pasos y cambiar el curso de la historia. Atrás quedaron los días del poderoso jefe revolucionario al frente de aquel imponente ejército. ¿Cómo explicar que el triunfo estaba casi al alcance de la mano y, sin embargo, la guerra se perdió? Necesita nuevos testimonios que le permitan dar a conocer a la posteridad que la responsabilidad de la derrota no fue suya.

De esta inquietud afloran en su memoria los nombres de Santos Domínici y Félix Ambard, testigos de los hechos. Les solicita en 1921 que traten de recordar las opiniones de Domingo Monagas sobre la marcha del ejército a La Victoria. Ambos amigos ratifican por escrito que el Caudillo se oponía a la determinación de algunos generales de atacar aquella plaza y, en cambio, pretendía ordenar el avance hacia Caracas por los Valles del Tuy. Santos Domínici afirma que ese era justamente el mismo plan concebido por Matos en Puerto España. Estos testimonios le bastan por el momento. Por lo demás, la decisión final quedó en manos de un Consejo de Guerra reunido en Villa de Cura. Sin embargo, referirse a aquellas aciagas circunstancias no es placentero. La pluma se resiste a describir la historia de la derrota, no importa de quién haya sido la culpa.

Su estado de ánimo está muy afectado desde la muerte de su hijo Manuel Antonio en París y, con esfuerzo, trata de concentrarse en la redacción de las memorias. Los años van transcurriendo ahora con más lentitud. Su agitada vida de otro tiempo se ha esfumado y no tiene muchas ocupaciones que le permitan llenar la vida cotidiana. Su existencia transcurre entre Antímano, Caracas y las largas temporadas en Macuto. La rutina se interrumpe con algunos viajes a Francia para las tradicionales “curas” de Evian.

En la medida en que sus responsabilidades disminuyen, se involucra en asuntos que eran más bien de la competencia del administrador de sus bienes. En 1922 entabla una larga polémica por la forma de pago de los títulos de la Deuda Diplomática de Venezuela, emisión 1905, de los que era poseedor. En defensa de su posición, dirige numerosas cartas a Juan Vicente Gómez, al Ministro de Hacienda y al director del Royal Bank of Canada, discusiones que se prolongan durante varios meses. Concluido satisfactoriamente el asunto, se marcha a finales de ese año a Macuto, porque el aire frío lo obliga “a la práctica de las golondrinas”. Se hallaba satisfecho por haber ganado la partida.

También se ocupa de problemas relativos a los linderos de sus propiedades. Es el caso de la hacienda La Elvira que da lugar a un prolongado litigio con un propietario vecino, hecho que motiva el envío de una serie de cartas al general Gómez para presentar sus quejas por la

sentencia dictada por los tribunales que era contraria a sus intereses. El conflicto llega a tener tal magnitud que, en una ocasión, el vecino lo amenaza con un rifle, mientras Matos saca a relucir un revólver.

Otro incidente se suscita con José Manuel Sánchez, convertido años más tarde en un destacado empresario, quien adquirió en 1919 la propiedad contigua a la casa de Matos en Antímamo. Tras acordar ambos que este último se encargaría de levantar una pared divisoria, se inicia una fuerte discusión respecto a su ubicación. Ante los reclamos de Sánchez, acompañado de un joven abogado amigo, el anciano General llegó a exclamar con voz acalorada: “¡Bribón, canalla...!”. Después de un rato se disculpa, aunque todavía con tono arrogante: “¡Ustedes deben de estar complacidos de este arrebato mío, que demuestra que aún corre sangre juvenil en mis venas, pero de todas maneras quiero que sepan que no he querido ofender a ninguno de ustedes!”. Como era habitual, no podía resistirse a sus impulsivas reacciones.

Su atención no se focaliza tan sólo en asuntos vinculados con sus propiedades, también utiliza sus buenas relaciones con el general Gómez para interceder por algunos de sus amigos perseguidos por el régimen. Así es como aboga por el regreso del prominente médico Luis Razetti, exiliado en Curazao, donde debió permanecer durante casi un año por haber presentado una denuncia sobre la elevada tasa de mortalidad infantil en Venezuela, hecho que fue considerado un “acto sedicioso” por la dictadura gomecista.

Igualmente, su intervención tiene positivos resultados en el caso de Francisco González Guinán, cuyos diez primeros tomos de la *Historia Contemporánea de Venezuela* fueron publicados en 1909, aunque luego la obra quedó inconclusa por haber caído su autor en desgracia con el régimen. Una oportuna carta de Matos logra que en 1925 sean editados los tomos restantes.

Al crearse en aquel año el Banco Venezolano de Crédito, el aumento de la circulación de billetes se constituye una vez más en motivo de desvelos para nuestro personaje. Frente a la autorización solicitada por dicho banco para emitir billetes, expresa su opinión contraria debido a los peligros que se derivarían para la estabilidad monetaria. Estos argumentos son calificados por Henrique Pérez Dupuy, uno de

los fundadores de dicho instituto y además directivo del Banco de Venezuela, como la expresión de “ideas anticuadas” que no se adaptaban a la evolución de los nuevos tiempos. Matos insiste en la inconveniencia de continuar autorizando la creación de bancos con facultades emisoras y aprobar incrementos de capital para los ya existentes, a fin de evitar el exceso de circulación de billetes que, “al sobrevenir el menor tropiezo, habrían de quedar inconvertibles y reducidos a peor condición que el papel de estraza”. Según este criterio, la circulación monetaria de cada país debía estar determinada por su movimiento comercial, ya que cualquier exceso en la emisión de billetes podría desembocar en la inconvertibilidad de los mismos.

Esta era la misma posición que el fundador del Banco de Venezuela venía sosteniendo insistentemente desde hacía muchos años, y que había esgrimido en 1920, cuando la directiva de dicho instituto aprobó un apreciable incremento de capital. En cambio, la nueva “generación” de banqueros, algunos de cuyos exponentes eran Lecuna y Pérez Dupuy, representaba ideas más novedosas en esa materia que se diferenciaban de los clásicos planteamientos en torno a los límites de la emisión. A pesar de las prevenciones de Matos, se agregaría en 1926 la fundación del Banco Mercantil y Agrícola, al que también se otorgó la facultad de emisión.

Para reforzar sus argumentos y demostrar que sus recomendaciones sobre temas bancarios no estaban guiadas por ningún interés personal, dirige una carta al Presidente en 1925, afirmando que ya no era accionista de ninguna entidad bancaria ni tampoco de sociedades anónimas, a excepción de la C.A. Venezolana de Navegación, empresa controlada por Juan Vicente Gómez. Resulta sorprendente esta información porque ello significa que en los últimos tiempos había estado vendiendo parte de sus bienes y que ya ni siquiera conservaba las acciones del banco del que fue fundador. Es posible que, para tomar tal decisión, haya considerado la circunstancia de su avanzada edad.

En ese mismo año coloca en venta la casa que fuera sede de la Compañía Guipuzcoana en La Guaira, de la que era propietario, por la suma de cien mil bolívares. La primera oferta es presentada al propio Presidente de la República, dándole a conocer las ventajas de la ubi-

cación de este edificio que, hasta el momento, había estado alquilado a la Prefectura.

Un consejo muy significativo se refiere a la necesidad de crear un Ministerio especial para la atención de la higiene y beneficencia, según las indicaciones del Congreso Sanitario celebrado en Cuba. Evidenciando estar muy bien informado de lo que acontecía en otros países de la región, señala en 1925 que Argentina, Chile y Brasil contaban ya con ministerios de esa naturaleza, por lo que estima de interés que el Congreso se encargue de dictar una ley sobre la materia con el objeto de enfilar acciones para el mejoramiento de las condiciones sanitarias y asistenciales.

Los últimos **consejos**

Ahora que el General no tiene cargos públicos y poco a poco se ha ido desprendiendo de sus acciones de entidades bancarias y otras empresas, sus ocupaciones se circunscriben cada vez más al ámbito de la vida doméstica. Recostado en su mecedora y cubierto por una manta, desde el corredor de su casa de Antímano se dedica a observar el paso de peatones y automóviles. Además de atender con esmero un magnífico jardín, muy elogiado en la época, otra parte de su tiempo está consagrada a la redacción de cartas y más cartas que llegan a Miraflores, probablemente sin encontrar demasiados lectores interesados.

Las periódicas estadías en su casa del Litoral, Guaicamacuto, le permiten conocer de cerca los trabajos de ampliación de la carretera Caracas-La Guaira y estar al tanto de los adelantos de las obras, a la vez que no deja de dar recomendaciones sobre la conveniencia de realizar determinadas reparaciones y labores de limpieza en algunos sitios aledaños a esa carretera. Desde su residencia de Antímano dirige nutrida correspondencia al Presidente para tratar, con la misma vehemencia con que discutía relevantes problemas económicos, asuntos que eran de la competencia de las autoridades municipales. Entre sus muchas quejas, refiere que se había visto obligado a comprar dos escobas del Aseo Urbano para barrer la calle y evitar el polvo ocasionado por el continuo tráfico de automóviles, e incluso critica los trabajos realiza-

dos en la vía pública por la falta de buenos desagües y la mala calidad del cemento. Hasta llega a sugerir el nombramiento de un nuevo Inspector General de Obras Públicas, detallando además las aptitudes indispensables para desempeñar tal cargo.

Aunque ya no es accionista, está al tanto de los mínimos detalles sobre los montos de emisión de los Bancos de Venezuela y Caracas. Cualquier irregularidad en sus cuentas motiva la inmediata redacción de una carta para prevenir al titular de Hacienda sobre las amenazas que se podrían derivar de tales excesos.

La vida del banquero había transitado a lo largo de un tiempo cargado de constantes cambios. Allá por el año 1859, en Nueva York, conoció el ferrocarril, medio de transporte que años más tarde se estableció también en Venezuela. Ya en el siglo XX, mientras los carruajes pasaban de moda, se fue imponiendo el automóvil por las calles de Caracas. Dos lujosos modelos de la época le pertenecieron. El progreso continúa su marcha y en medio de la euforia de los “años locos” se difunde la increíble aventura de la aviación. Precisamente, el año 1928 se inicia con la gran novedad del arribo del aviador norteamericano Charles Lindbergh a Venezuela, después de haber realizado la hazaña del primer vuelo sobre el Atlántico sin escalas.

La visita motiva varias celebraciones en Caracas en las que el banquero no podía estar ausente en su condición de miembro del Comité Venezolano de la Sociedad Panamericana. En esa oportunidad, esa institución organiza un almuerzo en homenaje a Lindbergh en los salones del Caracas Country Club, situado en ese tiempo en Bella Vista, donde se hacen presentes los más connotados exponentes de la sociedad caraqueña.

Habían transcurrido pocos días desde que Lindbergh abandonó el país, cuando el aparente sosiego político se ve bruscamente interrumpido por las agitadas celebraciones de la Semana del Estudiante en la Universidad Central, entre el 6 y 12 de febrero. Los pronunciamientos contra la dictadura gomecista concluyen con el apresamiento de un numeroso grupo de estudiantes, quienes son reducidos a prisión y, muchos de ellos, obligados a realizar trabajos forzados en las carreteras.

Dada la exagerada medida represiva adoptada contra los jóvenes, se organizan varias protestas para reclamar su libertad, entre ellas un

telegrama enviado por Rafael Arévalo González que le significó una prisión de cuatro años en el Castillo de Puerto Cabello, después de haber pasado buena parte de su existencia recluido en las cárceles durante el Gobierno de Cipriano Castro y luego con Gómez. Eduardo Michelena destaca en sus relatos sobre la vida caraqueña que hubo hombres que, “apoyados en su gran posición social y en su nombre público, como el General Manuel Antonio Matos, se atrevieron a pedir a Gómez la libertad de esos jóvenes”.

Abandonando su ostracismo político, en el que se había mantenido desde su salida del Ministerio de Relaciones Exteriores en 1912, el anciano demuestra gran indignación por la prisión de los estudiantes. Cuenta su hija Mary, en una entrevista para el periódico *Últimas Noticias* del 14 de enero de 1947, que al conocer el castigo aplicado a los jóvenes por orden de Gómez, exclamó: “Es un salvaje, estamos en manos de un salvaje, de un bárbaro”. Decide entonces dirigirse a Maracay para hablar directamente con el Presidente: “General, a usted ni a su gobierno le conviene hacer presos a los estudiantes. Estas son rebeldías propias de la juventud. No los haga presos... Hágase el desentendido”. Gómez le responde con su habitual estilo: “Se equivoca, general Matos, no son cosas de muchachos. Detrás de ellos hay otros, los grandes, los enemigos de mi gobierno”. Le comenta además que no se preocupara por la suerte de los muchachos porque había ordenado que les suministraran buena alimentación: “Yo sólo quiero castigarlos, hacerles amar el trabajo”. A su regreso a Caracas, el banquero continúa murmurando que Gómez se comportaba como un “bárbaro”. Tenía 81 años cuando realizó este viaje a Maracay para abogar por los estudiantes.

Poco después, las perturbaciones políticas se agravan. El 7 de abril estalla la sublevación de un grupo de militares y estudiantes que intentan tomar el Cuartel San Carlos. La respuesta del Gobierno es inmediata y la mayor parte de los involucrados son conducidos a prisión y sometidos a duros castigos.

Este hecho, señal del hondo malestar subyacente en diversos estratos de la sociedad venezolana, motiva una nueva reacción de Matos. Evidenciando que había solicitado infructuosamente audiencia con Gómez, el 19 de abril le expresa con tono imperativo:

“Ya que no ha querido recibirme, permítame escribirle con la franqueza del amigo; el mal ocurrido es causado por los absorbentes procedimientos del Ministro de Obras Públicas, a quien, con ese motivo, todo el mundo odia. La falta de circulación de dinero en el país, que él ha pasado al extranjero en abundancia, ha exasperado a la gente. Apártele, ponga a circular dinero y volverá la calma y naturalidad”.

De este párrafo se desprenden varios aspectos de sumo interés. Por un lado, Matos no ha logrado hacerse escuchar de parte del Presidente, lo que muestra un distanciamiento entre ambos. Por otro, se aprecia la clara animadversión del banquero hacia el Ministro de Obras Públicas, José Ignacio Cárdenas, hombre que se caracterizaba por ser muy afecto a las intrigas. También se evidencia que, para el banquero, la causa profunda de la reacción antigomecista radicaba en problemas económicos que podrían remediarse aumentando la circulación de dinero. Incluso recomienda que aquel funcionario fuera reemplazado por el ex Ministro de Hacienda Román Cárdenas, quien desde 1922 no ejercía ya ningún cargo público.

Con relación a lo económico, Manuel Antonio Matos, como siempre atento a las fluctuaciones del mercado, conocía con precisión la existencia de serias dificultades agrícolas y comerciales por la persistente baja de las exportaciones desde 1926. Al año siguiente, la situación se agravó debido a la notable caída de los precios del petróleo, fenómeno que condujo a la contracción de las actividades de esta industria en el Zulía. En ese contexto económico se producen los sucesos políticos de 1928.

Al parecer, las advertencias de Matos no fueron tomadas en cuenta, porque el 30 de abril envía a Gómez otra carta señalando de manera aún más elocuente, que podría ser calificada de descortés: “Francamente. Ud. no debe estar bien informado de lo que pasa. Las masas exasperadas repiten de boca en boca: perro gordo no muerde, perro flaco es capaz de todo”, aludiendo a la amenaza proveniente del movimiento opositor. Le reclama con acritud: “Recíbame para decirle toda la verdad con la sinceridad de mi carácter, como me recibía y oía el valiente Crespo”. Esta referencia a las virtudes del desaparecido Caudillo expresa un nítido contraste con la actitud del Presidente, que no quiere oír ni admitir las causas reales del problema. Si bien descono-

ceмос los entretelones que rodean la posición asumida por Matos, lo significativo estriba en el sorprendente retorno a su característico espíritu impulsivo y vehemente.

Lo cierto es que José Ignacio Cárdenas no es removido de su cargo y, al año siguiente, pasa a ocupar el despacho de Fomento. Sin embargo, es menester aclarar que dicho Ministro se había opuesto tenazmente a la creación del Banco Agrícola y Pecuario y del Banco Obrero. Estas entidades fueron fundadas por decreto del 29 de junio de 1928, con capital enteramente estatal, para aliviar algunos de los quebrantos económicos de aquel tiempo.

Olvidos y **recuerdos**

Manuel Antonio Matos concluye *Recuerdos*, libro en el que condensó sus principales experiencias de la vida pública, en el año 1927. Las últimas páginas revelan cierto cansancio y resignación. A sus ochenta años había temas de los que no quería hablar. Ya no deseaba recordar las incidencias de la Revolución Libertadora, uno de los hechos más trascendentales de su vida y con grandes repercusiones en la historia del país.

Los acontecimientos relativos a su actuación al frente de ese movimiento armado, que reunió el ejército más poderoso de cuantos llegaron a actuar en Venezuela hasta el momento, son sorprendentemente sintetizados en una sola página en su libro. Rememorando las advertencias de Guzmán Blanco sobre las dudosas dotes militares de Luciano Mendoza, adjudica a éste la mayor parte de la responsabilidad de la derrota. A sus breves comentarios personales, agrega un escaso número de documentos sobre los hechos acaecidos entre 1901 y 1903. Es indudable que prefería olvidar aquella experiencia, motivo de enemistades, sospechas, denuncias y un largo exilio.

En 1929 una grave enfermedad postra al banquero. El dictamen de la junta de médicos es muy pesimista y se le recomienda viajar a Europa para buscar alternativas de curación. A los pocos días de arribar a Francia, estando recluido en el Hospital de París, su estado de salud

empeora. Cuando se le pregunta si quería confesarse, su respuesta es contundente: “Yo soy librepensador, hija, y no creo en esas tonterías, déjame en paz”. Es significativo que ni siquiera en el lecho de muerte abdicara de las ideas que conservaba desde su juventud. Era masón en grado 33 y en el año 1895 había sido nombrado Serenísimos Maestro del Gran Oriente Nacional de los Estados Unidos de Venezuela.

En la entrevista de *Últimas Noticias*, su hija Mary relata que, al sentir que la hora de la partida se estaba aproximando, su padre pidió que lo vistieran con un pijama limpio, peinaran su barba y lo friccio-naran con agua de colonia. El hombre que hacía la guerra con quitasol y guantes no podía morir sin el sello de su proverbial elegancia. Ese fue el último acto de su vida el 27 de mayo de 1929. Meses más tarde, sus restos fueron traídos a Caracas y reposan en el panteón familiar en el Cementerio General del Sur.

Al día siguiente de la muerte de su viejo y entrañable amigo, Francisco González Guinán, conmovido ante la ingrata noticia, escribió una sentida nota de pésame, que fue publicada por *El Nuevo Diario*: “Yo también estoy de duelo, acostumbrado como me hallaba al trato íntimo del general Matos (...) Le debí consideraciones personales y aplausos a las producciones de mi tosca pluma. Se lo agradecí de todo corazón”.

Como hombre de negocios se destacó por su agudeza para comprender cuál era el terreno más adecuado para las inversiones. Construyó las bases de la moderna banca en Venezuela y desde allí se lanzó a la tarea de organizar las finanzas públicas, pero su labor en los ministerios de hacienda de finales del siglo XIX fue conflictiva y tuvo escasos frutos. Su gran influencia se extendió desde el círculo comercial y bancario hasta el intrincado mundo político. Era ya un hombre rico, cuando tuvo pretensiones presidenciales en 1887, pero su amigo y con-cuñado Antonio Guzmán Blanco se opuso a tal proyecto. Era aún más acaudalado y poderoso cuando organizó la gran coalición revolucionaria contra Cipriano Castro.

A pesar de su relevante labor en el mundo de las finanzas, es más recordado por haber sido el jefe de la Revolución Libertadora, motivo de apasionadas polémicas, no sólo en la época sino hasta tiempos recientes. Esta guerra civil, la última de la historia venezolana, tuvo entretelones casi novelescos desde que comenzó a tejerse la urdimbre de

la conspiración hasta la derrota definitiva. Este movimiento, sustentado en la alianza de los jefes más representativos del caudillismo y en el papel protagónico de Matos, figura del viejo Liberalismo amarillo, fue el intento final por conservar algunos de los patrones políticos de la Venezuela decimonónica. La Revolución Libertadora habría de sucumbir precisamente ante la fuerza impetuosa del régimen centralista que se estaba instaurando en el país. Comprender la trayectoria política de Manuel Antonio Matos y sus acciones en el campo económico permite comprender también algunos aspectos del proceso histórico que se extiende desde los tiempos del guzmancismo hasta la autocracia gomecista.

Bibliografía

- Brito, Andrés. *Remembranzas. La Revolución Libertadora en el Oriente de la República*. Caracas: Impresores Unidos, 1945.
- Brito Figueroa, Federico. *Historia económica y social de Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1975, tomo 2.
- Caballero, Manuel. *Gómez, el tirano liberal (vida y muerte del siglo XIX)*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1995.
- Calcaño Herrera, Julio. *Bosquejo histórico de la Revolución Libertadora*. Caracas: Litografía del Comercio, 1944.
- Castellanos, Rafael Ramón. *Caracas en el Centenario del Libertador*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, 1983.
- Cunill Grau, Pedro. *Geografía del poblamiento venezolano del siglo XIX*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1987, 3 tomos.
- *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, 1997, 4 tomos.
- Faraco, Francisco. "Poderosos caballeros: Don dinero y los banqueros". En: *Venezuela Siglo XX. Visiones y testimonios*. Caracas: Fundación Polar, 2003.
- FUNRES. *Documentos británicos relacionados con el bloqueo de las costas venezolanas*. Caracas: Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano, 1982.
- Gallegos, Manuel Modesto. *Réplica del General Manuel Modesto Gallegos al opúsculo "Notas" del General M. A. Matos*. Caracas: Tipografía Americana, 1926.
- González Deluca, María Elena. *Negocios y política en tiempos de Guzmán Blanco*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 2001.
- González Guinán, Francisco. *Mis memorias*. Caracas: Ediciones de la Presidencia, 1964.
- Harwich Vallenilla, Nikita. *Asfalto y revolución: la New York & Bermudez Company*. Caracas: Monte Ávila Editores-Funres, 1992.
- _____. *Formación y crisis de un sistema financiero nacional. Banca y Estado en Venezuela 1830-1940*. Caracas, Editorial Buría y Antonio José de Sucre, 1986.
- Krispin, Karl. *La Revolución Libertadora*. Caracas: Cromotip, 1990.

- López, Jacinto. *El Opressor y el Libertador. Castro y Matos*. Nueva York: Imprenta Las Novedades, 1912.
- Matos, Manuel Antonio. *Apuntes sobre la Revolución Libertadora*. Curazao: s.i., 1903.
- _____. *Recuerdos*. Caracas: Empresa El Cojo, 1927.
- Michelena, Eduardo. *Vida Caraqueña*. Madrid: Taller Gráfico CIES, 1965.
- Núñez, Enrique Bernardo. *El hombre de la levita gris*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991.
- Picón Salas, Mariano. *Los días de Cipriano Castro*. Barquisimeto: Editorial Nueva Segovia, 1953.
- Pino Iturrieta, Elías (Coord.). *Juan Vicente Gómez y su época*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1985.
- Quintero, Inés. *El ocaso de una estirpe*. Caracas: Alfadil/Tropikos, 1989.
- _____. *Las tentaciones del poder. Manuel Antonio Matos: de banquero a revolucionario*. Caracas: Historiadores SC, 1995 (*Historia para todos*, 14).
- Rodríguez, Manuel Alfredo. *El Capitolio de Caracas. Un siglo de historia de Venezuela*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, 1975.
- Rodríguez Campos, Manuel. *Venezuela 1902: la crisis fiscal y el bloqueo*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1983.
- Rodríguez Gallad, Irene. *Venezuela entre el ascenso y la caída de la Restauración Liberal*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas, 1980.
- Rondón Márquez, R. A. *Guzmán Blanco, "El Autócrata Civilizador"*. Madrid: Imprenta García Vicente, 1952, 2 tomos.
- Sánchez, José Manuel. *Mis primeros noventa años*. Caracas: Italgráfica, 1977.
- Soto Arbeláez, Manuel. *El Guárico Oriental*. Valle de la Pascua: Miguel Ángel García e hijo, 2001, tomo I.
- Thurber, O. E. *Origen del capital norteamericano en Venezuela*. Caracas: Universidad Santa María, 1984.
- Valery, Rafael. *La nomenclatura caraqueña*. Caracas: Ediciones Petróleos de Venezuela, 1978.
- Velásquez, Ramón J. *La caída del liberalismo amarillo. Tiempo y drama*

de Antonio Paredes. Caracas: Congreso de la República, 1987.

_____. *Joaquín Crespo*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana. Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, 2005, 2 tomos.

Hemerografía

Boletín del Archivo Histórico de Miraflores. Caracas: 1959-1972.

Boletín de FUNRES. Caracas: No. 6-7, 1989.

El Combate. Caracas: 1895.

El Constitucional. Caracas: 1903-1904 y 1909.

El Día. Caracas: 1909.

Diario de Avisos. Caracas: 1879-1880.

El Imparcial. Caracas: 1899-1900.

El Nuevo Diario. Caracas: 1928 y 1929.

La Opinión Nacional. Caracas: 1892.

El Pregonero. Caracas: 1901, 1904 y 1909.

La República. Caracas: 1898.

Sancho Panza. Caracas: 1909.

El Tiempo. Caracas: 1895, 1900 y 1909.

Últimas Noticias. Caracas: 14.01.1947.

El Universal. Caracas: 1909-1910 y 1929.

Liberal de cuna	11
Entre San Esteban y Puerto Cabello	13
La impronta de los centros del mundo	14
Familia, negocios y política	19
De la mano del “Ilustre Americano”	25
El hombre fuerte de las finanzas	31
¡Dígallo usted, General!	35
Desventuras de un Ministro de Hacienda	39
De revolucionario a “evolucionista”	43
Pactos secretos	45
El Gabinete Matos en medio del vendaval	47
Tensiones e incertidumbres	51
Crisis de fin de siglo	55
¡Que se rinda a discreción!	57
Como un castillo de naipes	59
Tiempos borrascosos	61
Los hilos de la conspiración	67
No. 11 Broadway	69
Peripencias del “barco pirata”	73
La última guerra civil	77
Derrota en La Victoria	81
El segundo final	85
La larga espera	91

El gabinete de las ilusiones	97
Canciller del Centenario	99
El contrato con Bolo Pachá	101
La nueva generación de banqueros	103
El consejero no tiene quien lo escuche	107
Los últimos consejos	113
Olvidos y recuerdos	119
Bibliografía	122

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soubllette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorri / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isacc J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

- 59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
- 60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
- 61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
- 62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
- 63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
- 64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
- 65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
- 66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro
- 67. Manuel Antonio Matos / Catalina Banko

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de septiembre de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Manuel Antonio Matos

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Catalina Banko

"Yo soy librepensador, hija, y no creo en esas tonterías, déjame en paz". Manuel Antonio Matos, general, banquero y políglota, estaba desahuciado cuando su hija le propone los auxilios del confesor antes de emprender el viaje sin retorno. Así rindió sus armas en París, el 27 de mayo de 1929 el jefe de la Revolución Libertadora que, aun cuando sacudió al país de un extremo a extremo, no logró el derrocamiento de Cipriano Castro, a pesar, digámoslo, de la alianza con poderosos intereses extranjeros, en la última de nuestras guerras civiles.

Es el personaje que "transita por el ciclo de apogeo y declinación del Liberalismo Amarillo, representa el novedoso perfil del banquero en una sociedad todavía agraria y tradicional, y es actor de primera línea en el mundo de las finanzas públicas". Así lo describe la historiadora Catalina Banko en esta biografía ejemplar, páginas propicias para el conocimiento de los orígenes de la banca en Venezuela, de modo que constituyen también una contribución a la historia económica. La vinculación política y familiar con el ilustre Americano le otorgó a Matos influencia excepcional en la vida pública, según se analiza de modo exhaustivo en el capítulo "El hombre fuerte de las finanzas". Personalidades del gran mundo de la riqueza y el poder, los conuñados mantuvieron una relación frecuentemente al borde de la ruptura.

Después de su aventura guerrera contra Castro, muerto Guzmán, en el lejano ocaso del Liberalismo Amarillo, Matos buscó abrigo a la sombra de Juan Vicente Gómez, de quien fue Ministro de Relaciones Exteriores en 1910, tocándole el rol de organizador de las ceremonias del primer centenario de la Independencia. La profesora Catalina Banko ha escrito una historia fascinante, en cuyas páginas se cruzan y entrecruzan las ambiciones de poder y los duelos de innumerables protagonistas.

Simón Alberto Consalvi



J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE